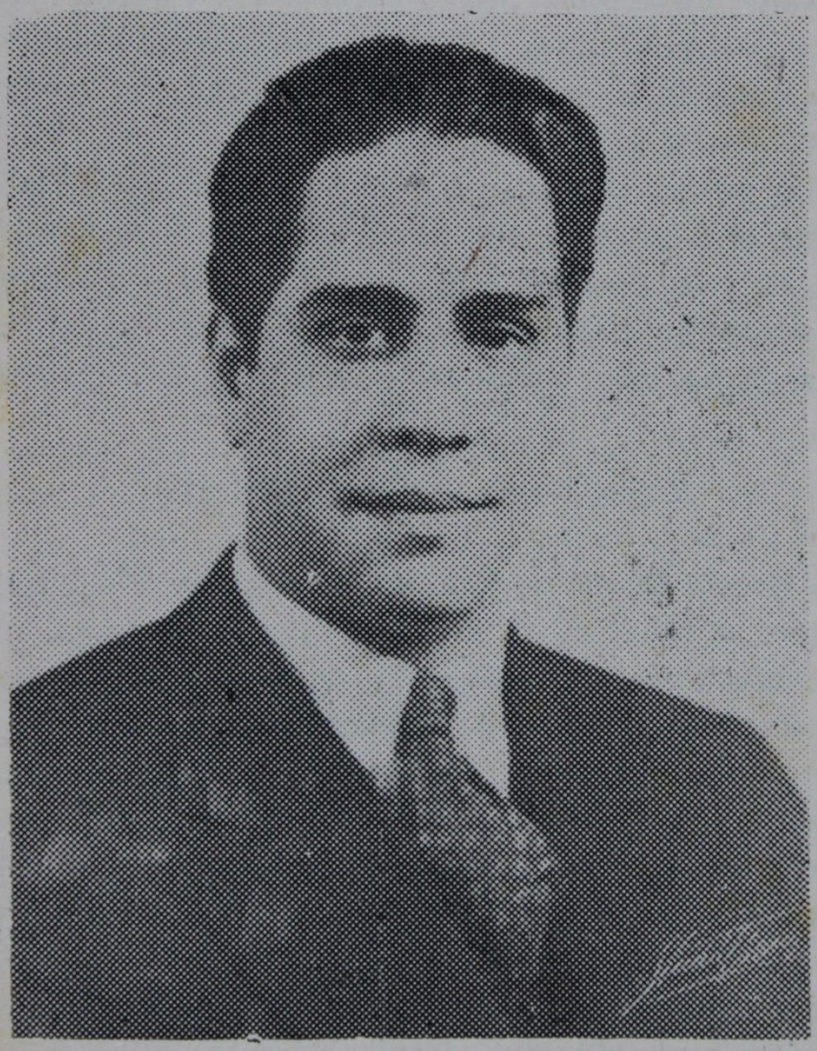
Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- **FEDERICO GONZALEZ SUAREZ,** Arzobispo de Quito

Publicación bimestral	Distribución gratuita

Año IX	Julio y Agosto de 1945 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 7 y 8



Antonio Zelaya Castillo

18 de noviembre de 1900.

† 3 de junio de 1945.

Notable periodista y escritor costarricense. Autor de numerosos estudios sociológicos, políticos .y literarios; fallecido, cuando en la maduréz de su talento, prometía las más importantes y definitivas obras de su carrera.

Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

Publicación bimestral
Distribución gratuita

Año IX

Julio y Agosto
Números 7 y 8

Sumario

Portada	Antonio Zelaya C.
Antonio Zelaya	El Maestro García Monge.
Manuel Segura M.	Poema — Antonio Zelaya.
María Cristina Ceballos	Resurrección (Poesía)
Manuel del Alcázar	Fábula y Certidumbre de García Moreno.
C. Reyes C.	Acta de instalación del Centro de Cultura Ecuatoriano-Costarricense.
Lic. Nelson Chacón P.	Roosevelt Hall.
Berta María Feo	Nuestra Señora de Guadalupe.
Doña Caridad S. de Robles	Quejas Errantes (Poesía.)
A. Camps Aubert	La última ascensión al volcán «Rincón de la Vieja» **(1945.)**
Don Norberto de Castro	La nobleza sefardita.
Don Pío Bolaños	Pedro Ortiz (Periodista nicaragüense.)
Don Pío Bolaños	Gral. Isidro Urtecho (Diplomático y escritor nicaragüense.)
Archivos Nales. de C. R.	Documentos sobre Unión Centroamericana en **1846.**
Presidente T. Picado	Memorándum sobre Pacto de Unión Centroamericana **1945.**
Franco. H. Borgen	Comunicación al Gral. Volio sobre Partido Unionista (Junio **1945.**)
Lic. Angel Zúñiga Huete	Su criterio sobre Unión Centroamericana **(1945.)**
Crónica de Lima (Perú)	Recepción del Embajador Carbonell.
Néstor Carbonell	Conferencia sobre José Martí.
Aniceto Playa	Reliquias de España.
Archivos Nales. de C. R.	Indice de documentos del período independiente **(1824-25.)**

San José, Costa Rica
1945

El último artículo que escribió Antonio Zelaya C.

Inédito. Cortesía de la Srta. Profª Hortensia Zelaya, para la "Revista de los Archivos Nacionales."

EL MAESTRO GARCIA MONGE

Todo hombre, cuando sobrepasa los niveles de la vulgaridad, genera una leyenda. Algunas veces la leyenda es más fuerte que el hombre. Llega a suplantar su personalidad. Lo convierte en su víctima o lo eleva sobre la verdadera altura de sus méritos. Nadie logra saber qué inescrutables fuerzas mueven en un sentido u otro las básculas sensibles de la fama o del perpetuo olvido. Pero hay también hombres a quienes la leyenda les queda pequeña. La gente percibe, imperfectamente, los perfiles de su espíritu.

Los minimiza porque la multitud es siempre enemiga de la excepción y rara vez se doblega ante el hombre de méritos superiores a su capacidad perceptiva. En este caso está, en relación con los costarricenses, don Joaquín García Monge. Para apreciar su verdadera estatura es preciso alejarse. Es del exterior de donde ha venido la consagración por tantos años negada a este patriarca de las letras hispánicas.

Tesorero de la cultura

El maestro García Monge carece de toda codicia. No ha tenido nunca esas apetencias que hacen agresivo a un escritor. Ni sed de fama, ni hambre de renombre. Se ha concretado a ser el tesorero de una cultura y nada ha guardado para sí. En su casa modesta, la labor incesante ha ido apilando méritos ajenos, con olvido de los propios. El "Repertorio" ha sido para él una casa moneda. En sus páginas ha recogido y acuñado todo el oro, para circularlo pródigo, en el más elevado comercio de la inteligencia. Y nunca intentó un ocultamiento o un escamoteo. La gloria de los grandes escritores ha sido suya, con alegría, con el sano júbilo de quien distribuye una fortuna inagotable. Ha dado a manos llenas el material más rico y más noble: estímulo, voces de aliento, esperanzados mensajes. A los grandes, como no podía darles lo que ya habían conquistado, les ha ofrecido su devoción. A los pequeños, a los que sentían el nacimiento de altas ambiciones, les ha dado todo lo que podía enriquecerlos: su entusiasmo inmarcesible. Las páginas del "Repertorio" presentan a menudo, el testimonio de esa generosidad. Gentes modestas, maestros, poetas, escritores, que en horas de pesadumbre y desorientación, le buscaron, encontraron en él la palabra amiga, el gesto alentador, la pródiga esperanza. En Costa Rica, su patria, ha sido su Revista, de bien ganado renombre, un refugio de la escasa espiritualidad que aún florece bajo el seco clima de la más despótica mesocracia intelectual.

Dentro del país, su obra ha sido más grande y más recia. Pronto tuvo sobre sí, la persecución de los Gobiernos. Esa persecución sorda, de negación constante, de bloqueo y de conjura, de ominoso silencio. Dentro de su pasividad, dentro de la mansedumbre de su ánimo, en su vida sin ambiciones, nuestros Gobernantes vieron a un rebelde. Pero de él nunca partió la protesta. Su mayor venganza ha sido hacer más cultura, porque sabe que la conciencia de los pueblos no se despierta por la demagogia, ni con los histrionismos literarios, ni con las grandes poses y pompas del intelectual megalómano. Ha puesto toda su fe en la constancia. En veinticinco años de labor durísima ha estado solo, tan solo que casi es un milagro que aún tenga entusiasmo. Tuvo eso sí otra rebeldía: los poderosos le negaron su apoyo, le hurtaron sus méritos; es evidente que no pudieron empobrecerle.

El enemigo de los tiranos

Tiene como el Quijote, una cohorte innumerable de enemigos: todos los tiranos del mundo. Tiene dentro de su sencillez, la obsesión por combatir al Turco, que diría Unamuno. En Europa: Hitler, Mussolini, Franco; en Asia el burriciego de Hiroito; en América: Ubico, de Guatemala; Martínez y Osmín Aguirre, de El Salvador; Somoza, de Nicaragua; Carías, de Honduras; Trujillo, de Santo Domingo; Gómez, de Venezuela; Vargas, de Brasil; Moriñigo, de Paraguay; Terra, del Uruguay; los militares nazifascistas de Argentina; Legía y Sánchez Cerro, del Perú; Ibáñez, de Chile, todos han sentido el látigo de fuego, la indomable rebeldía de este hombre pequeñito como Martí, que desde un rincón de América ha movido contra ellos las más grandes fuerzas espirituales.

Porque su rebeldía ha conformado, en la pequeñez de su cuarto de trabajo, el clima de la libertad; y en donde ha habido opresión, en donde el espíritu de predominio, de violencia, o la rapacidad del mandón se han entronizado, el "Repertorio" no puede circular. Se le han cerrado fronteras, se han establecido persecuciones en su contra. Pero indomable y silencioso, con la grandeza de su retraimiento personal, don Joaquín ha hecho una labor constante de oposición. En su país se le ha visto como un hombre de radicalismos peligrosos; desde hace años se le mantiene alejado de la educación oficial. Su "Repertorio" se ha convertido a menudo de semanario en mensuario, pero, como una llamita, que a veces crece a las proporciones de una hoguera, su Revista ha seguido alumbrando, ha seguido dando calor y aliento a todos los espíritus que sufren en los climas inhóspitos de las tierras en donde el despotismo reina. Esa tenacidad, santa tenacidad, como él mismo la llama, es su mayor fortaleza. No importan las horas de miseria y decaimiento. Con voz emocionada él ha referido cómo en sus veinticinco años el "Repertorio" ha sido la empresa de un solo hombre, con la colaboración ocasional de buenos amigos, pero haciéndolo él todo, desde la selección del material hasta la corrección de la última "coma", y el envío de la Revista para su circulación, labor oscura y constante, sin desmayos, sin quejas, sin patetismos.

Y ha sido también este hombre modesto—que lo mismo resiste el duro embate de la adversidad como el halago inesperado de la gloria y el ofrecimiento

de premios y de viajes internacionales—, el más fuerte paladín del engrandecimiento de nuestra cultura ante las penetraciones extrañas. Su posición frente a los Estados Unidos no ha sido hostil ni de negación. Pero nadie como él, a espejo de Martí y de Sarmiento, ha sentido la necesidad de robustecer estas patrias, de hacerlas grandes por el espíritu, de darles consistencia por la cultura, para que resistan la doble absorción de las corrientes imperialistas, tengan éstas el poder convincente del oro o el disfraz engañoso de la penetración cultural. No se ha negado nunca a colaborar. Pero ha preferido servir siempre de pie, con la altivez alerta del espíritu de nuestra raza, los intereses de América, concretando todo su esfuerzo a exaltar esos valores y darles la dignidad y prestancia de símbolos de una cultura que no concreta su aspiración en las grandezas materiales ni en la ostentosa conquista del Vellocino de Oro.

El menosprecio del éxito

La más agresiva política de un hombre apolítico, cuando mide sus aspiraciones por la cultura de su ideal, consiste en el menosprecio del éxito. Frente a la ambición, frente al afán del que atesora y codicia—como frente a Alejandro estuvo Diógenes—el desinterés es una arma terrible. No puede vencerse fácilmente aquel que no pide ni quiere nada. Su independencia es su mayor conquista. Nadie puede arrebatársela. Por eso, don Joaquín García Monge se ha fortalecido, negando al poderoso toda posibilidad de colocarlo en posición subalterna. Cuando le fué ofrecido el premio Cabot, estatuído bajo el patrimonio de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, aceptó el honor, pero renunció al viaje y a las ceremonias de agasajo. Nada más distante de su modestia que los ritos triunfales. Su esfuerzo no puede tener por finalidad la consagración. Por eso nunca ha sentido rivalidades ni dependencias; ni tampoco ha empañado su vida el aliento de las pequeñas envidias, o de las ambicioncillas sórdidas y temporales. Sabe muy bien que ni la efímera embriaguez del poder, ni la opulencia del afortunado, ni la soberbia jactancia de los grandes ambiciosos, pueden saciar su sed de cultura. No ignora que su papel, en el panorama de América, es humilde y episódico si se le compara con el de Jefes de Estado, de altos dignatarios de las Iglesias, de los amos de los ejércitos o de los magnates industriales. Es simplemente un precursor. Con intuición profunda comprende que todo lo que hoy se levanta en nuestras democracias, fruto de la imposición, del predominio devastador de la supervivencia de las clases plutocráticas, tendrá que ceder y venir a tierra con estrépito. Por eso vive siempre en compañía de los grandes. En las salidas estrechas de su casa, atestadas de libros, pobladas de retratos y dibujos, se siente el soplo inmortal de las evocaciones al espíritu de la raza. Ahí alientan, con el aliento impalpable de su presencia augusta: Bolívar, San Martín, Sucre, Morelos, Sarmiento, Juárez, Montalvo, Martí, genios del pensamiento y de la acción, profetas y monarcas de las letras hispánicas, guardianes silenciosos de su tesoro invaluable que los siglos depositaron bajo su custodia, celosa pero nunca avara.

El hombre cotidiano

Hay una grandeza sin amargura; una gloria que no llega rezagada ni póstuma; un poder que no tiene tronos ni demanda el concurso de la fuerza para respaldar su imperio; y es la alegría interior. Y esa es la grandeza, el poder de don Joaquín García Monge: el hombre cotidiano. Va y viene ante el tráfago ambicioso de sus contemporáneos, enamorado de una idea sublime: la unidad espiritual de su América. Nada le atrae ni nada le desvía de su ruta sempiterna. No es como Sarmiento, un recio gladiador de la cultura; no es como Montalvo, el ideal del tipo esquisotímico, abrazado en el fuego de su fanatismo incorruptible por la justicia; no es como Martí, el apóstol predestinado al sacrificio. Aquéllos fueron los hombres de la gesta heroica. Abrieron, en la montaña cerrada, las sendas iniciales. Tenían la estatura de los héroes homéricos. La opresión cegaba a los espíritus. Los grandes delincuentes políticos vencían con el fuego y con la sangre. Las distancias, la carencia de comunicaciones, el hondo separatismo de las castas intelectuales endureció, como endurece la jungla a los recios hacheros que la derriban, a aquellos excelsos varones, caballeros del ideal. Hoy, en el siglo de la radio, la lucha es más sorda, más desprovista de incentivos; los medios de cultura son más amplios, pero ¡ay!, la estulticia, la superficialidad, el torvo materialismo de la época, pueblan el aire de estridencias y de voces temerarias. Es densa e irrespirable la atmósfera. Pero he aquí que frente al despotismo de lo vulgar, frente a las negaciones filisteas, contra los poderes de la sombra, se enfrenta la indomable paciencia, el cotidiano de un hombre inaccesible a la fatiga, al pesimismo y a la desesperanza. Testarudez sublime, hecha de mil renunciaciones, contumacia insobornable que participa de la esencia eterna del tiempo; porfía gloriosa que tiene la fuerza persuasiva de la gota de agua.

Rey sin cetro

Grande no obstante las limitaciones; fuerte no importa la reducción de los medios materiales; estimulante, pese a la carencia de todo estímulo; como luz en el desierto, que la inmensidad opaca y envuelve, esa ha sido la obra del "Repertorio Americano". El maestro García Monge mantiene, a través de los años, la lucha más dura y difícil, la lucha contra las empresas mercenarias. No ha poseído nunca una modesta imprenta. Gran publicista, ha pagado centenares de miles de colones a los comerciantes de papel impreso. Ni un editor inteligente, ni un Mecenas desinteresado. La eterna tragedia de América. Salvo honrosas excepciones, como la de un Mendoza Neira en Colombia, o la de un Mitre en la Argentina, el intelectual en nuestros medios no puede expandir su reino. Sus enemigos son los libreros negligentes, los editores perdularios, las empresas mercantilistas. Priva, a lo largo de nuestro Continente, la mediocridad coaligada, la vulgaridad engreída, los dogmas filisteos, para los cuales el genio es aristocracia y es menester humillarlo; o es enfermedad y es menester curarlo. Rey sin cetro. ¡Infortunado como un rey Lear, con un inmenso poder sobre los espíritus pero siempre en cautiverio! Extremos irreconciliables, dramáticos contrastes de nuestra Raza, "¡que aún habla español y reza a Jesucristo!"

ANTONIO ZELAYA

Antonio Zelaya

Poema por Manuel Segura M.

Fuiste como un gran árbol de tronco recio y duro
en cuya fronda había tempestades de viento
o trinos en el alba de melodioso acento
o luciérnagas de oro que ardían en lo oscuro.

En ti descargó el rayo sus fuerzas al conjuro
de los dioses adversos; pero en ningún momento
te doblegó... Tenías, contra el afán violento,
entre las hojas siempre algún fruto maduro.

Si fuiste en tu destino la rama que fustiga,
calladamente diste también la sombra amiga,
(tu fronda en vida tuvo forma de corazón.)

Por eso, hacia el incierto misterio, ya partido,
dejas como en el bosque el árbol que ha caído,
un gran silencio de oro que cuaja en luz el sol.

Resurrección

Mis ojos que han mirado las rosas y los prados,
cuando la muerte llegue se quedarán cerrados,
mis labios que hoy se abren alegres y sonrientes,
al sentir su contacto se quedarán silentes,
mis manos, estas manos de rasgos delicados
serán sólo un conjunto de huesos descarnados,
y mis dedos que ágiles hoy manejan la pluma,
se irán desmoronando cual si fueran de espuma,
Mas cuando terminada la labor de la muerte
no quede de mi cuerpo más que una masa inerte
y mi carne se cubra de ese opaco amarillo
de los mármoles viejos que han perdido su brillo,
cuando el último aliento de mi vida concluya,
es entonces que el alma cantará su aleluya
pues oirá claramente que la voz que le manda
le dirá como a Lázaro: "¡levántate y anda!"
y la pobre cautiva del cuerpo redimida

Antonio Zelaya

Poema por Manuel Segura M.

Fuiste como un gran árbol de tronco recio y duro
en cuya fronda había tempestades de viento
o trinos en el alba de melodioso acento
o luciérnagas de oro que ardían en lo oscuro.

En ti descargó el rayo sus fuerzas al conjuro
de los dioses adversos; pero en ningún momento
te doblegó... Tenías, contra el afán violento,
entre las hojas siempre algún fruto maduro.

Si fuiste en tu destino la rama que fustiga,
calladamente diste también la sombra amiga,
(tu fronda en vida tuvo forma de corazón.)

Por eso, hacia el incierto misterio, ya partido,
dejas como en el bosque el árbol que ha caído,
un gran silencio de oro que cuaja en luz el sol.

Resurrección

Mis ojos que han mirado las rosas y los prados,
cuando la muerte llegue se quedarán cerrados,
mis labios que hoy se abren alegres y sonrientes,
al sentir su contacto se quedarán silentes,
mis manos, estas manos de rasgos delicados
serán sólo un conjunto de huesos descarnados,
y mis dedos que ágiles hoy manejan la pluma,
se irán desmoronando cual si fueran de espuma,
Mas cuando terminada la labor de la muerte
no quede de mi cuerpo más que una masa inerte
y mi carne se cubra de ese opaco amarillo
de los mármoles viejos que han perdido su brillo,
cuando el último aliento de mi vida concluya,
es entonces que el alma cantará su aleluya
pues oirá claramente que la voz que le manda
le dirá como a Lázaro: "¡levántate y anda!"
y la pobre cautiva del cuerpo redimida

volará a las regiones del que dijo: "Soy Vida,
todo aquel que en el mundo de mi pan se alimente,
en el reino del Padre vivirá eternamente".
Y mis ojos cerrados se abrirán luminosos,
y mis labios callados cantarán victoriosos:
¡he vencido a la muerte, he alcanzado la vida,
donde no hay ni dolores, ni esperanza fallida!

María Cristina Ceballos Gutiérrez

Mérida, abril de 1944

Fábula y Certidumbre de García Moreno

Por Manuel del Alcázar

I.—Un testimonio y una sugerencia

Si es conocida en el mundo la república del Ecuador, cierto no creemos que lo sea por haber nacido en ella el nuevo Quincey don Roberto Andrade o alguno de sus descendientes...; sino porque fué la cuna del gran estadista americano Don Gabriel García Moreno, ese hombre inmenso, admirado por sus mismos enemigos cuando eran éstos lo suficientemente cuerdos como para no mirar la historia a través de las manos ensangrentadas de Macbeth.

El propio Montalvo, ese mestizo estentóreo, impulsivo, bien hablado, que, con tal de hacerse oír en sus escritos, era capaz tanto de imitar a Cervantes en su castizo estilo, como de parodiar en la vida cotidiana a don Quijote atacando a follones tiránicos—que al fin no pasaban de engendros de su fantasía—; tanto de llenarse la boca con el lenguaje sonoro de Cicerón cuando fustigaba al avieso Catilina, como de tomar poses catilinarias e incitar al asesinato del mismo Cicerón... El propio, digo, don Juan Montalvo, una vez muerto aquel que creyó tirano por haber cometido don Gabriel la insoportable bellaquería de opacar con su grandeza al escritor de Ambato, no pudo menos de reconocer los méritos de aquel a quien odió cuando vivo y veneró de muerto.

No era mal patriota don Juan, aunque sí extraviado, y le sobraba ingenio para darse cuenta cabal del abismo a que rodaba su malaventurada patria en manos de los amigos de los asesinos de García, y, lleno de despecho, escribió, entre otras, esta página vigorosa y sincera:

"¡García Moreno!, ¡qué hombre!, éste sí, ¡qué hombre! Nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de la naturaleza hacia lo malo. Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayán de valor y arrojo increíbles; invencionero, ardidoso, rico en árbitros y expedientes; imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor... García Moreno adorado de un partido numeroso; apoyado en

el clero, este gigante de sotana; temido, querido por la clase militar; hombre raro, ser misterioso para las mujeres; lleno de fuerza, poder, eficacia, con vida física y moral para muchos años, cae el día menos pensado". (1)

¡Tardío arrepentimiento! Pero al menos noble reparación moral de una pristina moral incitación al crimen... (2)

Resulta por el contrario vergonzoso el hecho de que alguno de los impertinentes actores materiales de la muerte de don Gabriel, aún no harto de sangre, o tal vez—y entonces sería ello todavía más vergonzoso—con el fin de justificar lo que en su propio subconciente no puede menos de catalogar entre lo injustificable, trate de arrastrar por el lodo de las imprentas a su enorme víctima recubierta con un manto de escritos faltos por completo de ética y documentación. (3)

Y cuando el asesino se ha cansado de escribir sugestione algún inescrupuloso para que lo haga... ¡Y que, aún después de haber bajado él también a la tumba, haya legado tan innoble herencia a sus pobres descendientes... Esto es inhumano y bochornoso!

La obra de Roberto Agramonte sobre García Moreno lleva en su psiquiátrica envergadura menos idea que oro, ese mismo oro que corrió abundantemente por ciertas cantinas de Quito en agosto del 75 para embriagar a los descontentos de la justicia garciana, y lanzarlos a "una actitud criminosa y delictiva."

Y hace poco la "Revista de América" (4) se ha hecho eco de parecidas vejaciones al extinto.

¿Será que tampoco se ha agotado el oro que vino de las logias de Lima (5) para electrizar "en actitudes justicieras y libertarias" a los Harmodios a que hace referencia el señor Raúl Andrade en su artículo de la revista mencionada? (6)

---

(1) Cfr. El Desperezo del Regenerador.

(2) Montalvo se glorificó con frecuencia de haber sido el autor intelectual del seis de agosto; Mi pluma lo mató, solía decir él mismo hablando de García Moreno. Su obra más soez y exaltada es "La Dictadura Perpetua", publicada en Panamá, en que abiertamente instiga el periodista al asesinato.

(3) Entre otros escritos de Roberto Andrade insultando a García Moreno o tratando de justificar su actuación homicida, puede citarse el seis de agosto y ¿Caín?

(4) Cfr. Nº 1, enero de 1945; págs. 126-129.

(5) Según Herrera, en los bolsillos de Rayo se encontraron billetes de Banco de Lima. Por otra parte, consta de la correspondencia secreta que mantuvo Polanco con la Logia de Lima, y uno de los victimarios hizo más tarde a la misma Logia ciertos reclamos... Sobre la participación de la masonería en la muerte de García Moreno puede verse la obra documentada de J. L. R. "Historia de la República del Ecuador", t. II, págs. 625-628.

(6) No está comprobada por la historia la concurrencia de las dos conspiraciones diferentes en el asesinato de García Moreno, a que se refiere el articulista. Lo que de ningún modo pertenece a la verdad, es su aseveración gratuita en contra del ilustre general Salazar, amigo íntimo y sincero del Presidente y su ministro de guerra: a este respecto puede verse lo que un historiador tan imparcial como el francés Leghuir afirma. L. Loc. cit. págs. 629 y ss. Esta calumnia contra Salazar fué urdida por el director de las dos conspiraciones, el infame doctor Manuel Polanco, quien pretendió inculpar al ministro de guerra como instigador de la conspiración fraguada por unos cuantos militares retirados del ejército y a cuyo frente se hallaba el exgobernador de oriente, Faustino Rayo. Según las declaraciones posteriores de los reos consta que uno de los primeros actos revolucionarios después del asesinato consistía precisamente en la prisión de los generales Salazar y Sáenz. Además, entre innumerables escritos que demuestran lo infundado de la acusación contra el general Salazar, inventada, como dijimos por Polanco, y extendida en el extranjero por Roberto Andrade, puede verse el más serio de ellos. Defensa documentada del general Francisco Javier Salazar.

II.—La Fábula

Fábula y certidumbre de García Moreno se intitula el artículo que ha aparecido en el primer número de la "Revista de América" (7). Supone el autor, señor Andrade, que no se ha llegado a la certidumbre. Y en bastante menos de cuatro páginas hace la luz. Lo primero, hecha por tierra, si no todo cuanto se ha escrito hasta ahora, al menos lo que parece conocer el articulista sobre la que él mismo llama "personalidad compleja, varia, tan rica en tonos y en matices... de don Gabriel García Moreno."

A Berthe lo llama exégeta fantaseador e inescrupuloso; a Manuel Gálvez, su malogrado novelista.

Francamente, deseáramos alguna documentación escrupulosa que probase la fantasía de Berthe; pues este escritor aduce algunos incontrovertibles documentos (8), al par que el señor Andrade no aduce ninguno. Por lo demás, exégeta no significa propiamente hablando historiador ni biógrafo, como parece entender el señor Andrade; se refiere esta palabra al fiel expositor o intérprete de la Sagrada Escritura: así se expresa el diccionario de la lengua. Pero, aún tomándola en un indulgente sentido traslaticio, pensamos que no está bien en manera alguna añadirle los consiguientes epítetos; pues, decir que un escritor es exégeta—o intérprete fiel—y afirmar al mismo tiempo que es fantaseador e inescrupuloso, es tan paradójico como afirmar que el señor Andrade carece de fantasía.

A Manuel Gálvez lo apellida, sin más, novelista; al paso que un poco más abajo parece brindarnos el señor Andrade el descubrimiento de que Zweig es un biógrafo de cuerpo entero, gran psiquiatra, escritor y crítico. Más, ¿por qué el escritor argentino será calificado de malogrado?, ¿tal vez porque se metió a novelista y salió un biógrafo tolerable de García Moreno? Cierto, la obra de Gálvez no ha sido aún estudiada críticamente. En nuestro concepto, no es una obra de primera mano, ni científicamente documental: pero generalmente sus narraciones se mueven en el plano histórico trazado por autoridades competentes de la biografía de García Moreno, y orienta la figura del biografiado, conforme a sus características personales y a los acontecimientos políticos y religiosos de su época. Podemos decir que es la obra de vulgarización más seria y agradable de las que, hasta ahora, se han escrito sobre el Presidente mártir: en ningún modo definitiva; pero tampoco merece llamarse simplemente novelezca.

En cuanto a los acres inciensos que le quema al tercero y último de los exégetas que ha leído el señor Andrade, bien quemados están y allá se las haya Agramonte con quien también debe conocerlo que hasta le imita en sus síndromes de caso clínico... Ya se me había ocurrido alguna vez que fué harto malaventurado el escritor cubano el día en que se le ocurrió meterse a fabricante de su marioneta grotesca, movida por ignotos resortes de tramoya interior, o a confundir Ginebra con Génova, que es peor.

---

(7) Cfr. Nº 1, Año 1, enero 1945, págs. 126-129.

(8) No queremos decir con esto que la obra de Berthe, sea definitiva; adolece ciertamente de excesiva admiración por su héroe. Algunas fallas tiene que pueden llenarse con documentos que han ido apareciendo luego; más no por ellos carece de mérito, ni en modo alguno puede ser calificada de inescrupulosa. Puede verse el interesante juicio que dá sobre él Manuel Gálvez en el prólogo de su obra, págs. 8-10.

Concluye su primer gran párrafo el escritor de América con esta apódosis grandilocuente:

"Así (en manos de tales biógrafos, carentes de la garra crítica de Raúl Andrade), don Gabriel expía su delito de celebridad en covachuelas de antiguallas y policromadas estampas religiosas (se refiere a Berthe), o bien sobre la mesa de anfiteatro anatómico, por cuyas claraboyas se cuela esa neblina soñolienta, tan favorable a los aparecidos sin licencia"; ¡Ahora sí que habló correctamente!; y que se aguante con paciencia don Roberto Agramonte, para quien van dedicadas estas postreras flores.

Sin ninguna transición, ni idea a que se refiera, continúa el señor Andrade, después de un paciente punto aparte.

"El mismo final luctuoso (9), (parece que Andrade se duele y vierte lágrimas al recordar este final) de don Gabriel, trazando una pirueta en el aire en acrobática despedida (creemos que esta es una manera poco reverente de recordar la muerte de quien ha sido capaz de excitar el llanto del escritor) entre el relucir de los parabólicos machetes y el estruendo de los inofensivos y sonoros pistolones románticos, coloca una cabal cimera de tragedia sobre su torva actitud espectral, enigmática y oprobiosa."

¡Eso sí que está interesante lo de los inofensivos pistolones! Tan inofensivos como el que desde la negrura de la selva de Berruecos hizo desplomarse a Sucre exclamando; "¡Ay, balazo!", y expirar en brazos de Caicedo...; que para el señor Andrade no parece ser todo esto sino una mera historieta fabulosa, y el vencedor de Tarqui se habrían desnucado cayendo de la mula tan sólo de miedo, por haber escuchado el estruendo de los sonoros cuanto inofensivos pistolones de Sarria, Rodríguez y Taminango...! Podríamos asegurar que, de haber heredado alguno de los pistolones del seis de agosto, estaría muy dispuesto nuestro romántico escritor a suicidarse con él a boca de jarro...

Angustiado el señor Andrade por el tópico de la fábula médica garciana, trata de rectificar conceptos tal vez auténticos y escribe este párrafo que transcribimos pidiendo mil excusas a nuestros lectores:

"¿Con qué objeto recurrir—dice—a la fábula, si bastan sus acusados rasgos y sus dimensiones de espectro, para hacer de él un prodigioso personaje shakespeareano, con su trenzado látigo feudal y sus metáicas pupilas de papa satánico, envenenador e incestuoso, que explora entre la grieta de los cráteres el hallazgo de su alma?"

Nosotros también queremos hacer unas preguntas:

1º—¿Qué lector en sano juicio ha concebido jamás la robusta figura de García Moreno en forma de espectro? Pues a don Raúl parece que el fantasma del Presidente mártir le persigue asesinándole el sueño.

¿Verdad que el lenguaje parece de Shakespeare y que así hablaba Machbeth? (10)

2º—Las frases siguientes, ¿no se aplican mejor en su brutalidad inhumana a alguno de los fugitivos del seis de agosto que anduviera rondando los cráteres del psicoanálisis para hallar a su alma alguna disculpa?

---

(9) Véase Diccionario de la Lengua: Luctuoso—triste y digno de llanto.
(10) Cfr. Machbeth, Act. II, esc. 2.

Luego el señor Andrade, tras haber echado tan grande lance psicológico, continúa y dice:

"Ruega a Dios—¿de rodillas o desafiante?—que sus enemigos se muevan para enviarlos a su cadalso erguido, siempre en espera vertical—extraño signo erotómano—de esófago sediento. Así hay que situar a don Gabriel."

Preguntamos de nuevo:

1º—El piadoso cristiano que se humillaba sincero hasta llevar con los hijos del pueblo la cruz sagrada del Redentor en los pasos quiteños de Semana Santa ¿podía haberse dirigido a su Dios desafiante?

2º—¿Podrá pensarse que quien más de una vez pidió—casi suplicante—a su enemigo el general Maldonado que no se volviera en inicuas maquinaciones contra su magnánimo perdonador, quien concedió gustoso el indulto a Endara y Espinel, solicitase de Dios—como dice Andrade—que se movieran sus enemigos para tener la satisfacción de fusilarlos? Y ya preso el reincidente Maldonado, ¿no le mandó todavía el Presidente ofrecer la libertad, y aún—según parece—proponerle la huída en Tixán, cuando lo traían preso a la capital? (11)

3º—¿Algún psicólogo podrá explicar eso del cadalso como símbolo erotómano? Si acaso, hablemos de erostracismo...

Pero hagamos más bien un alto en el comentario verbal de nuestro erudito biógrafo de cuatro páginas.

Y, puesto que luego va a afirmar solemnemente que ni en su postrer instante ha tenido suerte don Gabriel, como quiera que "los fabulistas han alterado e intentan alterar la estética y la emoción dramática de ese tránsito, mutilando su desmesurada dramática", nos vemos en el caso de hacer un poco de historia positiva, para demostrar que los acontecimientos del seis de agosto, por lo menos, están algo más cerca de la acribia y pureza histórica de lo que piensan los enemigos del Presidente mártir.

No tenemos la pretensión de ser originales, ni de decir la última palabra; la historia evoluciona, siquiera accidentalmente. Ni es nuestra intención, en tan breve espacio como el que disponemos, dar un juicio definitivo sobre la biografía completa de García Moreno y sus actuaciones políticas con frecuencia discutibles en algunos particulares.

III.—La Certidumbre

Vaya, pues, sólo una breve pero documentada narración de la tragedia del seis de agosto de 1875:

"Tratándose el 5 de agosto en el consejo de gobierno de prevenir la desgracia que se tenía por inminente, él opinó, como siempre, que debía relegarse este cuidado a la policía. No le arredraba la muerte, antes gustoso se resignaba a ella, pues sabía que su sangre no iba a derramarse sino por las nobles causas de su patria y de su religión, móviles que habían sido de toda su vida pública. Ese elevado pensamiento, reforzado por la confianza de que Dios no abandonaría al

(11) Cfr. "Historia de la República del Ecuador", por J. L. R., t. II. cap. IV; en los párrafos VIII y X, Quito, 1925.

Ecuador, le impulsaba a veces a exclamar: "¡Pueden matarme los enemigos de Dios y de la Iglesia, pero Dios no muere!" (12)

Parodia esta frase el señor Andrade, afirmando que don Gabriel no había dicho sino lo contrario, es a saber, "con arrogante soberbia, tras el insomnio cundido de sobresaltos", habría dicho: "mis enemigos están en el deber de exterminarme..."

¿Podría el ilustre historiador probar su acerto y citar el documento que atestigüe semejante aseveración, opuesta a todo lo que sabemos de García Moreno? No basta poner las frases entre comillas para que ellas sean históricas; es preciso citar algún documento fidedigno, y, cuando son dudosas, citar el contexto para que no se deforme la verdad. Nos interesaría conocer tan raro documento.

Pero prosigamos nuestra narración, que es necesario llegar al cabo de ella para probar en última instancia la falsedad histórica y la fealdad literaria de cierta afirmacioncilla final del escritor en cuestión, en la cual parece que ha sintetizado todo su obscuro pensamiento.

Sus familiares notaban que la interna preparación de la víctima para el sacrificio venía perfeccionándose por momentos. Comulgó el día 6, que era primer viernes (13), y, antes de aplicarse al trabajo, apuntó en su cartera este pensamiento: "¡Señor mío Jesucristo! Dadme amor y humildad, y hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio." (14)

El encierro a que se redujo toda la mañana (15) desconcertó el primer plan de los asesinos y dió ocasión a que se entendieran para ir a esperarle a inmediaciones del palacio a la hora de despacho. En efecto, después del almuerzo, se encaminó en esa dirección, en unión de su esposa, deteniéndose luego, según costumbre, en casa de su suegro, en la esquina de la Compañía, donde sus familiares hicieron los mayores esfuerzos para detenerlo.

Despidióse—o más bien arrancóse—de su familia; abrochóse el abrigo y salió con el edecán, comandante Manuel Pallares (16), recorrió la calle de la Universidad, visitó el Santísimo, expuesto en la catedral (17) y pasó en derechura al palacio.

---

(12) Puede verse este relato en Po. cit., págs. 608 y ss. La verdad de la última frase consta de diversos documentos. Cfr. "Vida de García Moreno", por Berthe, II, XII. Véase también "Un Gran Americano", por José Leguhir, caps. 46 y 47. La narración del asesinato de García Moreno de Gálvez no creemos sea del todo precisa, pues le faltan algunos pormenores; pero en general no tiene errores sustanciales. Véase su obra: "Vida de G. G. M.", Ed. Difusión, 1942; cap. XIII, págs. 385 y ss.

(13) Cfr. J. L. R., Loc. cit. pág. 609.

(14) Cfr. Documentos particulares. Entre las más tiernas y heroicas expresiones que dejó escritas en sus últimos días puede leerse la carta en que se despide del Santo Padre; también es interesante la que dirije a su íntimo amigo don Juan Aguirre, que termina así: "Voy a ser asesinado... soy dichoso de morir por la santa fe... nos veremos en el cielo", fecha el 4 de agosto de 1875.

(15) La había pasado escribiendo su mensaje para el congreso que se reuniría el diez. Por esta razón no pudo asistir al examen de la escuela de Santo Domingo al que había ofrecido concurrir; sabedores de lo cual, los asesinos lo esperaron primero—conforme al primer plan—en la plaza de Santo Domingo para inmolarlo casi a la vista de sus familiares; luego decidieron esperarlo en las inmediaciones de palacio. El Presidente se dirigía, cuando el asalto, a la Imprenta Nacional.

(16) Cfr. Declaraciones del mismo Pallares.

(17) Lo niega Roberto Andrade, pero, entre otros testimonios irrecusables, puede verse el del doctor Ignacio Salazar, testigo presencial.

A la una y media de la tarde (18) al subir las gradas del portal, contestó los saludos que Rayo, Cornejo y otras personas le dirigieron (19). Fué subiendo los escalones, pero, no bien hubo dado unos diez pasos en el peristilo, al llegar a la tesorería, Rayo, que le había ido siguiendo de lado, le asestó con rapidez un terrible machetazo en la nuca, abriéndole una ancha herida oblícua, y dejándolo aturdido. (20)

Interpúsosele en el acto un joven mulato de nombre Daniel Cortés, que asió los brazos del asesino por la espalda, mientras unía su voz a la del edecán pidiendo socorro. (21)

Encorvado el cuerpo, el Presidente se dirigió precipitada y aturdidamente por delante hasta una puerta próxima (22), hubiera podido guarecerse allí y defenderse.

Pero los jóvenes Cornejo, Andrade y Moncayo—los de la acción justiciera y libertaria de que habla Andrade el mozo—que estaban valientemente apostados junto a la pared de la tesorería (23), le descargaban sus revólveres (entiéndase pistolones románticos) a quemarropa, y le obligaron a retroceder hacia el primer agresor. (24)

---

(18) Quizás un poco antes. No habían dado las dos, cuando el juez de letras doctor José M. Guerrero había comenzado a recibir declaraciones en su despacho, distante pocos pasos del lugar del crimen.

(19) M. Acosta añade que Rayo se puso a la izquierda del Presidente y le fué acompañando hasta que, al despedirse, dando un paso atrás, lo acometió. J. L. R., loc. cit. pág. 610, no lo cree probable; pero es lo cierto que Rayo estaba últimamente en buenas relaciones con García Moreno, a quien acababa de entregar una montura que le había encargado, pues era de oficio talabartero.

(20) Cfr. Declaraciones juradas de los testigos, proceso, folio 65.

(21) Refieren la actuación de Cortés los testigos Ulpiano Coronel, Emilio Vaca, Margarita Carrera, y el mismo Cortés en sus declaraciones; además hay otros testigos oculares, aunque otros no la mencionan.

(22) Declaraciones de Cortés y Acosta.

(23) Cortés, Morillo y doctor Gándara. Un testigo de once años, que publicó a 5 de agosto de 1934 una narración de lo que vió, y que acaba de aparecer, desgraciadamente anónima, en El Siglo de Bogotá del sábado 3 de marzo de 1945, Nº 3249, parece que sitúa a estos jóvenes en otros lugares, y dice: "Mientras éste (Rayo) acosaba al Presidente, menudeando los machetazos, un sujeto pequeño de estatura... estaba apostado en el primer arco del atrio muy cerca de los dos combatientes; y desde allí hacía tiros de revólver con cierta visible turbación y con evidente falta de tino; de ahí que, en vez de hacer blanco en don Gabriel, había herido a Rayo en el nudo de un pie. Quien así disparaba... resultó ser el joven universitario Pedro Cornejo... A cierta distancia, yendo y viniendo con agitación desde el atrio de la capilla mayor hacia la portería del antiguo Colegio de San Gabriel y disparando asimismo tiros de revólver sin dirección alguna, se encontraba un sujeto que posteriormente supe había sido don Abelardo Moncayo. Asimismo, en el ángulo de la plaza, detrás de la cruz de piedra, en actitud de acecharlo todo, estaba don Roberto Andrade, ambos evidentemente cómplices en el asesinato. En cuanto al joven Polanco, a quien yo no conocía entonces, según se me dijo, había estado en la esquina de la Concepción observando los hechos". Hay que notar que este testigo, según su propia confesión, se hallaba, durante esta primera parte de la escena, a una cuadra de distancia de los acontecimientos, por lo que no pudo precisar todas las circunstancias; en cambio, en lo que se refiere a la segunda parte—después de la caída de la víctima a la calle—la relación anónima a que nos referimos es de una precisión extraordinaria, pues el informante se hallaba subido en un árbol a 20 metros del lugar donde se hallaba tendida la víctima.

(24) De esta primera descarga hablan muchos testigos, como Morillo, Cortés, A. Martínez, Acosta y Gándara. Roberto Andrade confiesa que hirió en la frente a García Moreno con su revólver; pero esto debió ser poco después, como quiera que la bala de su primer disparo no salió, por lo que en primera instancia se contentó con golpearle el pecho con el cañón de su revólver o pistolón inofensivo. De la herida que le dejó en la frente a la víctima hablan los informes de los facultativos y el testimonio del doctor Proaño y Vega, director de "El Nacional."

Rayo, con rapidez de fiera, logra desprenderse de Cortés, a poder de heridas y de violentas sacudidas, y, dándo de paso un pincho de machete en el cuello a Pallares (25) para callar sus gritos, volvió furioso a la víctima y le descargó otro machetazo en el cuello. (26)

Su voz, sin fuerzas, rodeado de asesinos—impulsado por el instinto vital—trató de defenderse con lo que tenía entre manos (27), que era el rollo del mensaje (28), luego con el bastón que débilmente meneaba para desviar los machetazos, hasta que hubo de soltarlo. (29)

Indefenso del todo, tambaleante, fué retrocediendo frente al agresor, escudando instintivamente la cabeza con la sanguinolenta piltrafa del brazo. Logró arrimarse a una columna, pero un momento no más. Cuando se llevaba la mano izquierda a la cabeza (30), lánzanse de repente los jóvenes de las pistolas y le hacen una segunda descarga (31). Rayo, con el rostro fruncido y ensangrentado, se lanza sobre el Presidente, y de un empellón (32) lo arroja a la plaza desde el alto pretil en que se iniciara la horripilante escena. Antes de caer en el vacío, se oyó a la víctima prorumpir en un ¡ay! doloroso (33). El cuerpo fué a estrellarse de cabeza sobre las desiguales piedras del empedrado, tras una caída de casi tres metros.

Satisfechos los heridores, quedaron desde arriba contemplándolo, por si daba

---

(25) El relator anónimo de "El Siglo", parece conocer este detalle; aunque habla de una herida de Pallares, la atribuye a haberse estrellado contra una puerta. Mas parecen afirmar lo contrario y culpar a Rayo otros testigos, como Emilio Vaca y el mismo Pallares. Según Roberto Andrade, Cornejo habría advertido al edecán que se retirara, pues "nada había con él"; mas Cornejo niega haber pronunciado estas palabras que dice, fueron de Rayo. Pallares en todo caso, continuó gritando, fuera de sí, "¡Asesinos! ¡Bandidos! ¡Matan al Presidente!, lo cual hizo que Rayo interviniera contundentemente con su machete.

(26) Testigos inmediatos, Cortés y E. Vaca. La narración de esta primera parte de la tragedia, hecha por Pallares es más conforme con la tradición callejera y añade algunos pormenores olvidados por Cortés; pero por desgracia no siempre está conforme con la mayoría de los testigos del proceso.

(27) Lo atestiguan Ulpiano Coronel y Eloy Proaño Vega.

(28) El mensaje ensangrentado se conserva aún. El testigo anónimo de "El Siglo" dice que le pareció que "el agredido tenía inutilizado el brazo derecho y paraba con el izquierdo los machetazos". De ninguna narración auténtica consta que el Presidente se llevara la mano hacia donde tenía el revólver; además, después del primer golpe, quedó tan aturdido que todos sus actos probablemente hasta poco antes de expirar fueron inconscientes y mecánicos.

(29) Pallares afirma que él recogió el bastoncillo, cuando "S. E.... al defenderse con la mano para parar el golpe, recibió un corte que lo obligó a botar el bastón, el que fué levantado por el declarante para acometer a Rayo en defensa del señor agredido, y le dió dos golpes; que, a ese tiempo, se presentaron Cornejo y Andrade con revólver en mano para disparar contra S. E. y el testigo". ¿Sucedió esto antes de recibir el edecán el hurgonazo de Rayo? No queda en claro

(30) La derecha la tenía casi por completo inutilizada, y llevaba el dedo pequeño colgante.

(31) Bastante claras aparecen las dos descargas en las declaraciones de Cortés, Vázquez, E. Vaca, Camilo Novilos; Angela Sagú (hija de la covachera), Gándara, Vera y Morillo.

(32) Testimonio de A. Segú, E. Vaca y Rafael Puertas. La relación anónima de "El Siglo" dice que "por ir caminando de espaldas hacia la plaza, en llegando al borde del atrio, faltóle el suelo y cayó". Naturalmente, como el autor de esta relación se hallaba entonces todavía a una cuadra de distancia, no pudo ver todos los movimientos de Rayo.

(33) Testimonio de Margarita Carrera, la covachera.

alguna señal de vida, y uno de ellos—ya en el colmo de su exaltación—dió un tiro al aire y dijo: "¡Viva la patria! ¡Hemos matado al tirano!" (34)

Por fin, con las frecuentes descargas, empiezan los curiosos a acudir a la novedad y al lugar mismo del siniestro; pues ya de antes hubo testigos oculares en la plaza (35), en los extremos del portal, en las oficinas y calles adyacentes. Algunos se atrevieron a salir de las covachas inferiores del palacio, de la tesorería, de las oficinas de hacienda y gobernación.

Nadie sin embargo osa impedir la consumación de la terrible tragedia, amedrentados por el furor y la exaltación de los criminales.

Aún no ha expirado el Presidente. Allá abajo se mueve todavía, con una pierna levantada, (36), en sus últimos estertores. Hay que acabar la obra.

Bajan los victimarios precipitadamente la grada que da a la calle frontera al cuartel, y, al torcer para la plaza, dirigen inquietas miradas hacia el puesto de guardia (37). Cuando descendió Rayo, corrió Cortés gritando: "¡Favorezcan", que matan al Presidente!"

Entre la caída del herido y la llegada de los asesinos mediaron unos momentos, durante los cuales varios hombres del pueblo, saliendo de las covachas se animaron a rodearlo y ver de asistirlo, mientras algunas mujeres se deshacían en gritos pidiendo socorro (38)

Pero aparece de pronto Rayo, desgreñado, centellantes los ojos, la boca en una horrorosa comisura, y, levantando en alto el goteante machete, "apártense, mujeres" gritó, y agitó la hoja. Un artesano rehusa apartarse; Rayo furibundo lo increpa: "¡Retírese, ajo!, que quiero verlo muerto a este (39), y en el acto, hincando la rodilla (40), descarga golpe tras golpe sobre el indefenso yacente, apuntándole a la cabeza y al pecho. "No sea infame como Caín con su hermano Abel", grita una voz dolorida. Es otro de los artesanos que había tardado en re-

---

(34) E. Vaca. Parecidas expresiones le oyeron después los testigos Emilio Gangotena, Clotilde Bueno, Dolores Landázuri, Luz Peñaherrera y los doctores Valdivieso y Gortaire.

(35) La relación anónima de "El Siglo" dice que la plaza estaba completamente desierta. Así le debió parecer; pero de los procesos aparece lo contrario.

(36) Anotación curiosa de la relación anónima de "El Siglo". Durante esta segunda parte, el informante se encontraba a veinte metros, y pudo precisar detalles. El doctor Proaño Vega dice que, cuando levantaron el cuerpo de don Gabriel para llevarlo a la catedral y asistirlo, lo encontraron "reposando sobre el lado derecho, vuelta la cara hacia arriba; los ojos casi enteramente abiertos; el cuerpo yacía medio recogido, dobladas las corvas, como si hubiese hecho un esfuerzo para levantarse."

(37) No se ha podido establecer el orden en que bajaron los victimarios, pues los enumeran en distinta forma Cortés, Molina, Puertas y Cornejo. Al mirar al cuartel deseaban cerciorarse si Sánchez había logrado sublevar al batallón Nº 10, y estaban inquietos al constatar que nadie se movía allí. El testigo anónimo de "El Siglo" dice: "Rayo desde la esquina daba voces y como que llamaba a los soldados que hacían la guardia, pero no ví que alguno de ellos se acercase."

(38) Delante de la covacha ocurrieron escenas muy tiernas. Candorosamente exponen sus impresiones Margarita Carrera, Antonio Martínez, Vicente Monteros y Daniel Grijalva. Conmovida la tendera por la mansedumbre y tranquilidad del herido, no pudo más, y fuera de sí "poniendo las manos" se acercó a Rayo suplicándole con lágrimas que cese en su infame tarea.

(39) Margarita Carrera y Alejandro Ceballos, completa la escena Vicente Monteros.

(40) El relato anónimo de "El Siglo" dice que el verdugo se sentó encima; otros añaden que lo pisoteaba y pateaba.

tirarse (41). Y el verdugo... contestó... con tirarle una cuchillada horizontal... Ya planeaba el cintarazo oblícuo hacia el vientre del compasivo hijo del pueblo —de ese pueblo humilde que tanto amó a su jefe—, cuando una mano desangrada, con profundos desgarrones palpitantes, se levantó del suelo, erguida, noble... y sirvió de escudo al inocente obrero. ¡¡Otro tajo más! (42). Pero se había salvado el artesano, quien por evitar el toque dió tal salto que fué a caer dentro de la covacha inmediata. La ciega rabia de Rayo se acreció todavía, inagotable, acompañando los machetazos con espumarajos e improperios: "¡Defiéndete ahora!... ¡Tirano de la Libertad!... ¡Muere, jesuita con casaca!... ¡Muere, muere, muere!" (43)

Dios no muere!, se oyó, con voz valiente y sumisa, murmurar al moribundo (44).

¿Podrá imaginarse algo más solemne?

El rostro mismo de don Gabriel después de muerto, a pesar de las contorsiones que el dolor le pudiera imprimir, denotaba una soberana tranquilidad—como afirman testigos presenciales de la autopsia—una sumisión profunda a la Divina Providencia, una grandeza de alma que sólo puede comprenderse al conocer su arraigo en la fe y su amor al deber sobrenatural.

IV.—La Epopeya

¡Dios no muere! ¡Sublime!

No es ya sólo la tragedia clásica, dolorida y grande. Es el soberano poema de ultratumba, que se borda en los labios del mártir en tres palabras más grandilocuentes que la catarsis poética de Milton o los ayes desgarradores e impotentes del Edipo Rey. Es la copia humana del divino poema trágico de la cruz.

Bello es sin duda contemplar al campeón de la justicia y del derecho, al defensor de la paz verdadera de su pueblo, al gran estadista moralizador y empeñoso del progreso material de su patria, en pleno vigor de acción durante sus agitados años de presidencia. Pero mucho más sublime es contemplarlo en el instante arquitectural y estático de su muerte heroica y resignada, como cumple a fiel imitador del Maestro Divino.

Epico cuanto se quiera puede ser el último debatirse de los héroes homéricos, luchando febriles contra su adversario que lo ha derribado en tierra ensangrentado, y aún contra el hado y la ineludible Kere tan odiada; nos conmueve en verdad, con un triste desplome de nuestro espíritu disgustado sutilmente, el batallar estéril de la agonía inconforme y rabiosa del gladiador romano contra su voluntad vencido.

Más, ¿de qué subidos quilates de estética y de humanismo no es el sucumbir tranquilo del mártir cristiano que—como su Divino Ejemplar—se ha ofre-

(41) Antonio Martínez.

(42) La autopsia oficial reconoció 6 heridas de revólver y 14 de machete, de las cuales 8 eran mortales.

(43) Bedoya, Margarita, Monteros, Grijalba y otros.

(44) Lo testimonian, entre otros, Margarita Carrera y don Eloy Proaño Vega. El Chantre de la catedral, monseñor D. Pastor, antes de darle la última absolución, preguntó al moribundo si perdonaba a sus enemigos; cerciorado de ello, impartió el Sacramento.

cido a la muerte "¿por qué quiso?" ¡Morir perdonando! ¡Morir, tal vez, con la sonrisa en los labios convulsos por el sufrimiento...! ¡Pero con sonrisa cristiana, no con la del escéptico o del misántropo repulsivos; con la apacible dulcedumbre de quien acaricia un ideal solitario, íntimo, supremamente pacificador del alma...! ¡Supera mil veces a todo lo ponderable un tránsito así, en que destella el apacible y sereno fulgor de una voluntad sobrehumana que, sobreponiéndose al menguado rencor o a la gloria de la defensa varonil y audaz, es capaz de rechazar todo conato de defensa en infructuosa cuanto dulce angustia, y pone todo su ahinco en vencerse a sí misma... y perdonar, y confiar sólo en el Omnipotente!

Y exclamar con la ahogada voz, o al menos con el gesto: "Podéis matarme... Si hubiera querido defensa, rodeado hubiese andado por doce legiones de edecanes y detectives... Mas..., yo no he luchado por mí. He luchado por la causa de Dios... ¡Puedo morir yo..., pero Dios no muere!

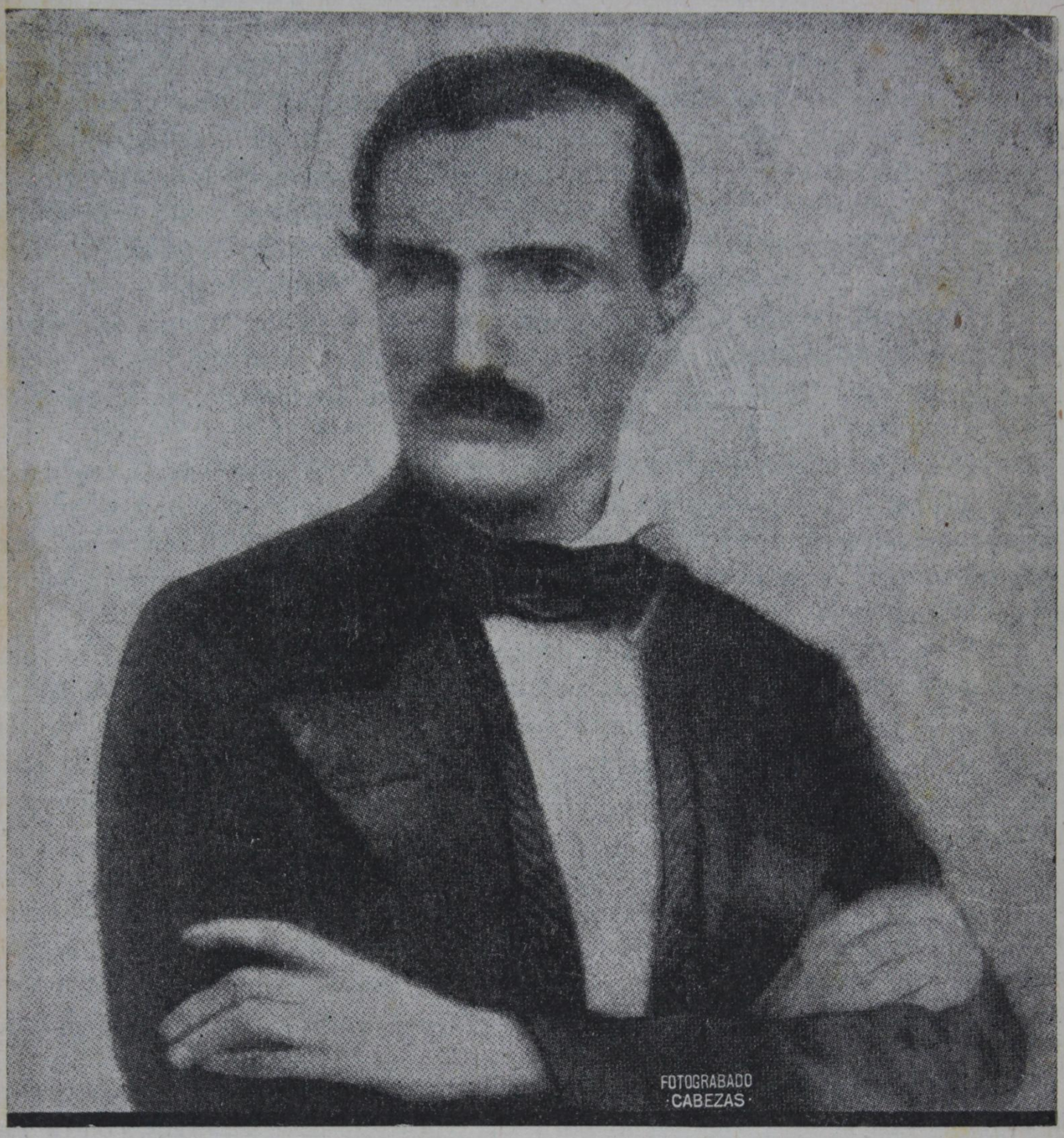
Negar la gloria de una muerte así; preferir, en el campo de la estética y de la psicología, el rabioso grito inconforme del aqueo al revolcarse iracundo en supremo esfuerzo sobre su sangre, maldiciendo al enemigo que lo ha vencido, ¿no será retrogradar la cultura del siglo XX, y anhelar por los primitivos instintos de los héroes de la edad de hierro?

Sin embargo este final no le satisface para su ídolo al señor Raúl Andrade. Prescinde de la realidad, de lo que pasó en verdad; fantaseador, con una sonrisilla de psiquiatra que le asoma por debajo del contraído labio, y que pretende ser plagiaria de algún olvidado novelista ruso, busca para don Gabriel un airón postizo—al que sin embargo apellida cabal cimera—y se empeña en colocar al mártir a la altura de sus asesinos.

"No ha tenido suerte don Gabriel en su postrer tránsito—exclama—. Los fabulistas han alterado e intentan alterar la estética y emoción de ese tránsito, mutilando su desmesurada dramática, poniendo entre sus rígidos labios sanguinolentos—que apenas sí podrían contener espumarajos rabiosos—aquella frasecita ritual, dulzona, ingenua, apta para mancebos en el final languidecente de una comedieta de monjas."

La frasecita dulzona, que le desplace a nuestro superhombre americano es la sublime aquella de "Dios no muere". Se rebela el señor Andrade contra los hechos, niega la realidad, la historia. Y afirma, afirma categóricamente, que no dijo eso don Gabriel, que eso no encuadra bien con la figura de torva actitud espectral y enigmática que se ha forjado—probablemente por relatos deformados oídos en la infancia—en su mente inspirada; que eso no debió haber dicho, no y no y no. "Si acaso blasfemaría..." Maravillosos: ahora si ya se siente el señor Andrade un genio superior por sus aguasfuertes durerianas, mil veces superior a los Murillos y Velázquez, a los Rafael y Miguel Angel y a los demás míseros autores de policromadas estampas religiosas...

Y así, con tranquilidad tan pontifical, deja el señor Andrade en la "Revista de América", "desfigurada y caricaturesca" esta figura americana apasionante. ¿No queda García Moreno más mistificado que nunca, "caricaturizado con torpe desmesura" por estos violentos chafarrinones del articulista, que lo ha ido desfigurando "como con espejos convexos de un gabinete de sorpresas...?"



Don Gabriel García Moreno

Por favor, señor Andrade, por humanidad, por arte... no se exalte con estas audacias. O, si las quiere escribir, escoja para sus tragedias, algo más "plástico", algo de más "lejanía" que la histórica figura inconmovible de nuestro gran contemporáneo.

Le aconsejo el Prometeo, o Filoctetes: pertenecen a eso que tantas veces ha nombrado usted en su escrito y que debe atraerle sobremanera, a la fábula; que no se sabe si estos entes sufrieron su tortura resignados o maldicientes. Con ellos puede usted hacer sus ensayos de imitación de Gide y de saciar la endemoniada delicia del inconformismo, darse el envenenado placer de pasar por delante de todos los valores estéticos consagrados e irles repitiendo un satánico *non serviam*. La mitología le ofrece además mil otros asuntos capaces de satisfacer al mitómano más empedernido.

O, si no, ensaye a escribir un tercer Caín... (45)

Una sola cosa le suplico: que cuando haya descrito alguna de esas vesánicas figuras, acuda a algún buen profesor crítico literario a ver si su trágica producción, aún prescindiendo de la ciencia histórica, en el mero campo de la estética, es capaz de competir aún con la mesura serena del Edipo en Colono, del ciego ya subiimado por la resignación y redimido por la piedad—obra cumbre de Sófocles—, por no hablar de las grandes producciones cristianas que han ido conmoviendo a todos los hombres normales durante siglos.

Terminamos con la frase verdadera que un día se le escapó a don Roberto Andrade: "¿Hay mayor contento que dar la mano a un amigo para que se saive de un precipicio, aunque desde luego sepamos que no se ha de mostrar agradecido?"

Acta de instalación del Instituto Cultural Costarricense-Ecuatoriano

En la ciudad de San José, capital de la República de Costa Rica, a los cinco días del mes de junio de mil novecientos cuarenta y cinco años, se reunieron en la sede de la Legación del Ecuador—siendo el señor Gustavo Monroy Garaicoa el Representante Diplomático de dicha nación con el carácter de Encargado de Negocios, y Presidentes del Ecuador y Costa Rica, señores Dr. José María Velasco Ibarra y Licenciado don Teodoro Picado M., en el orden citado—, los siguientes señores: Joaquín García Monge, General Jorge Volio, Hernán Peralta Quirós, Licenciado Daniel Quirós Salazar, Señorita Elsa Orozco Carrillo, José María Orozco, Francisco María Núñez, Alfredo Cadena, Carlos Zevallos Menéndez, Juan Cabezas, Ingeniero Miguel Angel Muñoz e Ingeniero Carlos A. Reyes Cajas, con el objeto de dejar constituído el *Centro Costarricense-ecuatoriano de Cultura.*

Una vez instalado el acto, el señor Gustavo Monroy Garaicoa, dió la bienvenida a los asistentes manifestando su complacencia y su agradecimiento por haber sabido corresponder al anhelo del pueblo y Gobierno Ecuatorianos en sus afanes de establecer las bases para el conocimiento mutuo entre estos dos países. Dijo también que, como representante diplomático ofrecía todo su apoyo para que el Instituto logre coronar con éxito sus ideales.

Acto seguido se dió lectura al plan que ha de desarrollar el Instituto el cual consiste en:

1º—Interesarse por dar a conocer el libro ecuatoriano.

2º—Ayudar en toda forma como sea posible a estudiantes costarri-

---

(45) El Primer Caín lo escribió Roberto Andrade. El segundo, réplica muy erudita y literaria de aquél, es atribuído a los doctores Rafael M. y Nicolás Arizaga.

O, si no, ensaye a escribir un tercer Caín... (45)

Una sola cosa le suplico: que cuando haya descrito alguna de esas vesánicas figuras, acuda a algún buen profesor crítico literario a ver si su trágica producción, aún prescindiendo de la ciencia histórica, en el mero campo de la estética, es capaz de competir aún con la mesura serena del Edipo en Colono, del ciego ya subiimado por la resignación y redimido por la piedad—obra cumbre de Sófocles—, por no hablar de las grandes producciones cristianas que han ido conmoviendo a todos los hombres normales durante siglos.

Terminamos con la frase verdadera que un día se le escapó a don Roberto Andrade: "¿Hay mayor contento que dar la mano a un amigo para que se saive de un precipicio, aunque desde luego sepamos que no se ha de mostrar agradecido?"

Acta de instalación del Instituto Cultural Costarricense-Ecuatoriano

En la ciudad de San José, capital de la República de Costa Rica, a los cinco días del mes de junio de mil novecientos cuarenta y cinco años, se reunieron en la sede de la Legación del Ecuador—siendo el señor Gustavo Monroy Garaicoa el Representante Diplomático de dicha nación con el carácter de Encargado de Negocios, y Presidentes del Ecuador y Costa Rica, señores Dr. José María Velasco Ibarra y Licenciado don Teodoro Picado M., en el orden citado—, los siguientes señores: Joaquín García Monge, General Jorge Volio, Hernán Peralta Quirós, Licenciado Daniel Quirós Salazar, Señorita Elsa Orozco Carrillo, José María Orozco, Francisco María Núñez, Alfredo Cadena, Carlos Zevallos Menéndez, Juan Cabezas, Ingeniero Miguel Angel Muñoz e Ingeniero Carlos A. Reyes Cajas, con el objeto de dejar constituído el *Centro Costarricense-ecuatoriano de Cultura.*

Una vez instalado el acto, el señor Gustavo Monroy Garaicoa, dió la bienvenida a los asistentes manifestando su complacencia y su agradecimiento por haber sabido corresponder al anhelo del pueblo y Gobierno Ecuatorianos en sus afanes de establecer las bases para el conocimiento mutuo entre estos dos países. Dijo también que, como representante diplomático ofrecía todo su apoyo para que el Instituto logre coronar con éxito sus ideales.

Acto seguido se dió lectura al plan que ha de desarrollar el Instituto el cual consiste en:

1º—Interesarse por dar a conocer el libro ecuatoriano.

2º—Ayudar en toda forma como sea posible a estudiantes costarri-

---

(45) El Primer Caín lo escribió Roberto Andrade. El segundo, réplica muy erudita y literaria de aquél, es atribuído a los doctores Rafael M. y Nicolás Arizaga.

senses que se proponen hacer sus estudios Universitarios en el Ecuador. Con este fin se gestionará por medio de los Ministros de Educación Pública y Relaciones Exteriores la creación de becas.

3º—Interesarse porque ambos países sean visitados entre sí.

4º—Ayudar en todo lo que sea posible a los maestros y demás personas ecuatorianas que visiten Costa Rica.

5º—Gestionar para que estas visitas sean recíprocas y tengan ayuda directa de los Gobiernos.

6º—Interesarse porque se bauticen dos o más escuelas con nombres de personalidades sobresalientes de los dos países, especialmente, por lo que a Ecuador toca con los nombres de "Eugenio Santa Cruz y Espejo" y "Eloy Alfaro."

7º—Procurar dotar de una buena biblioteca ecuatoriana a la Escuela República del Ecuador del distrito de San Juan de Naranjo. Asimismo se hará con las escuelas que en el futuro sean bautizadas con nombres de personalidades del Ecuador.

8º—Interesarse por dar a conocer a todas las personalidades de ambos países, con este objeto se solicitarán retratos para ser colocados en escuelas, colegios universitarios, bibliotecas de ambos países.

9º—Divulgar por todos los medios posibles, tales como: el periódico, la radio, las revistas, la geografía, la historia, el progreso y las bellezas del Ecuador. También se procurará conseguir películas de carácter turístico para el conocimiento mutuo de los dos pueblos hermanos.

10.—Interesarse por enviar todos los libros posibles a las Bibliotecas del Ecuador, en donde a la vez se conseguirá la formación de la Sección de Costa Rica.

11.—Promover de vez en cuando concursos sobre diferentes temas.

12.—Interesarse por dar a conocer los símbolos ecuatorianos: la bandera y su escudo. Con este fin se mandarán a imprimir a fin de obsequiar a las escuelas de todo el país y a algunos lugares públicos.

13.—El Instituto deberá tener un órgano de divulgación propio para el intercambio cultural con su similar en Ecuador.

Puesto a consideración de la Asamblea, éste fué aprobado por unanimidad.

Acto seguido se procedió a nombrar una Directiva provisional, la que por moción del General Volio recayó en las personas del señor Gustavo Monroy Garaicoa e Ingeniero Carlos A. Reyes Cajas, como Presidente y Secretario ad hoc respectivamente. Esta moción fué aprobada por unanimidad.

El señor Presidente al manifestar su agradecimiento, pidió a la Asamblea nombrar la Directiva definitiva.

El mismo General Volio mocionó en el sentido de que para Presidente definitivo se debería nombrar al señor Joaquín García Monge, para Vicepresidente a la señorita Elsa Orozco Carrillo y para Secretario al Ingeniero Carlos A. Reyes Cajas. Puesta en discusión esta moción, fué aprobada por unanimidad.

Para Bibliotecario fué sugerido el nombre del señor José María Orozco, quien fué designado por unanimidad.

Para Tesorero asimismo fué sugerido el nombre del señor Juan Cabezas, el cual fué nombrado por unanimidad.

Por lo que la Directiva definitiva quedó constituída en la siguiente forma:

Presidente, señor don Joaquín García Monge;
Secretario, Ingeniero Carlos A. Reyes Cajas;
Bibliotecario, señor José María Orozco Casorla;
Tesorero, señor Juan Cabezas;
Vocales: señores, General Jorge Volio, Licenciado Daniel Quirós Salazar, Lic. Hernán Peralta Quirós, Prof. Jorge Lines, Srita. Margarita Esquivel, Licenciado Froilán González Luján, Román Jugo L., Alfredo Zúñiga Pagés, Arturo Castro Esquivel, José Joaquín Quirós Salazar, Jaime Solera, señora Angela Acuña de Chacón, Octavio Castro Saborío, señora Rosa de Kusakis, Dr. Enrique Macaya L., Otón Acosta, Dr. Raúl Orozco Casorla, Carlos Luis Sáenz, Ciriaco Zamora, señora Claudia Cascante de Rojas, Juan Francisco Rojas, Antonio Córdova, Ingeniero Raúl Granados, Ingeniero Fabio Baudrit Moreno, Alfredo Cadena, Ingeniero Miguel Angel Muñoz, señor Carlos Zevallos Menéndez, señorita Lucía Jiménez Ferraz.

El señor Gustavo Monroy Garaicoa, manifestó la conveniencia de que el Instituto otorgue diplomas a todas las personas que se designen como miembros; asimismo, sugirió de que se tengan como socios de: Honor, Número y Correspondientes.

A insinuación del señor Presidente fueron elegidos por unanimidad para Presidentes de Honor los señores Presidentes Dr. José María Velasco Ibarra y Licenciado don Teodoro Picado, del Ecuador y Costa Rica respectivamente.

El General Volio mocionó en el sentido de que sean considerados como miembros de Honor el señor Ministro de Educación de Costa Rica, el señor Rector de la Universidad Nacional y el señor Alfredo Greñas, decano del periodismo costarricense. Fué aprobada por unanimidad.

El mismo General Volio insinuó para que sean considerados como socios correspondientes el Ingeniero Federico Páez, ex-Presidente del Ecuador, y los Diarios del Ecuador y Costa Rica.

El señor Presidente manifestó la conveniencia de nombrar una comisión para formular los estatutos y reglamentos del Instituto. Por moción del señor Juan Cabezas se discutió la terna compuesta por los señores Licenciado Daniel Quirós Salazar, Hernán Peralta Quirós, Francisco María Núñez e Ingeniero Miguel A. Muñoz. Esta terna fué aprobada por unanimidad.

Por moción del señor José María Orozco se fijó para runiones del Instituto el primer lunes de cada mes y el primer lunes de la segunda quincena.

Como está presente, y de paso para el Ecuador, el Arqueólogo ecua-

toriano señor Carlos Zevallos Menéndez, se nombró una comisión compuesta por los señores Jorge Volio, Juan Cabezas, Francisco María Núñez, Miguel Muñoz, Daniel Quirós Salazar y Carlos Reyes Cajas, para que gestionen los preparativos para una conferencia que versará sobre "Arqueología y Arte Prehistórico Ecuatoriano", la que se llevará a cabo en el Teatro Nacional el día miércoles 6 del presente, a las tres y media de la tarde.

Por no tener otros asuntos que tratar y siendo avanzada la hora, se levantó la sesión.

El Presidente,
JOAQUIN GARCIA MONGE

El Vicepresidente,
ELSA OROZCO CARRILLO

El Bibliotecario,
JOSE MARIA OROZCO CASORLA

El Tesorero,
JUAN CABEZAS

El Secretario,
CARLOS A. REYES CAJAS

VOCALES: Los antes nombrados.

Roosevelt Hall

4 de julio de 1945.

En Washington, la bella y tranquila capital de los Estados Unidos de Norte América, cuyo nombre evoca el recuerdo de uno de los hombres más grandes de todas las épocas, y que fué sitio de paz hasta que la gran República se vió obligada a declarar la guerra a las naciones del Eje, convirtiéndose desde entonces en una gran ciudad de vida agitada, como la mayor parte de las que ocupan sitio preeminente en la gran nación, se levanta majestuoso el edificio de los Archivos Nacionales, situado frente a la Avenida de la Constitución, entre las calles sétima y novena. "The National Archives", grandioso en su conjunto, tiene a su entrada las alegorías del Pasado y del Futuro.

En ese soberbio edificio se inauguró en el mes de mayo pasado la Sala del Presidente Roosevelt, el gran norteamericano que, odiando la guerra y amando la paz, se vió precisado a dejar la paz para declarar la guerra, en beneficio de un mundo nuevo, que logró vislumbrar con su visión de estadista, pero que no alcanzó a vivir.

En esa sala, de grandes proporciones, se encuentra la trayectoria seguida por el gran patricio norteamericano, desde el primer momento en que hubo de asumir la responsabilidad de la lucha, y durante todo el tiempo que le tocó, como Presidente de los Estados Unidos de Norte América, como comandante en jefe de sus ejércitos y como líder de la humanidad, ir trazando la ruta que el mundo

toriano señor Carlos Zevallos Menéndez, se nombró una comisión compuesta por los señores Jorge Volio, Juan Cabezas, Francisco María Núñez, Miguel Muñoz, Daniel Quirós Salazar y Carlos Reyes Cajas, para que gestionen los preparativos para una conferencia que versará sobre "Arqueología y Arte Prehistórico Ecuatoriano", la que se llevará a cabo en el Teatro Nacional el día miércoles 6 del presente, a las tres y media de la tarde.

Por no tener otros asuntos que tratar y siendo avanzada la hora, se levantó la sesión.

El Presidente,
JOAQUIN GARCIA MONGE

El Vicepresidente,
ELSA OROZCO CARRILLO

El Bibliotecario,
JOSE MARIA OROZCO CASORLA

El Tesorero,
JUAN CABEZAS

El Secretario,
CARLOS A. REYES CAJAS

VOCALES: Los antes nombrados.

Roosevelt Hall

4 de julio de 1945.

En Washington, la bella y tranquila capital de los Estados Unidos de Norte América, cuyo nombre evoca el recuerdo de uno de los hombres más grandes de todas las épocas, y que fué sitio de paz hasta que la gran República se vió obligada a declarar la guerra a las naciones del Eje, convirtiéndose desde entonces en una gran ciudad de vida agitada, como la mayor parte de las que ocupan sitio preeminente en la gran nación, se levanta majestuoso el edificio de los Archivos Nacionales, situado frente a la Avenida de la Constitución, entre las calles sétima y novena. "The National Archives", grandioso en su conjunto, tiene a su entrada las alegorías del Pasado y del Futuro.

En ese soberbio edificio se inauguró en el mes de mayo pasado la Sala del Presidente Roosevelt, el gran norteamericano que, odiando la guerra y amando la paz, se vió precisado a dejar la paz para declarar la guerra, en beneficio de un mundo nuevo, que logró vislumbrar con su visión de estadista, pero que no alcanzó a vivir.

En esa sala, de grandes proporciones, se encuentra la trayectoria seguida por el gran patricio norteamericano, desde el primer momento en que hubo de asumir la responsabilidad de la lucha, y durante todo el tiempo que le tocó, como Presidente de los Estados Unidos de Norte América, como comandante en jefe de sus ejércitos y como líder de la humanidad, ir trazando la ruta que el mundo

sigue en estos momentos de angustia y probablemente los que habrá de seguir en el inmediato futuro. Ahí se conserva su declaración de ayuda a las Democracias, del 29 de diciembre de 1940. Es una clarinada a la ciudadanía, invitándola a vigilar los derechos amenazados desde el Continente Europeo por las naciones unidas contra las democracias, cuyos pueblos, dirigidos por los criminales—Hitler y Mussolini—desbordaban todas sus iras en el afán absurdo de dominar el mundo. Ese discurso, lleno de patriotismo, fué la contestación dada por el gran Presidente Roosevelt al llamamiento brillante que desde Londres hiciera Winston Churchill al Continente Americano, en demanda de auxilio y profetizando a la vez los alcances a que trataba de llegar la barbarie enemiga, que él veía ya en práctica sobre los campos de Europa, que desde hace siglos lucha por alcanzar la paz, sin haberla logrado jamás nunca.

El siglo XX recordará entre sus hombres providenciales e ilustres a Roosevelt y a Churchill.

También se encuentra en esa gran sala el texto original de la exposición enviada al Congreso norteamericano por el gran Presidente, con el fin de otorgar préstamos y arriendos a las naciones agredidas y expuestas a ser agredidas por el nazismo.

Está en lugar de honor la declaración de guerra de fecha ocho de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno, motivada por el ataque traidor del Imperio Japonés al pueblo norteamericano, cuya primera puñalada fué recibida en Pearl Harbor un día antes. También están ahí las declaraciones de guerra a Italia y a Alemania, en las cuales se aprecia el acendrado patriotismo del Jefe del Estado, su fe en Dios y la confianza absoluta en los destinos de su país.

La Carta del Atlántico, de 14 de agosto de 1941, se encuentra también en esa sala. A esa Carta le daba el Presidente Roosevelt la misma trascendencia e importancia que tuvo para el mundo "la declaración de independencia", hecha por las colonias americanas en 1789. Para él, ese documento es la independencia del mundo actual, la libertad del futuro. Cuarenta y siete naciones han suscrito esa Carta, uniéndose en esa forma al gran pueblo norteamericano.

Están: el resumen de las Conferencias celebradas en Casablanca, donde se redactó el memorándum de rendición incondicional que habría de imponerse a las naciones del Eje; y el libro de huéspedes de la mansión presidencial ostenta las firmas de los asistentes a dicha conferencia, que fué celebrada el 14 de enero de 1943.

Ahí se encuentra la reseña de la primera Conferencia de Quebec (Canadá), entre Roosevelt y Churchill. El Mariscal Stalin no asistió a la misma por cuanto en esa conferencia se iba a formar la unidad anglo-americana, que habría de poner fin más tarde o más temprano al imperio japonés, y el Mariscal Stalin no estaba en guerra con la dictadura imperial de Hirohito.

El 19 de octubre de 1943, se lleva a cabo la Conferencia de Moscú. En ella se decidió la independencia de Austria; la destrucción del fascismo y la creación de un gobierno democrático para Italia. También se encuentra ahí la primera bandera norteamericana que se izó en una capital enemiga—en Roma—el día 5 de julio de 1944. Esa bandera fué obsequiada por el General Clark al Presidente Roosevelt.

Están depositados los documentos de la Conferencia de El Cairo, llevada a cabo en noviembre de 1943; así como los de la Conferencia de Teherán. De ambas surgió el plan de invasión al Continente Europeo, que puso fin a la lucha.

En febrero del año en curso se celebró la Conferencia de Yalta. En ella se decidió la forma en que las naciones victoriosas habrían de ocupar y controlar a Alemania. Los documentos correspondientes se guardan también ahí.

Llama sobremanera la atención los modelos en miniatura de los puertos por los cuales se efectuaban las invasiones, y los planos de los mismos. Es una de las maravillas de la ingeniería anglo-americana, que sorprendió a los nazis y fué factor decisivo para su derrota.

En la propia sala hay regalos personales que le fueron hechos al Presidente Roosevelt y entre los cuales merece mencionarse un yatagán de acero finísimo, cuyo puño está hecho de oro y nácar, recubierto de diamantes y rubíés de gran tamaño, regalo del Sultán de Marruecos.

El Emperador de Abisinia, Haile Selassie, ofreció al Presidente Roosevelt una enorme copa de oro y plata que ahí tiene su lugar de honor. El Rey Ibn Saud le obsequió dos puñales bellamente labrados en acero, con incrustaciones de oro, perlas y diamantes, junto al cual luce una faja bordada en oro, en la cual se engarzan multitud de piedras preciosas. El joyero Jacques Cartier le obsequió un globo de oro y plata, mostrando en él las ciudades principales adonde se celebraron las conferencias a que asistió el Presidente Roosevelt, e indicando cada una de ellas con pequeños brillantes. Mr. Henry Wallace entregó al entonces Presidente Roosevelt un vestido tejido en hilo de oro, obsequio de una de las Repúblicas Soviéticas, y por sobre todos esos regalos luce, por el inmenso significado que encierra, la Campana de Saint Michell, ofrecida por el pueblo de la Isla de Capri, al gran Ciudadano del Mundo, Franklin Delano Roosevelt.

Figuran ahí también, multitud de autógrafos, fotografías y documentos de toda clase e importancia.

Pensando tal vez que sus días estaban contados, y qua ya la muerte reclamaba su presa, dispuso que todos sus documentos y objetos personales sirvieran para formar un museo que se habrá de construir algún día en tierra donada por el propio Presidente Roosevelt y por su señora madre en Hyde Park, para que el pueblo americano "tenga capacidad de amar la democracia y aprender del pasado que ellos pueden formar su criterio y modelar su propio destino."

Muerto el gran Presidente, queda de él, flotando por todas partes, su espíritu de lucha y su enorme amor por la libertad y la democracia. Su nombre es un símbolo. Y no está lejano el día en que sus compatriotas coloquen a Roosevelt junto a Washington, Lincoln, Franklin, Hamilton, Jefferson y esa pléyade de hombres insignes que han hecho grande al pueblo norteamericano, no tanto por la extensión de su territorio, sino por la grandeza de sus hombres.

Al recordar en esta fecha al gran desaparecido, se piensa que sería difícil encontrar un destino más feliz que el de Franklin D. Roosevelt, e imposible uno más fecundo, porque fué el de un constructor al que correspondió el más maravilloso de todos los privilegios: colaborar con las fuerzas del porvenir. De ahí

que jamás un pueblo debió sentir con mayor fuerza el sentimiento de que su desaparición lo dejaba huérfano, ya que fué el hombre que, en la guerra y en la paz, durante las circunstancias más trágicas y decisivas, identificara su vida con la de un pueblo hasta el punto de no formar más que un cuerpo con él, y aparecer ante la Humanidad como personificación y símbolo de un mundo futuro más generoso y comprensivo.

NELSON CHACÓN PACHECO

Nuestra Señora de Guadalupe

Patrona de México

Por Berta María Feo

Al tocar con su planta el glorioso Tepeyac, la Virgen María hizo reflorecer los rosales y el aroma celestial se esparció rápida y triunfalmente; cruzó las moles colosales de los Andes, recorrió las pampas inmensas cuya aterciopelada verdura jaspea el rocío con lluvias de perlas cristalinas; atravesó los majestuosos estuarios en el seno de los cuales se reflejan las crestas de la cordillera y embalsamó el vasto Continente Americano como una emanación del Paraíso. Por una misteriosa predestinación, América tiene con las rosas estrecha y profundas relaciones: nació a la vida del cristianismo y la civilización saturada con la fragancia de las rosas del milagro, y hasta en el viejo imperio de los Incas apareció una rosa extraordinaria; una doncella que llevó el nombre de Rosa; porque este símbolo, bellísimo por su color, por sus espinas y por su perfume, expresa maravillosamente la fisonomía espiritual de la virgen peruana, a quien la Madre de Dios llamó Rosa de Santa María, como si quisiera enlazar las rosas de Lima con las rosas mexicanas, como si pretendiera insinuar que la dulce virgen del Perú es la primera, la más espléndida y fragante de las rosas que florecieron bajo su planta, allá en el lejano cerro descollante entre los muchos que se yerguen en la Sierra de Guadalupe. Cerro nimbado desde el sábado 9 de diciembre de 1531 con la aureola luminosa de la bendita aparición; secreto de luz que al traspasar con sus reflejos la línea azul de los lagos, el anchuroso valle de Mejico, los corazones generosos de la noble raza azteca, tomó su peculiar matiz, su emanación característica.

Lo mejor de las naciones no es la magnitud de su riqueza ni la feracidad de su suelo, ni el florecimiento de su industria, ni el esplendor de su progreso material, sino algo más íntimo, más precioso y si así pudiera decirse, más divino. Más, mucho más que todas esas cosas brillantes, pero frágiles y caducas, vale para los pueblos lo que ahora han denominado "valores espirituales": el haz de sus ideales nobilísimos, el tesoro de sus anhelos heroicos, el depósito inmaculado y opulento de sus tradiciones seculares. Se habla con frecuencia del alma de los pueblos y de las razas. Es una metáfora, sin duda, que encubre misteriosa realidad y

que jamás un pueblo debió sentir con mayor fuerza el sentimiento de que su desaparición lo dejaba huérfano, ya que fué el hombre que, en la guerra y en la paz, durante las circunstancias más trágicas y decisivas, identificara su vida con la de un pueblo hasta el punto de no formar más que un cuerpo con él, y aparecer ante la Humanidad como personificación y símbolo de un mundo futuro más generoso y comprensivo.

NELSON CHACÓN PACHECO

Nuestra Señora de Guadalupe

Patrona de México

Por Berta María Feo

Al tocar con su planta el glorioso Tepeyac, la Virgen María hizo reflorecer los rosales y el aroma celestial se esparció rápida y triunfalmente; cruzó las moles colosales de los Andes, recorrió las pampas inmensas cuya aterciopelada verdura jaspea el rocío con lluvias de perlas cristalinas; atravesó los majestuosos estuarios en el seno de los cuales se reflejan las crestas de la cordillera y embalsamó el vasto Continente Americano como una emanación del Paraíso. Por una misteriosa predestinación, América tiene con las rosas estrecha y profundas relaciones: nació a la vida del cristianismo y la civilización saturada con la fragancia de las rosas del milagro, y hasta en el viejo imperio de los Incas apareció una rosa extraordinaria; una doncella que llevó el nombre de Rosa; porque este símbolo, bellísimo por su color, por sus espinas y por su perfume, expresa maravillosamente la fisonomía espiritual de la virgen peruana, a quien la Madre de Dios llamó Rosa de Santa María, como si quisiera enlazar las rosas de Lima con las rosas mexicanas, como si pretendiera insinuar que la dulce virgen del Perú es la primera, la más espléndida y fragante de las rosas que florecieron bajo su planta, allá en el lejano cerro descollante entre los muchos que se yerguen en la Sierra de Guadalupe. Cerro nimbado desde el sábado 9 de diciembre de 1531 con la aureola luminosa de la bendita aparición; secreto de luz que al traspasar con sus reflejos la línea azul de los lagos, el anchuroso valle de Mejico, los corazones generosos de la noble raza azteca, tomó su peculiar matiz, su emanación característica.

Lo mejor de las naciones no es la magnitud de su riqueza ni la feracidad de su suelo, ni el florecimiento de su industria, ni el esplendor de su progreso material, sino algo más íntimo, más precioso y si así pudiera decirse, más divino. Más, mucho más que todas esas cosas brillantes, pero frágiles y caducas, vale para los pueblos lo que ahora han denominado "valores espirituales": el haz de sus ideales nobilísimos, el tesoro de sus anhelos heroicos, el depósito inmaculado y opulento de sus tradiciones seculares. Se habla con frecuencia del alma de los pueblos y de las razas. Es una metáfora, sin duda, que encubre misteriosa realidad y

para alcanzar su grandeza y su gloria, los pueblos, como las almas, tienen que ser triturados y exprimidos por el dolor, como se tortura y se exprimen los pétalos de las rosas para extraerles su esencia exquisita.

Méjico, habitado primitivamente por los Toltecas, que, conforme a vagas tradiciones procedían del Asia Central, después por los Acolhuas y finalmente por los Aztecas, raza cuya bizarría se impuso y dominó a todas las otras tribus, siendo los constructores de la nación que había alcanzado ya, mucho antes de la llegada de los europeos, un alto grado de civilización, como lo atestiguan sus antiguos monumentos, muchos de los cuales recuerdan los del lejano Egipto, ha pasado por crueles vicisitudes desde la conquista. Convertido bajo el nombre de Nueva España, en virreinato español, se le explotó únicamente en provecho de la metrópoli, cuyas miras no fueron otras que la extracción de los metales preciosos, prodigiosamente abundantes en esa tierra privilegiada, empleando solamente en sus arduas labores a los nativos españoles.

Los criollos y particularmente los indígenas fueron excluídos de los empleos públicos, afrenta que caldeaba el ambiente y mantenía hondos resquemores contra los orgullosos castellanos y cuando se declaró la independencia de los Estados Unidos, despertó en todos los pueblos mexicanos ideas de libertad que, el advenimiento de José Bonaparte al trono de España (1808), les brindaba la ocasión propicia de aplicar. Acaudillada por Hidalgo la primera insurrección mexicana, su grito de rebelión contra España lanzado el 30 de setiembre de 1810 encontró favorable eco en todo el país, especialmente entre los indígenas que supo ganar a la sagrada causa de la independencia. Cura párroco de Dolores donde ejercía gran influencia, en las banderas de las partidas sublevadas, flameó la imagen de la Virgen de Guadalupe como prenda segura de triunfo y efectivamente obtuvo varios brillantes éxitos. Vencido desgraciadamente por el general español Calleja en el Puente de Calderón y derrotado en Aculco, la traición de un oficial de su confianza le entregó a sus enemigos y murió fusilado sin haber hecho ninguna revelación.

Después de la muerte de Hidalgo, José María Morelos, sargento de artillería y luego Cura de Acapulco, fué uno de los jefes principales de la sublevación. Venció a los españoles en Tintia, y tomó importantes ciudades apoderándose de cuantioso botín. En 1813 el Congreso de Chilpantzinco reunido bajo su protección proclamó la república; rechazado en Valladolid por las tropas españolas mandadas por el general Iturbide, la guerra tomó durante este lapso de tiempo un carácter de ferocidad terrible. Derrotado y preso en Acatama le entregaron a la Inquisición; declarado hereje, se le degradó y pasó por las armas en diciembre de 1815. Ahogados en sangre estos dos vibrantes brotes de libertad, el general Agustín Itúrbide, que había ganado todos sus grados en el campo de batalla combatiendo en favor de España e impuesto a Morelos su espantosa derrota; no obstante los grandes servicios prestados a la causa y cuando era ya comandante del ejército del Norte, el gobierno español que tenía siempre desconfianza de los militares mexicanos, le destituyó sin consideración alguna. Entre tanto, las ideas de independencia ganaban terreno en Nueva España e Itúrbide tuvo que ceder a las sugestiones de sus compatriotas. Puesto a la cabeza de un cuerpo de ejército destinado

a atacar a Guerrero, trató secretamente con éste, se aseguró su apoyo y en Iguala dió un manifiesto publicando el plan que había concebido y que él llamaba: *"Unión, Religión e Independencia"*. Luego marchó a Méjico donde hizo una entrada triunfal. Colocado a la cabeza de la Junta encargada del Gobierno, pronto se mostró descontento de la posición que ocupaba y pareciéndole insuficiente se hizo proclamar emperador por la guarnición de la ciudad, sublevada, el 18 de mayo de 1822.

El Congreso sometido a la acción opresora de los insurrectos, tuvo que reconocer como válida aquella elección. Pero Guerrero y Bravo, generales en quienes el nuevo emperador depositó su confianza se pronunciaron contra él y abandonado de todos se vió forzado a abdicar. Ensayo de monarquía que no pudo cimentarse y en 1823 surgió la república que fué unas veces federativa, otras unitaria, según los diferentes partidos que se disputaban el gobierno de la nación.

Durante muchos años Méjico ha sido víctima de la anarquía marcada en el interior por revoluciones o golpes de Estado y en el exterior por intervenciones extranjeras; varias de sus provincias fueron ocupadas por tropas norteamericanas que no se retiraron sino después de haber obtenido, por el Tratado de Guadalupe (1848) la cesión de la Nueva California, del Nuevo Méjico y del Estado de Tejas. Por instigación y bajo la presión de Francia una asamblea de notables ofreció la corona imperial al Archiduque Maximiliano de Austria, cuyo efímero reinado terminó trágicamente en Querétaro y es al Presidente Benito Juárez a quien corresponde el honor de haber restablecido, en cierto modo, el orden interior y las relaciones amistosas con casi todas las potencias de ambos mundos.

Tal es a grandes rasgos la historia de la nación cuya capital es una de las más hermosas y regulares del mundo, elegida por la augusta Reina de los Cielos, para que se le consagrara en ella especial culto, donde su protección sería esperanza del mundo recién descubierto, entre los pliegues de cuyo manto, acaso, estará oculto el secreto de su destino, la cifra de su gloria, el misterio de la predestinación de su raza altiva, valiente y emprendedora.

Los conquistadores hicieron de la palabra mexicana "quautlalapan" Guadalupe, nombre con que se designó a la ciudad antes denominada La Villa, por el regio Santuario; Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de Méjico, que la piedad fervorosa de todo un pueblo levantó para corresponder al amor de su Reina sublime, al que debe su celebridad la privilegiada urbe y el gran progreso de que disfruta, pues por millares acuden todos los años los peregrinos a visitar su portentosa Imágen tan generosamente ofrecida por Ella a la noble tierra azteca.

Imagen cuya presencia embalsama desde hace cuatro siglos al que fué magno Imperio de Montesuma y en el que cada una de las generaciones mejicanas ha puesto algo de su corazón y de su esfuerzo. No podía ser más humilde ni más ingenuo el mensajero escogido por la Virgen María; sencillo hijo de la naturaleza, el dichoso indio cuyo nombre irá siempre unido al grato acontecimiento, el feliz Juan Diego recibió en el Tepeyac la misión de presentar al Obispo Zumárraga el extraño mensaje, de la que él juzgaba ser, en su candorosidad, una Señora. Un templo en aquel lugar era su expreso deseo, donde Ella se mostraría como Madre piadosa de todos.

Dulce promesa de la bendita Virgen que al hacerla al pobre indio comprendía al pueblo mejicano: en él veía a los mejicanos de todas las regiones y de todos los tiempos, y para que sea construído ese Templo, para pedirlo ¡Ella misma viene! Iluminó con su luz la colina santa del Tepeyac, al contacto de su planta celestial florecieron, a pesar de no ser época de éllos, los rosales del monte para satisfacer la exigencia, muy justificada del Obispo, cuya prudencia solicitaba una prueba decisiva de la enigmática Señora, y el ingenuo embajador obediente a sus indicaciones corta y coloca rosas en su humilde "tilma" o manta. El hombre no discurre, ¿qué prueba podían representar aquellas flores?, sin embargo, se presenta en el Palacio Episcopal con toda confianza y en presencia del Prelado al desatar el envoltorio, cayeron al suelo las rosas, en tanto que el Obispo y sus familiares se postraban de rodillas al contemplar impresa en la ruda manta la Imagen de la Virgen, tal cual la había descrito Juan Diego al contestar las repetidas preguntas del Diocesano en entrevistas anteriores, cuando el indio insistía en la construcción del templo pedido por la Señora.

La tela donde se estampó la Imágen es delgada y basta; de fibra vegetal, probablemente, dicen los que entienden, de maguey. Son dos tiras de 1.75 m. de largo, por 45 centímetros de ancho, unidas por una costura grosera, cuyos puntos son visibles hacia la mitad de la figura. Los técnicos no han logrado hasta hoy explicar la composición de los colores y han dicho que la tela era, no solamente inadecuada, sino que estaba sin *"preparar"*, quedando maravillados de la diferencia de las substancias que han servido para colorear: mostraron sin prejuicio alguno su admiración por la delicadeza de los matices, por su exquisita combinación, por la sorprendente abundancia de oro y las proporciones de la imagen correspondientes a una doncella de 15 años.

Del palacio episcopal donde había sido custodiada con gran veneración, se llevó procesionalmente la sagrada Imagen a una ermita provisional, pues el pueblo ardía en deseos de rendirle culto público y andando el tiempo se trató de recoger todos los testimonios que probaban el prodigioso suceso. Testigos juramentados declararon, corroborando la tradición del milagroso origen de la excelsa Patrona de Méjico, ante comisiones integradas por personalidades que no guiaba otro interés que hacer brillar la verdad. Se aceptaron como pruebas documentales algunos escritos referentes a Juan Diego y se tuvieron como irrecusables testimonios, las cartas del Obispo Zumárraga a sus Hermanos franciscanos de España, en que les relataba lo ocurrido con lujo de detalles; en 1568 Bernal Díaz del Castillo menciona incidentalmente a la ciudad de Guadalupe y a los milagros que se sucedían allí: en 1575 el virrey Enriquez escribía a Felipe II pidiéndole que no permitiera al Arzobispo gobernante de entonces, erigir una parroquia y un monasterio en el sitio ocupado por la Capilla. En 1663, 1666, 1723 y 1750 se formularon y proveyeron de pruebas laboriosas, procesos civiles y eclesiásticos para ser presentados a Roma.

Al pie mismo del Tepeyac se alza hoy la elegante cúpula de la Colegiata de la Virgen que empezó por una ermita, sustituída en 1575 por una capilla que ahora sirve de sacristía a la parroquia. Años mas tarde se bendijo un nuevo y mejor edificio y en 1695 se dió principio al actual, terminado en 1709, cuyo inte-

rior de estilo dórico, es sumamente bello; tres naves divididas por columnas sobre las cuales descansan varias bóvedas. La Imágen fué colocada en un soberbio altar de plata sobredorada, obra de un artista insigne, Fray Antonio de Jura; nada supera a la combinación de los oros y arabescos delicadamente cincelados y es donación del virrey conde de Salvatierra; en él se destaca el marco de oro macizo que encuadra la tilma donde aparece la bellísima estampa de aquella que como un don pidió a los mexicanos un templo y cuyo culto produce entre ellos múltiples y maravillosos efectos. Su devoción ha acumulado en su interior reliquias, ofrendas y preseas, siendo tan considerable la afluencia de las peregrinaciones que hubo necesidad de agrandarlo y hacerle un nuevo baldaquino. Entonces obtuvo la categoría de Basílica y su Abad ascendió al rango de mitrado. Majestuoso y atractivo como las Basílicas romanas, el célebre artífice Tolsa marcó su huella en mármoles y bronces. Sin embargo, son las joyas de la Virgen las que deslumbran al visitante; valoradas en 800.000 mil pesos, poniendo de manifiesto la esplendidez con que los mejicanos han rendido homenaje a su Señora. En los cuatro ángulos exteriores se yerguen otras tantas torres de 32 metros de altura, dominadas por la hermosa cúpula cuya elevación es casi de 40 metros, y la fachada fastuosamente decorada ofrece con sus columnas, emblemas y estatuas, un aspecto de riqueza y gusto que pondera la fe del pueblo constructor, no tanto por los tesoros prodigados, sino por el desprendimiento y la abnegación de quienes lo dieron todo, porque escuchan aún, a través de cuatro siglos, la palabra de su Madre celestial, su amorosa petición.

La Reina de los Cielos ha hecho a Méjico un don magnífico: el don de la fe. Fe sencilla, robusta, expansiva que no en todas las naciones se manifiesta con la liberalidad y el ardor que la distingue en la entusiasta tierra azteca. Fe sincera que emociona y sacude de alegría y esperanza a sus laboriosos habitantes, cuando vienen las Fiestas Guadalupanas. Entonces la República parece un solo hombre. En todos los corazones arde idéntica llama; entonces se olvidan rencillas, rencores y divisiones porque si existe algo capaz de reunir estrechamente a los mejicanos, es la Virgen de Guadalupe.

Todos van a su Santuario a rendirle pleitesía, a celebrar solemnemente su Fiesta, ansiosos de hacer alarde de su dicha por tener una *Madre* como *Ella* y de poseer un templo santificado por su presencia, donde se tiene promesa divinamente segura, de que por mucho que se sufra allí está el consuelo; por mucho que se trabaje, allí está el alivio; por mucho que necesiten, allí está el remedio de todas sus necesidades.

No son en semejantes circunstancias los indígenas los menos participantes del general regocijo: de todos los confines del pais acuden a saludar a su Madre y Señora luciendo sus variadas y diferentes galas, de acuerdo con la región a que pertenecen; toman parte principal en los festejos de la manera más original que imaginarse pueda.

Saben que fué uno de ellos el preferido de la gloriosa Patrona, el portador de sus celestes mensajes; que la tilma donde se imprimió su hermosa Imagen era prenda de uso de uno de su raza y pintorescamente ataviados, con especial permiso, celebran en la nave central de la Basílica todos los ritos, ceremonias y

danzas religiosas y paganas de sus antepasados, para honrarla, para darle gracias por los beneficios recibidos e impetrar su bendición. Tan curiosas como extrañas, esas escenas que transportan a un mundo desvanecido y por consiguiente hondamente conmovedoras, tienen por espectadores no solo al pueblo, sino también a los Poderes de toda la república, al Cuerpo Diplomático y al inmenso número de extranjeros y turistas atraídos por la singularidad y atractivo de la ostentosa funcion.

Puede decirse que la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe se está edificando siempre; cada una de las generaciones que pasan por suelo mejicano, ponen su mano y su corazón en el Templo único. ¡Fué tan bella la concepción de la Virgen María! Sobre el territorio inmenso de la gran República sacudida por dos océanos; sobre la tierra fértil de la gallarda raza azteca, de climas variados y panoramas espléndidos; de montañas elevadísimas, de valles risueños, y lagos como los de Chapala, Tezcuco, Chalco y Pázcuaro cuyo intenso cobalto azul es lápida de zafiro incrustada en campos de esmeralda; de cordilleras como las del Anahuac, donde los volcanes Orizaba, Colima, Jorullo y otros, sostienen fragorosos duelos... quiere la Virgen que se le levante un templo, uno solo; pero inmenso, elevado y magnífico: que dicho templo lo formen las almas, los millones de almas que pueblan su vasto suelo; y para lograrlo quiere que todas esas almas esten unidas entre sí, estrechamente ligadas por la fe, fundidas por el fuego de una caridad bien entendida, vivificadas por una esperanza divina y eterna.

El templo material, está hecho. La tienda que Ella quiso poseer en medio de los hogares mejicanos, está concluída. Su fabricación fué un prodigio de abnegada unión, porque costó muchísimo y se hizo con el óbolo de todos sus habitantes. Desde la frontera del Norte hasta los linderos del Sur; desde uno hasta otro océano todos los pueblos aportaron su contribución para levantar la Basílica, para su regia decoración.

Pero, ¿qué encanto puede tener para la Reina de los Cielos un Santuario de piedra por ricos que puedan ser sus detalles?, ¿qué atractivo encontraría Ella en ese suntuoso y frío edificio?

Es cierta su demanda de un templo material, y Méjico respondió regiamente a esa demanda erigiendo uno de los Santuarios más soberbios del continente, pero su tarea no ha terminado, se ha ejecutado el templo de piedra: falta el espiritual. El verdadero templo que Ella le pidió a Juan Diego, que le pidió a los mejicanos, es un templo íntimo, espiritual; el de piedra es un medio, una escala para llegar hasta sus almas y morar en ellas. Su aparición sensible fué fugaz, la otra, la espiritual es profunda, constante, duradera. Eligió este lugar para que en Méjico estuviera siempre su nombre, para que hubiera un lugar donde pudieran siempre buscarla en los días de paz como en los días de tormenta; en donde desea vivir, no como Reina que recibe el homenaje de sus súbditos; no como Señora a la cual hay que rendir vasallaje. No: como *Madre* es que pide un Santuario, un hogar que pueda ser el hogar de todos los mejicanos, donde tuvieran la certeza de que existe algo que no cambia, algo que no se transforma, algo que no padece vicisitudes; donde verdaderamente se sintieran sus hijos y experimentaran la satisfacción de ser suyos.

Por eso su primera palabra al pisar la cumbre del Tepeyac es la del amor maternal que se declara: la segunda es la palabra del amor desinteresado que ilumina, que se convierte en luz para bañar a las almas con sus resplandores: la tercera es la palabra del amor profundo que solicita: pidió un templo material, cuyos sillares perfectamente ligados presentan, a pesar de la variedad de elementos empleados, irreprochable unidad, y un templo espiritual formado de almas, y de corazones reunidos en compacto haz que se extienda por toda la Nación y que haga que todos los mejicanos tengan un sólo corazón, una sóla alma.

Si Ella quiere que se le edifiquen templos materiales, es únicamente como una preparación; templo cuyas elevadas torres sean conmovedores exponentes del pensamiento de la tierra que busca las alturas, como un símbolo del templo íntimo.

El símbolo es el lenguaje que expresa las cosas inefables. Cuando el espíritu consigue abrazar la realidad, sus pensamientos caben en los moldes de las palabras y aún se tiene el maravilloso privilegio de hacer amplio y flexible el lenguaje a fin de que pueda alcanzar altos conceptos y de hacerlo diáfano para que pueda iluminar con luz inmaterial el espíritu.

Mas, cuando el alma se eleva a regiones celestes, las palabras se marchitan y al desfallecer el lenguaje, comienza el símbolo. Motivo por el cual las obras del genio y las obras divinas están impregnadas de simbolismo: el símbolo vago y misterioso tiene amplitud y poesía suficiente para que en su seno pueda caber el Infinito.

La Basílica de Guadalupe que hace vislumbrar la nítida inmensidad del anhelo de la Madre y Señora del indomable pueblo mejicano, cuya pujanza es antorcha fulgurante en el azul del Nuevo Mundo, es su lugar de cita y de espera...

Quejas errantes

A mi perdida Patria

Existe de joyeles un tesoro,
engarzada en los mares de turquesa;
bajo regio dosel de grana y oro
luce antiguos escudos de nobleza.

Le coronan magníficos pinares,
sobre cumbres, que van hacia los cielos;
suaves vertientes, bajan a los mares;
risueños valles y esmaltados suelos.
Da Ceres a los campos sus favores;
Pomona, dulces y sabrosas pomas;
Flora, teje guirnaldas con sus flores,
orlando los collados y las lomas.

Por eso su primera palabra al pisar la cumbre del Tepeyac es la del amor maternal que se declara: la segunda es la palabra del amor desinteresado que ilumina, que se convierte en luz para bañar a las almas con sus resplandores: la tercera es la palabra del amor profundo que solicita: pidió un templo material, cuyos sillares perfectamente ligados presentan, a pesar de la variedad de elementos empleados, irreprochable unidad, y un templo espiritual formado de almas, y de corazones reunidos en compacto haz que se extienda por toda la Nación y que haga que todos los mejicanos tengan un sólo corazón, una sóla alma.

Si Ella quiere que se le edifiquen templos materiales, es únicamente como una preparación; templo cuyas elevadas torres sean conmovedores exponentes del pensamiento de la tierra que busca las alturas, como un símbolo del templo íntimo.

El símbolo es el lenguaje que expresa las cosas inefables. Cuando el espíritu consigue abrazar la realidad, sus pensamientos caben en los moldes de las palabras y aún se tiene el maravilloso privilegio de hacer amplio y flexible el lenguaje a fin de que pueda alcanzar altos conceptos y de hacerlo diáfano para que pueda iluminar con luz inmaterial el espíritu.

Mas, cuando el alma se eleva a regiones celestes, las palabras se marchitan y al desfallecer el lenguaje, comienza el símbolo. Motivo por el cual las obras del genio y las obras divinas están impregnadas de simbolismo: el símbolo vago y misterioso tiene amplitud y poesía suficiente para que en su seno pueda caber el Infinito.

La Basílica de Guadalupe que hace vislumbrar la nítida inmensidad del anhelo de la Madre y Señora del indomable pueblo mejicano, cuya pujanza es antorcha fulgurante en el azul del Nuevo Mundo, es su lugar de cita y de espera...

Quejas errantes

A mi perdida Patria

Existe de joyeles un tesoro,
engarzada en los mares de turquesa;
bajo regio dosel de grana y oro
luce antiguos escudos de nobleza.

Le coronan magníficos pinares,
sobre cumbres, que van hacia los cielos;
suaves vertientes, bajan a los mares;
risueños valles y esmaltados suelos.
Da Ceres a los campos sus favores;
Pomona, dulces y sabrosas pomas;
Flora, teje guirnaldas con sus flores,
orlando los collados y las lomas.

Brota en el campo, el trigo de topacio,
cubren las vides, cascadas de rubí,
gayas flores, perfuman el espacio
bajo un palio celeste, azul turquí.

Ciñe cinturón de blanca espuma,
de la alta cumbre desciende hasta el Zafir
sonoro manantial, allí se esfuma
y al seno de las ondas va a morir.

En su áureo carro, de perlas nacarinas
rizando copos en la mar azul,
torna, Neptuno, en nubes albalinas
blancas espumas de nevado tul.

Sé que en la sierra de boscaje umbroso,
cuelga el Invierno, su níveo sudario,
cubriéndola con nimbo vaporoso
cual fingidos despojos de un osario.

Febo surge en horizonte
con dorada cabellera,
la desata sobre el monte,
la playa y la pradera.
Las aves trinan en canto vario
con dulzura singular,
suelta su voz el canario
modulando en el pinar.

Sé que el Destino, arrebató mi cuna,
y la trajo muy lejos, muy lejos de mis lares.
rompe mi corazón y mi fortuna
y es fuente inagotable de pesares.

Ni mis ojos tu Cielo contemplé
ni tus prados, ni tus mares ni ribera,
el murmullo de tus olas no escuché
ni tus noches sentí de Primavera.
Siento el alma adolorida,
viendo las olas saltar,
ellas van, Patria querida
en tus playas a besar.
Mi destino así lo quiso...
de ti, mi nave, alejar
"bajo el poder de su hechizo"
obligola a naufragar.

Sé, que es de mis padres un legado
el amor hacia el suelo en que nací,
mi vida a su recuerdo he consagrado:
¡Oh Patria mía, por siempre te perdí!

CARIDAD DE SALAZAR DE ROBLES

San José, junio 1945.

La última ascensión al volcán "Rincón de la Vieja" (*)

Por A. Camps Aubert

(Recuerdos del 21 de mayo de 1945.)

LIBERIA

Era domingo 20 de mayo.

Liberia acude a misa. Terminada la segunda misa parroquial, a las 9 a. m., se organiza una procesión con la veneranda imagen del Santo Cristo de las Misericordias, en acción de gracias por la paz de Europa... y en su fragio de las almas de los caídos en la guerra.

Estrena la imagen una Cruz y andas nuevas, primorosas e imponentes.

Mucha gente; orden, compostura, respeto y religiosidad.

La banda militar toca primores. ¡Bien por Liberia!

La procesión entra al templo; poco a poco se dispersa la gente.

RUMBO AL VOLCAN

Son la una y media de la tarde. Llega mi amigo don José Manuel Martínez Palomino montado y me ofrece una cabalgadura. Monto y salimos de Liberia, los dos, siguiendo el camino de Nicaragua. Hallamos muchachos a pie y a caballo de regreso a sus haciendas; para todos hay un saludo a veces jocoso, a veces socarrón, pero siempre cariñoso. Dejamos el camino de Nicaragua para tomar otro vecinal a mano derecha que conduce a Curbandé. Al poco rato pasamos el puente de madera sobre el río Colorado que corre ahí profundo, encajonado en pura peña, con aires de misterio y leyenda... Apuramos el paso para evitar un chubasco que hace rato nos persigue. A las tres de la tarde llegamos a Curbandé, caserío agradable y pin-

---

(*) **«Rincón de la Vieja»**..., lenguaje popular que quiere significar un lugar fantástico... donde moran brujas..., hadas..., etc.

Sé, que es de mis padres un legado
el amor hacia el suelo en que nací,
mi vida a su recuerdo he consagrado:
¡Oh Patria mía, por siempre te perdí!

CARIDAD DE SALAZAR DE ROBLES

San José, junio 1945.

La última ascensión al volcán "Rincón de la Vieja" (*)

Por A. Camps Aubert

(Recuerdos del 21 de mayo de 1945.)

LIBERIA

Era domingo 20 de mayo.

Liberia acude a misa. Terminada la segunda misa parroquial, a las 9 a. m., se organiza una procesión con la veneranda imagen del Santo Cristo de las Misericordias, en acción de gracias por la paz de Europa... y en su fragio de las almas de los caídos en la guerra.

Estrena la imagen una Cruz y andas nuevas, primorosas e imponentes.

Mucha gente; orden, compostura, respeto y religiosidad.

La banda militar toca primores. ¡Bien por Liberia!

La procesión entra al templo; poco a poco se dispersa la gente.

RUMBO AL VOLCAN

Son la una y media de la tarde. Llega mi amigo don José Manuel Martínez Palomino montado y me ofrece una cabalgadura. Monto y salimos de Liberia, los dos, siguiendo el camino de Nicaragua. Hallamos muchachos a pie y a caballo de regreso a sus haciendas; para todos hay un saludo a veces jocoso, a veces socarrón, pero siempre cariñoso. Dejamos el camino de Nicaragua para tomar otro vecinal a mano derecha que conduce a Curbandé. Al poco rato pasamos el puente de madera sobre el río Colorado que corre ahí profundo, encajonado en pura peña, con aires de misterio y leyenda... Apuramos el paso para evitar un chubasco que hace rato nos persigue. A las tres de la tarde llegamos a Curbandé, caserío agradable y pin-

---

(*) **«Rincón de la Vieja»**..., lenguaje popular que quiere significar un lugar fantástico... donde moran brujas..., hadas..., etc.

toresco. Nos apeamos en la casa del señor Martínez; su esposa doña Graciela nos recibe amable y sonriente. Vienen otras personas a saludarnos; descansamos; comimos luego. A las siete de la noche rezamos el rosario en común, en el corredor de la casa. Habría unas cuarenta personas, gente sana, laboriosa, religiosa y amable. Tras el rosario viene la plática en tono familiar; es escuchada en un silencio profundo y respetuoso. Terminado el acto religioso conversamos animadamente sobre nuestro viaje al volcán y convenimos en madrugar. Don Alberto Guzmán será nuestro guía; hombre alto, delgado, de cincuenta y tres años, de mirada inteligente; recalca él que no debemos llegar a una determinada mancha del monte antes de que salga el sol; de lo contrario nos perderíamos en esa montaña. Convenimos salir a las cuatro de la madrugada. Llovía pero no fuerte; la gente se iba debajo del agua deseándonos un buen viaje al volcán. Casi toda la noche llovió en esa forma. Invoqué con fervor, varias veces, a mi Santita de Lisieux para que nos diese buen día y pudiéramos contemplar las maravillas que ha hecho su dulce y divino esposo: *Jesús*.

LA PARTIDA

A las tres y media tomamos café; aún lloviznaba un poco; a las cuatro iniciamos la partida. ¿Cuántos éramos? Las tinieblas impedían contarlos. Un brillante foco nos permitía ver el camino, los palos y ramas que podían lastimarnos. Por fin vino el día: éramos nueve y entre los cuales estaba doña Graciela de Martínez, quien quiso compartir la fatiga del viaje y tener el gusto de asistirnos. Algunos se quedaron esperando bestias que no pudieron coger por las tinieblas de la noche; otros se quedaron por falta de cabalgaduras; alguien por esperar a un compañero que nunca llegó.

Pronto estuvimos en "Guachipelín", hacienda de mi amable señor y amigo don Elías Baldioceda. Cruzamos sus potreros interminables; llegamos a un cafetal hermoso y lozano; doce mil palos sembró allí nuestro guía, nos anuncia él mismo, satisfecho de su labor. Por fin llegamos a una montaña espesa y abrupta que tenemos que atravesar, escalando el volcán.— Siete brazos fornidos manejan sendos machetes que van cortando bejucos, ramas y arbolitos que obstruyen nuestro paso; el trabajo es árduo, pero el guanacasteco es hombre completo y cuando empuña un machete, la tierra tiembla a su paso...; esos machetes pican, asimismo, los tallos de árboles corpulentos para dejar huella escrita de nuestro paso. Vimos árboles enormes: matapalos, aguacates de monte, nísperos, jorcos, plátanos, mirtos, robles, copeles y otros que nadie conoce.

Nuestra penosa ascensión a través de esa enmarañada y espesa selva, dura unas dos horas. Recibí varios golpes en todo el cuerpo, principalmente en las rodillas; mi cabalgadura era de bozal y me era muy difícil manejarla con rapidez y precisión debida para evitar los golpes de los palos y ramas; unas alforjas de mecate que llevaba por delante, me protegieron muchísimo.

Hemos subido mucho.

Por momentos se acaba la selva; los palos de copel en esa altura son enanos; sus copas están al alcance de nuestra mano; sus tallos y sus ramas enmarañadas ofrecen una resistencia trágica a nuestro paso. Por fin salimos de la selva para llegar a un hermoso y enorme zacatal que se prolonga desde esa montaña hasta la tierra negra, fea y pelada del volcán, cuesta arriba.

LA TREPADA

Dejamos nuestras bestias alli bien amarradas en sendos arbustos y nos preparamos a una nueva y última aventura; el día estaba radiante y bello como nunca. El zacate que pisamos es abundante, muelle, frondoso como pelo rizado y agradable al tacto. Dejamos nuestro avío y todo peso superfluo, incluso las polainas que usamos. La cuesta tendría un 85 % y un 90 %; cosa seria, peligrosa y difícil. Mis cuarenta y nueve a punto de cumplir y mi alma con una carga de 190 libras..., me dieron a entender que mi aventura era peligrosa.

A la media hora de estar trepando distinguimos abajo dos jinetes y compañeros rezagados, que acababan de salir del monte; desde nuestra altura parecían dos enanos. Desde ese momento somos once personas con nueve machetes, dos rifles y cuatro perros. Pero la cuesta es seria y el trabajo de pies y manos es agotador. La señora de Martínez, ágil como una paloma va subiendo sin descanso; usa pantalones y realmente que les hace el debido honor.

TIERRA DE ESPANTO

Llegamos por fin a una zona donde se acaba el zacate y comienza una región enorme de tierra calcinada y lava negra con matices blancos que parece ceniza regada; al pisarla sentimos que cede un poco, parece que debajo de la lava haya una capa de arcilla. No se ve ni una mata, ni un arbusto, ni siquiera una brizna de hierba; región es ésta de espanto y terror.

Vamos subiendo penosamente; me siento desfallecer, pido auxilio a un buen muchacho llamado Salomé Jirón, fornido, alto y fuerte como un roble. Acude él presuroso a mi reclamo y me lleva con su mano acerada cuesta arriba; siento un alivio inmenso De trecho en trecho descanso jadeante, para dar salida a la fatiga; la respiración es aciaga y difícil. Vamos llegando a un paso peligrosísimo que lo miro con horror. Varios compañeros se aprestan ayudándome a salvarlo. Un resbalón allí sería el fin de mi vida. Abajo queda un abismo. Son tres ahora de mis amables compañeros que me ayudan a subir. Vemos frente a nosotros el origen de los ríos "Colorado" y "Blanco" que bajan casi paralelos, uno a la derecha y otro a la izquierda nuestra: un chorrito infeliz nos dice que nacen allí. Estos dos ríos son afluentes del río de "Los Ahogados" y éste, a su vez, del río "Tempisque."

Por fin llegamos al primer collado del volcán. Descansamos; toma-

mos una bebida estimulante; miramos hacia atrás y dominamos una extensión inmensa de territorio. A mano izquierda nuestra quedan el Miravalles, sobre Bagaces; el Tenorio, sobre Cañas. No se ve Liberia, pero lo adivinamos. Nubes en lontananza cierran nuestro horizonte majestuoso. Nos volteamos y seguimos caminando casi horizontalmente sobre el mismo lomo del coloso que pisamos por fin. A mano izquierda dejamos una punta pelada y alta llamada *"Von Seebach"*, en honor de un alemán de ese apellido que dejó constancia escrita de haberla escalado con varios peones en enero de 1865, quien confiesa que por milagro salvó su vida, pues a más de los pasos peligrosos que tuvo que arrostrar, como nosotros ahora, halló, por complemento, un viento huracanado difícil de vencer, fenómeno éste muy ordinario en los meses de verano que son de diciembre a mayo. Miro con envidia esa punta; con gusto hubiera subido allí; lástima que mis compañeros se hayan alejado tanto de nosotros buscando el cráter del volcán.

Llegamos a un punto que constituye la división de las aguas. Frente a nosotros el Atlántico; detrás de nosotros el Pacífico.

A poco de caminar, aparece el gran Lago de Nicaragua, majestuoso y azul; el Ometepe a nuestros pies con sus picos de Madera y Concepción, frente a Cárdenas. El Ometepe en nueva erupción y humeante ahora.

Hacia la izquierda divisamos el gran volcán *Orosí,* extinto, agreste, selvático y desconocido de Costa Rica.

Un alemán lo escaló a mediados del siglo pasado.

Don Otoniel Vega Martínez, mi distinguido amigo, lo escaló en abril de 1923 con cinco compañeros. No creo que nadie más haya escalado ese volcán. El suscrito ha intentado la empresa varias veces, pero ha desistido ante enormes dificultades.

Hacia la derecha se destaca la selvática región de Río Frío; distinguimos unos potreros que serán haciendas ubicadas en las márgenes de ese río. Todo el conjunto ofrece una vista colosal, inmensa, risueña y preciosa. No se cansa el ojo de contemplar detalles y matices. Me llaman los compañeros y me instan a seguir; obedezco y sigo caminando rumbo al cráter; camino penoso, largo y molesto; menos mal que vamos descendiendo.

Llegamos a un punto desde donde divisamos a mano derecha una laguna de agua trasparente, ubicada en la parte baja de un enorme cráter extinguido. A mano izquierda queda el cráter que buscamos; divisamos el humo plomizo y majestuoso. Tenemos que pasar por una cresta que da pavor; un viento suave nos echa el vaho de algo repugnante a nuestro olfato. cargado de azufre, que se desprende del volcán y que impide respirar. Caminamos ahora entre dos abismos y el trecho es largo y sumamente angosto. Siento venir paulatinamente un vértigo; me paro, tomo el brazo de Jirón que tengo adelante, y la mano de otro compañero que tengó atrás; miro en lontananza para distraerme y lo consigo: desaparece el vértigo. Sigo caminando fuertemente asido de la mano de mi buen amigo Jirón; él raras veces habla; pero es amable como el pan tierno y generoso como un vino añejo. Así son todos mis compañeros: hombres valerosos, humildes,

fuertes, como el resto de los vecinos de Curbandé y Cañas Dulces, de donde ellos proceden. Mis pies a veces quieren resbalar... pero Jirón está listo, sujetándome siempre y evitando la catástrofe.

LA MAXIMA SORPRESA

Por fin llegamos al puro cráter del "Rincón de la Vieja."

Una brisa fresca y agradable ahuyenta los vahos del volcán arrojándolos en dirección opuesta a la nuestra y nos permite estar allí parados, contemplando esta maravilla. La cresta se ensancha como cosa de dos metros entre cráter y cráter y desaparece todo peligro.

Hallo a mi gente sentada y muda, contemplando el fondo del cráter; me hacen señas de que no hable y signos de precaución; me contagian y quedo allí parado mirando el fondo del cráter. Se levanta uno y me dice a la oreja que es peligroso conversar aquí porque se alborotan esos humos y tapan el fondo del cráter que nosotros contemplamos casi completamente descubierto, por excepción, pues casi siempre se halla cubierto por ese humo. Notamos que en el fondo del cráter, que tiene unos cien metros de profundidad, existe una verdadera laguna de agua verde-amarillenta con grandes franjas completamente amarillas, que parece azufre derretido; esa agua está hirviendo; divisamos los borbollones; mide esa laguna unos doscientos metros de largo, por unos ochenta de ancho; es irregular; tiene una dirección Noroeste. Mi distinguido amigo don Edgardo Baltodano Briceño, digno Gobernador actual de Liberia, me contaba que así la vió él en el primer viaje que hizo aquí en mayo de 1920, cuya exacta descripción aparece en el libro del Centenario de Nicoya, página 66. No obstante, nosotros logramos verla mejor que él, pues nuestro día es luminosísimo; la laguna está radiante; el vapor que sale de ella se inclina precipitadamente a la derecha del cráter, diríamos que obligado por mano oculta ya que no sopla viento de ninguna clase y menos en esta profundidad.

Lo interesante es notar el cambio que experimenta esta laguna, pues según el testimonio de dicho señor Baltodano Briceño, que la visitó por segunda vez hace algunos años y según el testimonio de los señores don Fidel Tristán, don Ricardo y don Alvaro Fernández, quienes en 1922 lograron visitarla, nos aseguran todos ellos que vieron no una laguna de agua hirviente, sino un embudo enorme que en la parte ancha tendría veinticinco metros de diámetro, por unos ocho en la parte angosta; que por ese canal arrojaba el volcán cantidades de humo concentrado y abundante ceniza y con gran violencia y fuerza. El testimonio de mi gente confirma que la ceniza de este volcán, ha maltratado sus siembros en distintas ocasiones.

Una señora que vive en Curbandé aseguraba haber presenciado en una noche una gran llamarada que salía de ese cráter. Indudablemente que esta laguna se transforma radicalmente. Sólo Dios sabe a punto fijo, lo que ocurre aquí; las reacciones y transformaciones que nosotros periódicamente podemos anotar con gran dificultad. La mayoría de los que visitan este crá-

ter a duras penas han logrado ver un *"humo"*, que no será humo sino vapor, efecto natural de esta tremenda ebullición que generalmente cubre toda la boca del cráter, vapor impenetrable a la vista. Así me lo asegura nuestro buen guía el señor Alberto Guzmán; él vive en Curbandé; ha estado aquí cuatro veces en un espacio de cuarenta años y nunca había logrado ver el fondo del cráter: "Un humo tan espeso como una nube obscura, tapaba constantemente toda esta boca sin lograr ver nada del fondo", me asegura él. Satisfecha nuestra vista ante tal espectáculo, rompo el silencio hijo del miedo e invito a mi gente en alta voz a glorificar a Dios Nuestro Señor en esta altura singular. Nos hincamos todos sobre la lava, posición algo incómoda; juntas las manos rezo en alta voz un Padrenuestro sonoro y fervoroso; sigue el Avemaría y son seguidos ambos por toda mi gente con el mismo fervor; invoco a Dios Nuestro Señor; adoro su poder infinito, su sabiduría, su bondad sin límites, que nos habla *hasta* por la boca de los volcanes. Le pido humildemente libre a todos los presentes de caer en el barranco del Infierno. Acto seguido nos paramos todos y arrojo yo una piedra regular hacia el cráter que resbala precipitadamente por la pendiente del mismo. ¡Espectación singular! Choca la piedra en las aguas hirvientes y constatamos que no sucede fenómeno alguno.

Arrojamos diez, veinte. Por fin nos decidimos desprender una piedra gigantesca que estaba reclinada en el borde del cráter. Nuestros hombres toman precauciones para no rodar juntamente con ella; usan las piernas, tendidos en el suelo, para darle el último empujón: rueda ya vertiginosamente la piedra enorme y choca en las aguas hirvientes de la laguna con gran estrépito: nada anormal acontece.

Todas estas piedras que están aquí coronando el cráter, llaman poderosamente la atención, porque se nota que están simplemente *acomodadas* por efecto de alguna erupción reciente; la mayoría ni siquiera están firmes; otras, parece que están enterradas, sea que descendiesen de mayor altura, sea que la misma lava volcánica las tapara y que las lluvias y vientos huracanados hayan descarnado paulatinamente. El mismo señor Baltodano Briceño hace la misma observación en la narración de su primera ascensión al cráter. En 1932 estuvieron aquí varios liberianos entre ellos don Otoniel Vega Martínez, don Rafael Rivera, don Secundino Fonseca, etc.... El primero de ellos me contaba que lograron ver una laguna de agua hirviendo color verdoso con franjas amarillas, etc. Como nosotros la hallamos ahora. Luego, por el testimonio de todos se deduce que esta boca sufre transformaciones tan radicales que elevan a este cráter como el más activo y peligroso que tiene Costa Rica. Ni el volcán Turrialba, ni el Poás, ni el mismo Irazú pueden aventajarlo y ni siquiera compararlo.

Nuestros muchachos hallaron una botella semi-enterrada en uno de los bordes de una cresta de arriba, bastante distante de este cráter; vieron dentro de la botella un papelito escrito y en descomposición; no pudieron sacarlo y cargaron la botella; con el calor solar secó el papel y se logró extraerlo, dice así: "Junio 18 de 1939. Paseo al Volcán: Alfredo Maduro,

Alfredo Povedano, Alfredo Chamorro, Héctor R. Guevara, Conrado Estrada, José J. Mojica, Eduardo Estrada, Orlando Armas, Manuel Santos A., Pedro Muñoz Z., Jorge Céspedes, Frco. Amador, Joaquín Marín, Lico Baldioceda. Estos dos últimos se regresaron. Muy mal tiempo nos hizo pero tuvimos un momento de suerte y despejó el cráter. Estaba en erupción."

Hasta aquí la narración del papelito que con gran dificultad pudimos leer por su estado corrupto. Dicho papelito queda en mi poder y lo acomodo en el estuche de mis lentes para conservarlo mejor. Dejamos la botella abierta y parada en un punto de esta cresta y sostenida por buenas piedras.

EL REGRESO

La voz del guía nos recuerda amablemente que tenemos que regresar.... Son las diez y quince minutos de la mañana. Tenemos que evitar que la lluvia casi segura de la tarde nos coja antes de penetrar la montaña espesa y abrupta que nos espera. Resolvemos irnos: contemplamos por última vez la laguna hirviente; en ese instante junto mis manos y trazo sobre ella la bendición de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pidiéndoles a las tres Augustas Personas, Dios Soberano, que el fuego que transforma estas aguas sea benigno y que sus emanaciones, no perjudiquen las campiñas circunvecinas salvo, no obstante, su Divina Voluntad, si dispusiera lo contrario, para acrecentar el bien espiritual nuestro o para castigar merecidamente nuestros pecados personales y principalmente los pecados públicos de los pueblos.

Vamos caminando paulatinamente hacia atrás. Como este cráter está completamente al lado de Nicaragua y en descenso notable, nos toca ahora subir. A mano derecha queda el cráter en ebullición; a mano izquierda la laguna de agua fría enorme, tranquila y transparente, lugar de descanso para muchos visitantes.

En 1932 don Otoniel Vega Martínez y compañeros liberianos visitantes comprobaron los destrozos enormes en la vegetación contigua a esa laguna, como efecto natural de alguna muy violenta erupción del cráter al estilo de un bombardeo en guerra moderna. Me aseguraba dicho señor que habían hallado tronchados palos de regular tamaño; lo cual permitía divisar la laguna desde la cresta más alta del volcán que está casi perpendicular y que se halla cubierta de frondosa vegetación. La sede de esa laguna es un cráter enorme, extinto; sigo contando hasta siete los cráteres en toda esta vertiente; algunos de tamaño reducido, otros regulares; algunos cubiertos de frondosa vegetación, otros completamente pelados y son los que quedan a mano derecha de la laguna.

Seguimos subiendo hasta situarnos en la vertiente de las aguas. Echamos los últimos vistazos al gran lago de Nicaragua..., al Ometepe..., a unos islotes perdidos en lontananza y a mano derecha, que parece ser el grupo de las "Solentiname"; me parece que en Nicaragua las había oído mentar así.

¡El último adiós... y todo queda atrás!

EL DESCENSO

Entramos de lleno hacia el panorama de Costa Rica; el horizonte nublado casi no permite distinguir nada. Una brisa húmeda y fría azota nuestros rostros. ¡Qué diferencia de temperatura entre ambas vertientes!: la del cráter es caliente; la del lado de Costa Rica es fría y desagradable. Vamos descendiendo penosa y aceleradamente; estamos suficientemente entrenados en ese teje y maneje de subir y bajar cuestas. Nuestros zapatos hasta que crujen y están a punto de reventar.

Al cabo de una hora de descender, llegamos al término del zacatal aquél, donde habíamos dejado nuestras bestias amarradas y nuestro avío en buen recaudo. Poco a poco nos juntamos los once. Tres muchachos van a buscar agua en el "Río Blanco" con un calabazo grande y una botella; dicho río queda encajonado en un barranco peligroso que tenemos a mano izquierda.

Doña Graciela de Martínez va preparando sabrosa mesa sobre una capa de hule tendida en el zacatal. Nos sentamos todos alrededor de ella.

Hay comida rica y abundante, gracias a Dios, dador El de todo bien; ¡el apetito es serio! Nuestros muchachos comen con avidez; el vino regocija el paladar. Reina un silencio total, interrumpido sólo por el regaño continuo a nuestros cuatro canes... que no satisfechos con los huesos que les arrojamos..., atrevidos y osados, arriman el hocico dentro de los límites de nuestra mesa improvisada. Un chaparrón que se inicia nos obliga a buscar nuestras capas, pero queda frustrado.

Por fin, contentos, satisfechos y felices todos montamos nuestras cabalgaduras y principiamos a penetrar por el tupido monte de palos de copel, enanos. Seguimos en descenso rápido y entramos en la selva alta. Son las doce y media. Todo el mundo selvático está en su apogeo. En distintos tiempos y en distintos pasos contamos tres manadas de monos grandes de color amarillento gris. Al divisarnos, brincan unos veloces...; algunas hembras llevan sus monitos en la espalda donde ellos se agarran fuertemente; los machos se rascan el estómago con la mano sentados en un gran rama, y nos miran impávidos; uno grandote y panzudo suelta su agua natural en forma atrevida e irrespetuosa, pudiéramos decir; otro mono se contagia y hace lo mismo. No resisto la risa ante tal ocurrencia; pregunto a mis compañeros por el nombre de tales monos y entre risas y miradas maliciosas me responden que ellos les llaman *"Panchos."*

Más adelante nuestros cuatro perros se agitan...; habrán visto alguna pieza de monte que tanto pudiera ser algún tigre como algún conejo ¿Qué será? Nuestros hombres se paran y guardan profundo silencio; los dos rifleros siguen a los perros, se internan en el monte y desaparecen al instante de nuestra vista; nos quedamos esperándolos allí; al rato regresan; no pudieron ver nada. No es tan fácil cazar en este "maremagnum" de palos enormes y de otros palitos que crecen lozanos a la sombra de los primeros. Indudablemente que esta tierra es riquísima en humus y fertilísima; en su inmensa extensión está holgando.

Recogimos tres flores rarísimas; sus pétalos eran rojo-obscuros, gruesos, sedosos y recios; su tamaño como la palma de la mano; otras flores diminutas de pétalos rojos con un botoncito negro en el centro; las matas de estas flores son exhuberantes y de dos metros de altura. Se arrancan unas veinte pacayas raras y hermosas para ser trasplantadas en tiestos de la casa de doña Graciela de Martínez.

Solamente pude divisar a gusto un pájaro de aspecto tristón; su tamaño, regular; tenía la cabeza y parte superior del cuerpo completamente negra; la inferior amarillo-cenicienta; pasamos muy cerca de él y ni siquiera se movió. Más adelante vi otro pájaro de color negruzco y del tamaño de una paloma que cruzaba rápidamente sobre mi cabeza y se escondía entre el follaje.

Estamos ya en el cafetal. Nueva tentativa de nuestros perros de perseguir algo...; nuestros rifleros corren veloces tras ellos...; pero no lograron precisar nada.

Divisamos ahora la hacienda de "Guachipelín". Un torete juguetón espera y embiste furioso a un perro de los nuestros por la espalda; el perro huye despavorido y esto provoca risas de nuestros hombres; uno de nuestros jinetes se incorpora ante el mismo torete retándolo... mientras éste se resuelve a cornearlo de lo lindo; el jinete pica veloz a su bestia y frustra la tentativa; nuevas risas de nuestros muchachos. En "Guachipelín" recogimos unos focos que dejamos guardados. El mandador nos obsequió unos ricos bananos que agradecimos y consumimos rápidamente. Al poco rato de caminar divisábamos perfectamente bien a nuestra amable Liberia, destacándose principalmente su templo de color rojo-obscuro.

Tres de nuestros muchachos se despiden de nosotros para seguir una trocha que conduce a Cañas Dulces. Estreché con cariño la mano bienhechora de mi amable y fornido Jirón y compañeros. A las cuatro de la tarde llegábamos a Curbandé. El vecindario viene hacia nosotros preguntándonos qué tal viaje tuvimos. Les contamos nuestras peripecias. Se alegran ellos de que nuestro viaje fuera próspero y feliz.

En la noche, terminado el rezo del rosario, platicamos a gusto comentando al detalle nuestra visita al volcán.

Por fin llega la noche y la hora del descanso; mi sueño era profundo y reparador.

Al día siguiente, martes 22, a las siete de la mañana montamos rumbo a Liberia visitando antes el lugar donde se levantará una Ermita de la Santita de Lisieux, segunda Patrona Oficial de Francia y reina de todos los corazones de Curbandé.

Este caserío posee ya una imagen de la Santita, tallada en cedro. La Ermita marcará el cuadrante de su primera plaza y el futuro pueblo a delinear.

La mañana es espléndida, el cielo azul, la luz refulgente. Nuestros ojos no se cansan de ver los famosos palos *"corteza"* que en este mes aparecen intensamente floridos con su clásica flor amarillo-canaria; se inter-

calan unos bejucos muy floridos de campanillas moradas. El machete del amigo y único compañero, don José Manuel Martínez, me brinda un rosario de hermosísimas campanillas.

Desde una planicie muy hermosa contemplamos el río Colorado, majestuoso, de cauce profundo, cuya cuna visitamos ayer.

Mayo es el mes ideal en nuestro Guanacaste; ni polvo, ni barro; la vegetación florida como por ensalmo.

A las 11 a. m. llegamos a Liberia; antes de despedirnos convenimos para conocer en un próximo futuro una enorme *"paila"* del volcán, que es un hervidero natural del mismo y queda a poca distancia de Curbandé. Parece que existen unos veinte hervideros en una de las faldas del volcán que mira a Curbandé. Rindo expresivas gracias a mi amigo por su amable compañía y le aseguro que la ascensión al volcán ha hecho un bien muy grande a mi alma y ha proporcionado solaz a mi fatigado cuerpo. No obstante no me atrevo a recomendarla a nadie; menos al sexo débil, por los peligros serios, graves y numerosísimos que entraña la empresa. Si alguien no quiere atender mi advertencia y apetece ir al volcán, quedo tranquilo porque como dicen los moralistas *¡"scienti et volenti non fit injuria"!* Creo que el único tiempo acertado para visitar dicho volcán, sería la segunda quincena del mes de abril; en ese tiempo cesan los vientos en Guanacaste y generalmente no llueve aún en toda esta región de Liberia. En mayo no hay viento, pero en algunos años, hay nubes y agua copiosa.

Nuevo planteamiento de un delicado problema nobiliario: La nobleza sefardita

Por Don Norberto de Castro y Tosi

Juez de Armas de Costa Rica y Guarda de su Armorial General. C. del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas. Académico C. de la Mexicana de Genealogía y Heráldica (1). Fellow, Institute of American Genealogy.

"En plantear bien los problemas está el secreto de sus resoluciones", (2). El tema que nos hemos propuesto tratar es uno de los más espinosos de la ciencia heroica, no porque su resolución sea difícil, sino porque historiadores (y aún distinguidos genealogistas) cegados por prejuicios y desconocedores de los principios en los cuales se asientan las teorías nobiliarias, han confundido y han logrado que la gran mayoría de los pensadores (a quienes siguen, por lógica ley de gravedad intelectual, el resto de la humanidad) confunda dos conceptos absolutamente distintos: la *"nobleza"* y la *"limpieza de sangre"*. Error craso que es necesario ante todo deshechar. Nobleza en su sentido amplio, es la palabra que de-

calan unos bejucos muy floridos de campanillas moradas. El machete del amigo y único compañero, don José Manuel Martínez, me brinda un rosario de hermosísimas campanillas.

Desde una planicie muy hermosa contemplamos el río Colorado, majestuoso, de cauce profundo, cuya cuna visitamos ayer.

Mayo es el mes ideal en nuestro Guanacaste; ni polvo, ni barro; la vegetación florida como por ensalmo.

A las 11 a. m. llegamos a Liberia; antes de despedirnos convenimos para conocer en un próximo futuro una enorme *"paila"* del volcán, que es un hervidero natural del mismo y queda a poca distancia de Curbandé. Parece que existen unos veinte hervideros en una de las faldas del volcán que mira a Curbandé. Rindo expresivas gracias a mi amigo por su amable compañía y le aseguro que la ascensión al volcán ha hecho un bien muy grande a mi alma y ha proporcionado solaz a mi fatigado cuerpo. No obstante no me atrevo a recomendarla a nadie; menos al sexo débil, por los peligros serios, graves y numerosísimos que entraña la empresa. Si alguien no quiere atender mi advertencia y apetece ir al volcán, quedo tranquilo porque como dicen los moralistas *¡"scienti et volenti non fit injuria"!* Creo que el único tiempo acertado para visitar dicho volcán, sería la segunda quincena del mes de abril; en ese tiempo cesan los vientos en Guanacaste y generalmente no llueve aún en toda esta región de Liberia. En mayo no hay viento, pero en algunos años, hay nubes y agua copiosa.

Nuevo planteamiento de un delicado problema nobiliario: La nobleza sefardita

Por Don Norberto de Castro y Tosi

Juez de Armas de Costa Rica y Guarda de su Armorial General. C. del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas. Académico C. de la Mexicana de Genealogía y Heráldica (1). Fellow, Institute of American Genealogy.

"En plantear bien los problemas está el secreto de sus resoluciones", (2). El tema que nos hemos propuesto tratar es uno de los más espinosos de la ciencia heroica, no porque su resolución sea difícil, sino porque historiadores (y aún distinguidos genealogistas) cegados por prejuicios y desconocedores de los principios en los cuales se asientan las teorías nobiliarias, han confundido y han logrado que la gran mayoría de los pensadores (a quienes siguen, por lógica ley de gravedad intelectual, el resto de la humanidad) confunda dos conceptos absolutamente distintos: la *"nobleza"* y la *"limpieza de sangre"*. Error craso que es necesario ante todo deshechar. Nobleza en su sentido amplio, es la palabra que de-

signa a una parte selecta de la humanidad, que ha logrado en el transcurso de los siglos, y en todas las civilizaciones hasta hoy conocidas, colocarse más alto que sus semejantes no con intenciones de opresión o dominio (aunque éstas pueden resultar de ello) sino por un corriente fenómeno biológico, y consiste en que los más aptos y los más inteligentes predominan forzosamente y como la crema en la leche, se encuentran colocados en la superficie. En este sentido el filósofo republicano M. Emile Faguet ha dicho: "Una democracia no puede vivir a menos que saque de ella misma aristocracias... La vitalidad de las democracias se mide por la fuerza generadora de aristocracias que lleva en sí mismas..." (3). Este hecho biológico tiene su justificación histórica y filosófica como en forma muy erudita lo expone el historiador español don Hipólito Sancho: "Porque la nobleza como clase social, como institución dotada de constitución peculiar y animada de un espíritu en armonía con sus antecedentes y sus destinos, tiene hondas raíces así psíquico-somáticas como sociales que no deben menospreciarse por los historiadores y los estadistas si unos y otros quieren cumplir con la misión que les incumbe. En primer lugar la aristocracia responde a una necesidad del espíritu humano comprobada por la experiencia; dondequiera haya un grupo de hombres, ha surgido siempre alguien que por su valía, o simplemente por su vigor físico, en las sociedades más rudimentarias, se ha destacado y adquirido una consideración individual y de hecho en el primer momento, más tarde ha acabado por ser general y de derecho cuando los poseedores de cualidades sobresalientes eran varios. Las necesidades sociales han creado o al menos desarrollado con una preponderancia grande ciertas funciones, tal la de la guerra entre los germanos, la del comercio entre los fenicios en la antigüedad, y entre placentinos, pisanos y genoveses en los tiempos medios... los que las realizaban, automáticamente se han encontrado a la cabeza de sus conciudadanos y formado una clase superior con tendencia a cerrarse a medida que el ejercicio de la función iba creando o manifestando en las generaciones sucesivas aptitudes singulares para su desempeño; por efecto de la necesidad que se experimentaba de sus servicios y *por su aptitud especialísima ha sido necesario conceder facilidades para el desempeño de su cometido* a esos grupos más tarde, con el fin de mantenerlos fieles ha precisado distinguirlos de los demás y el proceso histórico de la formación de las clases nobiliarias se ha terminado. Pero este proceso encierra una filosofía muy digna de estudio y que parece escaparse a los más de los historiadores y sociólogos. La nobleza la crean tres elementos obrando cada uno por su parte. El primero, la propia naturaleza con su desigualdad por formar razas, (en la estricta acepción del vocablo) selectas y afina y aún crea las aptitudes con el ejercicio. El segundo, el medio ambiente que moldea los individuos y las sociedades que de aquéllos se componen según sus condiciones. El tercero, por fin, la evolución que conduce a las sociedades hacia el perfeccionamiento hasta que la debilitación de las mismas las pone en la alternativa de morir u orientarse de modo distinto, comenzando otro largo proceso constitucional. Tiene, pues, sobrada justificación, así filosófica como social la aristocracia, pues arrancando de la naturaleza humana, que es como la selección, y llenando un importante cometido social, mientras ambos

caracteres no le falten, la justicia distributiva exige se le tribute el merecido honor y se le reconozca una situación privilegiada. Podrá ser que esta segunda falte, tal ocurre en nuestros días en casi todos los pueblos europeos, *pero siempre la selección natural y la trasmisión hereditaria formarán razas de una superioridad psíquica innegable,* hasta que el cruzamiento con otras inferiores y la falta de ejercicio acaben por borrar sus caracteres diferenciales que sólo son accidentales siquiera se trasmitan por herencia." (4)

Añadamos a esta hermosa exposición, con todos los tratadistas antiguos, que la virtud es la base de la nobleza. Efectivamente, una vez formado el primer núcleo, que se instala tiránicamente (no en sentido despreciativo, sino en el sentido griego, es decir, sin antecedentes legales que la legitiman) los nuevos elementos que vienen a adherirse deben presentar las mismas cualidades y aptitudes que ostenta el núdeo, poniendo en práctica estas aptitudes sirven al Estado (o como se decía antiguamente, al Rey, que era su símbolo) y obtienen su admisión dentro de la nobleza "por méritos y servicios". Ahora bien, como el ejercer estas aptitudes, que se traduce en la práctica por prestar servicios a la patria, favoreciendo su progreso o ilustrándola, supone (para que estos servicios sean positivos) la rectitud de intención y de proceder que vulgarmente se denomina virtud, queda comprobado que ésta es la fuente de la nobleza y explicado el sentido profundo de la divisa de la noble casa de Vera: "Virtus est vera nobilitas." (5)

Observemos, algo, que se le ha escapado a muchos expositores aun cuando los genealogistas lo han presentido, y es que al formarse nuevas noblezas por el debilitamiento de las antiguas, aquéllas engloban siempre a éstas, así abrevian el proceso de su formación el cual es de mucho más corta gestación que lo fueron los de los primeros núcleos nobiliarios del mundo. Así, la nobleza romano-ibérica era en esencia formada por los pobladores romanos que absorbieron por cruzamiento y casamientos la antigua nobleza ibera (y aún celtíbera) aquélla a su vez fué absorbida en la nobleza goda, que formó la nobleza goda-romana-celta-ibérica o española, que acabó por constituirse con el aporte mudéjar (moro-godo-romano-celto-ibérico) e israelita, este último habiéndose quedado prácticamente puro hasta el siglo XIII, en que comenzaron las conversiones y la fusión con el elemento español. (6)

Como a Hispania pasaron numerosos elementos de la nobleza romana (patricios y equestres), los cuales ya tenían aporte de elementos anteriores como latino, griego y quizá troyano (si debemos dar crédito a la leyenda de Eneas), vemos que no andaron tan descaminados aquellos genealogistas que han pretendido hacer remontar ciertos linajes a las *"gentes"* patricias de Roma. Infortunadamente, aun cuando en teoría estaban justificados, la destrucción de las pruebas de filiación o la carencia de ellas hace imposible tales filiaciones, y no pasan estas genealogías de ser amenas ficciones, admisibles como tales pero ridículas si se quiere hacerlas pasar por historia. (7)

Quedamos, pues, en que en la actual aristocracia, el *substratum,* como dicen los modernos antropólogos, es formado por las sucesivas noblezas de las razas vencidas, y remontando de edad en edad, es evidente que en el fondo se encuentran

vestigios de la nobleza de las sociedades más antiguas que poblaron a Europa, por lo menos tan pronto como la humanidad se elevó hasta la concepción de una casta más inteligente, encargada del gobierno y dirección de las masas.

Lo mismo en las Américas, por lo menos en la Española, la nobleza absorbió a la nobleza india formando una nueva nobleza, diferente de la Europea aun cuando cercanamente emparentada, que se suele denominar "Indiana." (8)

Estamos, pues, muy lejos de la concepción simplista de Augustin Thierry, que creyó que la nobleza europea era formada únicamente de los descendientes de los germanos invasores (9). Desde luego, éstos trajeron su aporte y especialmente sus leyes (10), pero por aquel fenómeno que quiere que a la larga (a menos que se extermine totalmente) la raza dominada más numerosa predomine sobre la conquistadora, podemos afirmar que en las noblezas latinas éstas tienen más de romano-galo o romano-ibero o romano-italiota, según el país, que de franco o godo o burgondo o lombardo. Sentados estos antecedentes, pasemos al tema de este artículo, y empecemos por preguntarnos si la nación hebrea tuvo una nobleza. No hay razón alguna para creer que las tribus que salieron de Ur bajo el mando de Abraham no hubiesen seguido la evolución histórica, comprobada en todos los otros pueblos y en ellos mismos ya que el testimonio de sus escrituras y especialmente del Antiguo y Nuevo Testamento es, en este caso, irrecusable. En efecto, cualquiera sea el valor histórico que se quiera dar al Antiguo Testamento, que Shotwell y su escuela consideran nulo (11), y admitiendo que la Biblia sea más religiosa y esotérica que histórica, no hay lugar a duda que nos pinta fielmente las costumbres hebreas a través de sus peregrinaciones, en la antigüedad. En ellas son numerosos los pasajes adonde se califican de nobles a conocidos personajes y que se especifica lo ilustre de sus linajes. Los autores antiguos que se han ocupado de nobleza, siguiendo piadosa costumbre, se han extendido muy particularmente en este punto anotando con minuciosidad todas las citas bíblicas o de los Evangelios que hablan de nobleza; a ellos remitimos a nuestros lectores ya que no queremos tratar aquí tema tan vasto. Sólo apuntaremos que un famoso heraldista escocés llegó hasta sostener, ignoramos sobre qué bases, que todos los Apóstoles fueron nobles, como descendientes de la nobilísima casa de los Macabeos. (12)

Como en la mayor parte de los pueblos de la antigüedad la nobleza hebrea se dividía en dos clases distintas en su origen, pero que acabaron por mezclarse sin confundirse, una de sangre con carácter sagrado, otra de mérito elevada a la dignidad noble por los Reyes. Es indudable que entre los judíos la nobleza de sangre fué la que se reconocía como verdadera nobleza, tanto porque descendía de algunos de sus más famosos jefes, como por ser un pueblo muy apegado a la tradición religiosa. Esta nobleza de sangre fué la base de aquella aristocracia poderosamente rica de grandes mercaderes cuyas flotas surcaban el Mediterráneo juntas con las de los Fenicios y denominada de los Príncipes de Jerusalem. (13)

Después de la destrucción de esta ciudad por Tito, hijo de Vespasiano, empezaron las grandes emigraciones judáicas, viniendo a establecerse muchos de ellos en España, donde tenían colonias, instaladas anteriormente.

Trajeron consigo su religión, sus costumbres y tradiciones y las familias nobles y sagradas mantuvieron siempre el recuerdo de su origen, por otra parte necesario para ciertos ritos. Así, por ejemplo, en la ceremonia de la circuncisión es costumbre pagar la suma de 5 shekels a un sacerdote, pero si alguno de los padres pertenece a la familia de Aarón o a la tribu de Leví, no es necesario "redimir" el infante (14). La Historia del pueblo Judío, desde luego, nos es poco conocida, ya que sus documentos (si es que los conservan) escritos en hebreo no han sido debidamente estudiados. Conocemos, sí, de modo muy satisfactorio su existencia con relación a sus tratos con sus vecinos—en España cristianos y árabes—por medio de los documentos de aquella época, tanto españoles como muslimes.

Reseñar la peregrinación de este pueblo en España, no cabe, desde luego, en este estudio; las historias de España nos cuentan su miserable estado bajo el Reino visigótico, su culpable complicidad en la invasión mora, su sin par florecimiento y prosperidad bajo las dinastías islámicas, las sabias leyes y privilegios que lograron obtener de los reyes de los nacientes estados cristianos, principalmente de Castilla y Aragón, y finalmente la inflexible decisión de los Reyes Católicos el mañana de la conquista de Granada, de extrañar de su territorio a todos los que querían persistir en su religión.

Nada de todos estos acontecimientos de tanta importancia en la historia de España nos compete estudiar aquí, ni disquiciar sobre cuál tenía el derecho consigo ni cuál había sido el provocador, sólo apuntaremos que si bien los cristianos en muchas ocasiones se excedieron de modo vergonzoso, no es menos cierto que los judíos los provocaron en repetidas ocasiones, y si aquéllos fueron altaneros y abusaron de su número y fuerza, éstos no les quedaban en zaga cuando en calidad de Almojarifes o acreedores pudieron tomar crudelísima venganza. (15)

Tampoco nos detendremos en reseñar las costumbres y usos del pueblo de Israel en España, tan brillantemente analizados por los señores Amador de los Ríos, padre e hijo, y el señor Serrano y Sanz, salvo en lo que toca al aspecto nobiliario. (16)

La raza israelita se había desde antiguo (posiblemente a raíz de su expulsión de Palestina, si no es que ya anteriormente había existido un cisma) dividido en dos ritos principales, el rito portugués cuyos componentes se denominaban Sefardim (de el genérico sefardita que se aplica a los judíos de España y Portugal) y el rito alemán o de los Ashkenazim. (17)

Hondas diferencias, apreciables por el sólo trato, diferencian los judíos de ambos ritos, con relación a los judíos de España, dice el Marqués de Dosfuentes: "Los judíos, repartidos por la tierra, sólo en España encontraron una patria. Expulsados por el mismo Despotismo que degolló a las libertades nacionales, víctimas de una política que halló en la Iglesia, en la Inquisición, un arma con qué afirmar la tiranía regalista, esos judíos hablan aún en español, son todavía y se dicen españoles y constituyen, por sus prendas morales, por las virtudes adquiridas en España, una aristocracia hebrea, una especie de subraza que no es judía, que se llama española" (18). Las ciudades del medioevo en España, donde vi-

vían las tres razas del cual el Rey Don Alfonso se glorificaba de ser el Emperador, se dividían en tres secciones: la ciudadela con sus inmediaciones, que formaba la ciudad cristiana; la judería o aljama y la morería. (19)

Quedaba estrictamente prohibido a los judíos salir de noche de la judería, pero pudieron adquirir y en efecto adquirieron bienes en el resto de la ciudad, y desde luego, según los reinados y el flujo o reflujo de la lucha entre las razas cristiana y judía, estas reglas se observaban con mayor o menor exactitud. (20)

En lo que tocaba a los impuestos el Rey imponía al aljama una contribución bastante onerosa y ésta la pagaba no por individuo sino globalmente; a cambio tenía el derecho de administrarse a sí misma y nombrar sus propios oficiales del aljama, aun cuando sobre ésto hubo varias disputas por conceder frecuentemente los reyes a judíos particulares cargos en la judería que ésta por privilegio debía nombrar por sí misma.

Para el pago de la contribución se dividía el aljama en tres secciones proporcionalmente a las fortunas que se denominaban la manor mayor, la media y la menor (21). Pero del mismo modo que los Reyes concedían a sus súbditos cristianos en recompensa de servicios prestados, franquicia o ingenuidad, o sea la exención de pagar las pechas de los pecheros, verdadero privilegio de nobleza, a sus súbditos judíos también les concedieron franquicia, libertándolos de contribuir con sus correligionarios. (22)

Los ricos judíos buscaron con anhelo estos privilegios que les quitaban una carga pesada y a tal punto lo consiguieron que al número de casas francas atribuye, entre otras causas, el Señor Serrano y Sanz, la ruina de las aljamas.

De modo que aún antes de convertirse a la fe católica, un principio esencialmente nobiliario (la franquicia) había sido reconocido por los Reyes a favor de los judíos. Otro dato nos demuestra la consideración que entre ellos mismos tenían las casas nobles y es el empleo de la partícula nobiliaria *"Don"* (Dominus.)

El uso de esta partícula no ha sido bien determinado; lo cierto es que no correspondía a la misma que se usaba entre los cristianos y concedida en aquel mismo tiempo muy raramente, ni la franquicia concedía derecho a adquirirla ya que en el libro *"Orígenes de la dominación Española en América"* del referido señor Serrano y Sanz, se cita un documento en nota del 29 de enero de 1466, donde se habla de "Salomón Constantino, médico, jodío franquo", al contrario en otros documentos referentes a judíos pertenecientes al aljama y pagando el tributo se concede la calificación de *"Don"*. Mas aún los judíos de Aragón la usaban cuando en aquel reino en vez del *"Don"* Castellano se solía emplear la partícula *En* (o *mosen*). Los conversos a menos que fuesen armados caballeros tampoco solían usarlo y en este caso si eran aragoneses llevaban el "En" o "Mosen", según la costumbre. (23)

En el mismo libro arriba citado el Señor Serrano y Sanz (pp. L-LI) cita un documento que empieza: "yo Francisco de Santa Clara, scudero, hijo de Don David Vitales, jodío" por lo cual se ve que el padre siendo judío usa el Don y el hijo siendo cristiano y titulándose de escudero no lo usa. Lo mismo acontece en la nobilísima familia de la Caballería, donde siendo judíos en época muy remota no

usan el *Don* (siglo XIII) pero ya en escrituras del 13 de marzo de 1323 y 13 de febrero de 1326, se habla de Jahuda de la Caballería hijo de *Don* Azde de la Caballería, el mismo, posiblemente, figura en escrito del 20 de enero de 1340 "Doña Oro, mujer de Don Jehuda de la Caballería". Sin embargo se puede notar que no fué usado con toda regularidad así en los documentos citados por el Señor Serrano y Sanz entre los hijos de *Don* Abraham de la Caballería y de Doña Bonosa, su mujer, figuran Jahuda (sin Don), *Don* Vidal y *Don* Salomón.

Después de convertidos dejan caer el *Don,* algunos armados caballeros, señores de feudos o grandes dignatarios se titulan de *mosen,* así *Mosen* Alfonso de la Caballería, Vicecanciller del Rey Católico, y es sólo cuando el *En* o *Mosen* empieza a ser reemplazado en Aragón por el *Don* Castellano, que miembros de esta casa vuelven a tomar esta partícula, es decir, ya en tiempo de Don Carlos I y Don Felipe II (24). También se nota una tendencia en las mujeres de emplear la *Doña* aún casadas con hombres que no lo usan así hacia 1472, vemos figurar a Doña Abernerdut, mujer de Noha Chinillo el cual en la mayor parte de los documentos no aparece cargando el *"Don."* (25)

Queda pues abierto a la especulación el origen del uso de esta partícula nobiliaria entre los judíos y a quienes exactamente dentro de su nobleza la aplicaban. Tanto llamó la atención a los cristianos este uso que obtuvieron en Castilla una Real cédula prohibiéndolo. El Señor Serrano y Sanz considera esto una vejación inútil a los judíos pero no creemos que la cédula fué dictada con intención de perjudicarles sino sólo porque este tratamiento era en aquel entonces excepcionalísimo entre los cristianos y que se consideró su frecuencia entre judíos un abuso. Esta orden fué expedida por la Reina Doña Catalina el año de 1412. ¿Cuáles eran entre los sefarditas las prerrogativas de su nobleza? Es una pregunta que quedará quizá mucho tiempo sin respuesta, como hemos dicho los documentos que se han consultado son escritos principalmente en castellano y se refieren a las relaciones del aljama, como cuerpo, con el rey, la ciudad, las órdenes religiosos-militares o los conventos, etc..., o de judíos con cristianos particulares sus protectores o deudores (26). Los documentos hebreos particulares, o bien se perdieron en el éxodo o bien quedan en posesión de los descendientes de los expulsados; éstos serían los más indicados para esclarecernos en punto tan importante.

Lo que sabemos es que existía y que hacia la época de las conversiones se dividía en dos grupos, el uno, parte del aljama, reconocido implícitamente por los Reyes ya que habían reconocido las costumbres judías en su totalidad dentro de los límites que estipulaban los "estatutos", otro, franca, asimilada jurídicamente a la hidalguía de Castilla o infanzonía de Aragón. (27)

Pero se nos argüirá, los judíos francos no eran forzosamente nobles de extracción de Israel, ya que no se exigían las pruebas de nobleza para obtener las cartas de franquicia; no lo dudamos, pero débese considerar que, por las razones expuestas, por el señor Hipólito Sancho, tan ciertas para la nobleza judía como para cualquier otra nobleza, la casta creando las aptitudes, es de tener a los médicos más ilustres, comerciantes más capacitados y astrólogos más doctos, como

en general, procedentes de la casta noble y las cartas de franquicia eran recompensas por servicios que en sus ramos prestaban a la corona, especialmente, médicos, mercaderes y astrólogos.

Ahora nos falta examinar cómo esta nobleza fué admitida dentro de la nobleza cristiana, jurídicamente y en la práctica, al convertirse miembros de ella. Problema delicado, porque el prejuicio que se ha lanzado contra la sangre judía en la nobleza (por tenerla equivocadamente de vil origen) ha hecho que la mayor parte de los genealogistas han preferido esquivarlo, limitándose a empezar las genealogías de las casas conversas en el primer convertido, afirmando su nobleza, describiendo sus armas y callando su origen, aun cuando se tenía por la Real de David, y en cuanto a los contemporáneos no hacen mensión de ella porque, como veremos fué cosa tan natural que no atrajo sobremanera la atención y sus inmediatos sucesores, ya empezada la vigilancia de la Inquisición, callaron por respeto y miedo de ésta, sólo uno tuvo el valor de consagrar un capítulo entero de su libro de linajes a este problema, siendo consecuentemente su libro recogido y quemado por la Inquisición de Lima, este fué Don Pedro Méxia de Obando y Ulloa, autor de la *"Ovandina de la Nobleza."* (28)

Pero antes de analizar este problema, algunas palabras acerca de las conversiones nos parecen muy pertinentes.

En el año de 1391 un primer movimiento popular, de carácter general, contra los judíos en España tomó cuerpo, nos lo narra el benemérito historiador Modesto Lafuente en los siguientes términos: "Tiempo hacía que los cristianos españoles deseaban la destrucción de esta raza, ya por odio a su ley, ya por las usuras con que los judíos vejaban a los pueblos y ya también por envidia a sus riquezas y a sus privilegios; y bien se veía este espíritu, puesto que rara vez se reunían las cortes que no se presentaran algunas peticiones contra ellos. En agosto de este año, en la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves se puso a saco la judería de Barcelona y las de otras varias ciudades; en el tumulto fueron degollados muchos judíos, y el bautismo fué el único recurso que sirvió a muchos para salvarse. Sólo en Barcelona se bautizaron once mil. El Rey don Juan hizo los mayores esfuerzos para poner término a aquella matanza y mandó restituir a los bautizados los bienes de que se les habían despojado. Estos arranques populares indicaban ya bien la suerte que al cabo de más o menos tiempo esperaba a esta raza desgraciada." (29)

En esta misma época empezó a predicar, movido de celo apostólico, el insigne San Vicente Ferrer con tan buenos resultados que los judíos a su paso se convertían en masa, y los cristianos enmendaban sus errores y confesaban sus pecados como había acontecido en Génova no obstante que predicaba en lengua valenciana. (30)

El judío (posiblemente converso) Rabí Don Semtob, miembro de la nobleza judía de Carrión, a su vez publicaba un excelso libro de doctrina cristiana. Algo más tarde otro ilustre converso, el Rabí Don Selemoh Haleví, de la sangre Real de David, quien por esta causa adoptó el apellido de Santa María (31), y el nombre de Pablo, llegando a ser maestro en teología en París; Arcediano de

Treviño, Obispo de Cartagena y luego de Burgos, publicó su *Scritinum Scripturarum* en el cual demostraba los errores de los judíos en persistir en quedar en su religión sin reconocer que habían crucificado al propio Mesías hijo de Dios y su "Historia Universal". No menos ilustres fueron sus hijos Don Gonzalo de Santa María, Arcediano de Brivésca, Obispo de Astorga, Plasencia y Sigüenza, sucesivamente, embajador en los concilios de Constanza y Basilea, autor de *Historia o vida de Don Juan II* y *Aragoniae Regni Historiae,* Don Alonso o Alfonso de Cartagena, Deán de las Santas Iglesias Catedrales de Segovia y Santiago y finalmente Obispo de Burgos, como su padre y que estuvo con su hermano en el concilio de Basilea, fué calificado por el Papa de *alegría de las Españas y honor de los Prelados,* y autor del *Doctoral de Caballeros, Libro de Mujeres Ilustres,* y *Memorial de Virtudes,* y el Doctor Alvar Sánchez de Santamaría, no menos célebre por sus escritos y vasta erudición. Otros judíos conversos dignos de nombrarse (entendiéndose la palabra conversa en el sentido que solía tener en aquel tiempo, aplicable a cualquier miembro de una familia conversa, tanto el neófito como sus hijos y nietos) (32), fueron Juan Alfonso de Baena, secretario de Don Juan II de Castilla; Fray Alonso de Espina, rector de la Universidad de Salamanca autor del *Fortalitium fidei,* y el célebre Don Pedro de la Caballería y Cabra. Se ha notado que las censuras de los conversos hacia los judíos y sus ritos y doctrinas eran particularmente virulentas y hasta se ha opinado que fueron uno de los motivos que más excitaron a los cristianos en las masacres de la judería, así nos dice el historiador Lafuente: "Nótase que estos conversos rabinos eran los más duros y furiosos adversarios de la raza judaica de que ellos procedían los que atacaban con más ardor sus doctrinas y sus argucias, y los que con más saña ensangrentaban sus plumas y concitaban más contra el pueblo hebreo las pasiones y el fanatismo de los cristianos; bien porque lo hiciesen con el verdadero fervor de neófitos, bien porque a fuerza de mostrar un exagerado celo religioso se propusiesen congraciarse con sus nuevos correligionarios, a lo cual debieron sin duda las altas dignidades que obtuvieron en la Iglesia Cristiana." (33)

Esta última sospecha, si bien en cierta medida verdadera, no nos parece del todo justificada, y aún en este caso sus virtudes, su espíritu profundamente cristiano, la ejemplar administración de los cargos que obtenían y su acendrado patriotismo y valentía, debe limpiarlos de toda acusación. (34)

Pero la sinceridad de la mayor parte de los conversos queda manifiesta por aquel congreso teológico de Tortosa en el cual un antiguo Rabí, el converso Jerónimo de Santa Fe, de la noble casa de Santa Fe, destruyó con tan poderosas razones los argumentos judaicos que sólo dos de los catorce doctores israelitas que asistieron quedaron contumaces en sus errores. (35)

Desgraciadamente la pasión y odio entre cristianos y judíos fueron de parte y otra creciendo; la muerte de un niño cometida por los judíos de Sepúlveda para mofarse de la de Nuestro Señor Jesucristo, a pesar de que Don Juan Arias Dávila, Obispo de Avila, judío converso, los castigó ejemplarmente, fué uno de los motivos principales para decidir a la Reina Isabel de pedir al Papa el derecho de restablecer la Inquisición y éste accedió por su bula del 1º de noviembre de

1478, y los primeros Inquisidores fueron nombrados por decisión real fechada el 17 de setiembre de 1480. Bien conocidos son los disturbios que ésta provocó y especialmente en el Reino de Aragón donde fué asesinado el asesor de la Inquisición San Pedro Arbués.

Los principales miembros de la conspiración en este reino contra la Inquisición fueron indudablemente conversos a los cuales se unieron familias nobles aragonesas que con ellos tenían parentesco consanguíneo o afin, no tanto en el interés de defender a los judíos sino por considerar el tribunal contrario a sus fueros (36). Al principio la Inquisición dirigió, sin embargo, la mayor parte de su actividad, no contra los conversos sino contra los que aún se obstinaban en su religión, hasta que los Reyes Fernando e Isabel decidieron extrañar a éstos de sus reinos, por su edicto del 31 de marzo de 1492.

Y es así que vemos a conversos figurar entre los altos dignatarios del mismo tribunal como el *Venerable Micer* Fray Martín de Santangel (hijo del noble judío Don Noah Chinillo) Provincial de la Orden de Santo Domingo. e Inquisidor General de Aragón. (37)

Pero una vez expulsados los judíos recalcitrantes, en cuyo proceso tuvieron muchas veces que tomar parte conversos (38), Torquemada empezó a ocuparse de los bautizados y que él pretendía, no sabemos con cuanta razón, habían sólo abjurado de boca y no de corazón el rito hebraico. (39)

Los procesos contra Don Juan Arias Dávila, Obispo de Avila y contra Don Pedro de Aranda, Obispo de Calahorra, fueron los más ruidosos entre una infinidad de otros que sería fastidioso narrar.

En el primero de los casos, el del obispo de Avila, éste salió victorioso pero el de Calahorra fué privado de todas sus dignidades y reducido al estado laico y finalmente encarcelado en el Castillo de Sant-Angelo, de Roma, donde murió.

Los Inquisidores encontraron en efecto muchas dificultades en aplicar sus condenaciones, y aun a veces no pudieron lograr alcanzar a conversos de poderosas influencias, ya hemos visto que los Arias Dávila lograron resistir con ventaja las acusaciones de Torquemada; también resistieron triunfalmente el Tesorero Gabriel Sánchez de la Calatayud y el escribano de ración Luis de Santangel (40), aun cuando muchos de sus deudos fueron relajados al brazo civil, penitenciados y algunos, que lograron escapar a Francia, fueron "*quemados en estatua.*"

Ni las libertades de que gozaban las ciudades, ni las franquicias y exenciones de que gozaba la nobleza bastaban a los conversos para escapar al tribunal de la fe, erigido por encima de todos los otros del reino ya que juzgaba no delitos cometidos sino de conciencia.

Esta posición privilegiada del tribunal de la Inquisición, creada para obtener mayor eficacia en el desempeño de su santa misión, fué lo que atrajo la mirada de los Reyes, que vieron en él un modo para esquivar las limitaciones que a su poder ponían las "libertades" de las provincias, ciudades o villas, y los privilegios que gozaban los nobles feudatarios, infanzones o hidalgos. (41)

Por esta razón la monarquía, con tendencia al absolutismo la apoyó y por esta razón pareció mucho más odiosa que lo que fué en realidad; efectivamente, pa-

sados los primeros rigores (que bien pudieron haber sido necesarios para impedir una guerra civil) el tribunal llenó siempre con dignidad y justicia (justicia severa pero equitativa) su cumplido.

El conocido historiador y antropólogo Don Pablo Martínez del Río (nuestro recordado maestro de prehistoria) en un artículo publicado en *"Divulgación Histórica"*, dice entre otras cosas al examinar con espíritu crítico los procedimientos del Santo Oficio en México: "El Santo Oficio casi siempre andaba muy a corto de dinero por lo cual el personal de que disponía solía ser poco numeroso, pero éste por lo general, se comportaba humanamente... Si se creía que el acusado no se había expresado con la debida sinceridad o procuraba abstenerse de proporcionar informes que pudiesen perjudicar a otras personas, se convocaba a una junta especial que debía de resolver si era necesario sujetarlo a la cuestión de tormento. A esta junta por cierto, habían de concurrir por lo general un representante del Ordinario, dos oidores de la Audiencia y algún otro consejero a fin de evitar todo peligro de que se procediese con injusticia; y es de notar que contra la opinión tan generalizada actualmente, el tormento (agua o cordeles) se aplicaba con parsimonia... Los condenados a muerte, que no llegaron a medio centenar durante los tres siglos que hubo de vida la Inquisición en México, se entregaban al brazo civil para que éste se encargase de llevar a efecto la sentencia. Es de notarse que aunque las sentencias en estos casos, eran en sentido de que se les "quemase vivos entre vivas llamas de fuego", casi siempre se les daba garrote previamente... En el caso de la familia Carvajal, conocidos judaizantes, la Inquisición se portó en forma comprensiva y aún con magnanimidad, ya que se les permitió casi inmediatamente vivir todos juntos en una casa del barrio de Tlaltelolco sin vigilancia alguna; posteriormente, se les quitaron los sambenitos aunque por desgracia, y poco tiempo después, hubo de instruírseles nuevos procesos, que los llevaron a la hoguera, por notorios actos de reincidencia en el judaísmo." (42).

Y concluye el insigne académico del modo siguiente: "Se ve, por tanto, que por duros que fuesen los procedimientos inquisitoriales, se adaptaban a rígidas normas de justicia—tal como se comprendía—y a un procedimiento que distaba mucho de dejar indefenso al acusado. Hoy en día, la sola idea de condenar a una persona aunque sólo sea a unos cuantos días de cárcel por el simple hecho de que no piensa como nosotros, nos hiere y repugna hasta lo más hondo, si bien es triste constatar que no por ello ha dejado la presente generación de presenciar cosas de índole muy semejante a las que describimos y aún más inexcusables desde el momento que las víctimas, aparte de sufrir una pena mucho mayor de la que les hubiese aplicado el Santo Oficio, ni siquiera han podido disponer de los recursos que éste invariablemente les brindaba a sus acusados. Es verdad que en algunos países estos nefandos crímenes han sido cometidos, no sin ironía, en nombre de la llamada "justicia social" y del progreso y por tanto, y a pesar de haber afectado un número de víctimas infinitamente mayor que las de todas las Inquisiciones juntas, han sido generalmente condenados precisamente por aquellos pueblos que más se han distinguido por la furia de sus ataques contra el Santo Oficio. Claro, no pretendemos justificar a la Inquisición: es verdad que,

mediante su acción enérgica y eficaz ayudó notablemente a la unificación política de España, salvándola de esas guerras de religión que asolaron casi todo el resto de Europa. Y es verdad también que gracias a ella se evitaron esas crudelísimas persecuciones de brujas y hechiceros a manos de turbas inconscientes que produjeron la muerte de tantos miles de seres inocentes e indefensos en otras regiones de Occidente. Es igualmente cierto, por último, que las penas impuestas por la Inquisición, que hoy nos parecen tan severas, pierden muchas esa severidad si se comparan con las que solían imponer otros tribunales contemporáneos: en Inglaterra, por ejemplo, y hasta hace poco más de un siglo, se castigaba con la horca el robo de sólo unos cuantos chelines. Pero como hemos dicho, nuestro afán es solamente colocar los hechos en debida perspectiva histórica y no defender lo indefensible, siendo de advertirse que los mismos Pontífices (que por lo general extendieron una amplísima tolerancia a los judíos) fueron los primeros en mirar con desagrado estos excesos de celo. Lo cierto, sin embargo, es que nuestro ilustrado Siglo XX está muy lejos de hallarse en condiciones de lanzar la primera piedra contra el Santo Oficio." (43)

Para condenar a sospechosos judaizantes (es decir, no por descender de judíos sino por practicar secretamente la religión hebrea) era preciso probar ante todo que descendían de raza israelita, como también para impedir que elementos "infectos" se introdujeran (como hemos visto que lograron al principio introducirse) en sus filas, la Inquisición inventó la *"probanza de limpieza de sangre"* (44). Y aquí cabe explicar lo que es la limpieza de sangre. Ser limpio consistía en no descender ni por parte del padre ni por parte de la madre de "judíos, moros, ni conversos, ni luteranos, ni de otra secta nuevamente convertidos" según rezaba la fórmula. (45)

Las personas que no podían probar ésto, y tenían algún ascendiente judío o moro o hereje o de persona "condenada, presa o penitenciada por el Santo Oficio", o que "había incurrido en infamia, o nota que le impedía tener oficio de honor o público" (46), eran tenidas por "infectas" y también se decía "con raza" o "con mácula" ya que las razas judías, moras y negras fueron clasificadas en mala raza. Los Inquisidores según se nota en sus escritos, como tendremos ocasión de probarlo (47) confundían, voluntariamente o por ignorancia, la limpieza con la nobleza, cosas sin embargo muy diferentes ya que la una se fundaba sobre hechos meritorios del fundador o la real voluntad (48), y la otra en una diferencia religiosa con tendencia racial. (49)

La "limpieza de sangre", inventada por la Inquisición (50) fué posteriormente exigida en varios tribunales y para obtener cargos eclesiásticos en iglesias (llamados iglesias de estatutos, porque en éstos se estipulaba tal requisito) para ingresar en ciertas universidades y en ciertos conventos; como también se prohibió el pasar a Indias a los judíos y a los conversos, la contratación tuvo también que exigir pruebas de limpieza y finalmente se llegó hasta agregarlas en las diligencias para obtener las Reales cartas ejecutorias de nobleza. Como para poder desempeñar los oficios de honor, se exigía entre otras cosas a la vez pruebas de nobleza y de limpieza, en el vulgo ambas calidades llegaron a confundirse, y si

no hubiese sido por los tratadistas nobiliarios y porque las organizaciones distinguidas (órdenes de caballerías, maestranzas, o cofradías nobles) nunca dieron mucha importancia a la limpieza de sangre, se habría producido una verdadera anarquía en materia de pruebas de nobleza en España. Dichosamente tal cosa no sucedió, bien es cierto que los Reyes no podían despojarse de una de sus prerrogativas más esenciales, que era de conceder la nobleza a los súbditos que les servían con celo. (51)

Por otra parte, la natural inclinación de los nobles en otros países, de tratarse con los de su misma casta, como la propagación de la heráldica en la Edad Media que llegó a formar una ciencia internacional, cuyos símbolos podían interpretarse en Inglaterra, Hungría, Portugal o Alemania, por los expertos, cualquier fuese su origen, hizo triunfar rápidamente la teoría, por demás lógica, de la internacionalidad de la nobleza, cualquier fuese su procedencia y las leyes especiales que en cada estado o provincia la regían y legitimaban.

Es decir que se admitió que todos los países tenían (como en efecto tuvieron) dos clases: el estado llano o sencillo, el estado noble o gentil. Tanto en Europa como en América, Asia y Africa, en todas partes en que se encontraban hombres libres. Ya entre la nobleza cristiana y la nobleza sarracena había habido, a pesar de las guerras, un mutuo reconocimiento tácito de sus calidades, basado en una mutua admiración por sus proezas.

Por esta causa los nobles moros que quedaban, en calidad de mudéjares en los reinos cristianos gozaron de les exenciones de hidalgos y al convertirse se mezclaban con la nobleza cristiana. (52)

Por analogía los israelitas nobles al recibir el bautismo pretendieron ocupar sus lugares según su casta y a este respecto nos dice Don José Amador de los Ríos: "Los (judíos) que se consideraron herederos de la antigua nobleza hebrea, como descendientes de las tribus de Judá y de Leví, se apresuraron de igual modo a revestirse de los honores de la caballería y penetrar entre los jurados de las ciudades, inscribiéndose en el brazo de caballeros e infanzones o bien subir hasta ser contados en el número de los nobles (magnates)." (53)

Tal es la única referencia que hemos podido encontrar en los libros citados de los dos Amador de los Ríos y de Don Manuel Serrano y Sanz acerca de este hecho por lo menos singular y que merece un estudio más profundo.

En efecto no se trataba sólo del reconocimiento de la nobleza (la más preciada calidad en aquellos tiempos) a los judíos, ya que éstos se amparaban tras el principio arriba enunciado de la universalidad de la nobleza sino que siendo los nobles "exentos", es decir libres de pagar los pechos de pecheros al Rey y las contribuciones municipales tanto aquél como las ciudades y villas se veían perjudicadas. No era problema tampoco ligero y bien es sabido los requisitos que un noble al trasladarse de una villa a otra necesitaba para seguir gozando de su fuero, ocasionando largos pleitos que le intentaba el cabildo del lugar de su nueva residencia y el fiscal del Rey por lo cual debía demostrar su nobleza satisfactoriamente y obtener de alguna de las Reales Chancillerías la "Real Carta ejecutoria de nobleza" llamada por eso "pleiteada en juicio contradictorio." (54)

Desde luego podemos suponer que los judíos francos no tuvieron dificultad alguna al presentar sus cartas de franquicia para que se les admitiera en el brazo de infanzones ya que estas cartas les concedían las mismas libertades, exenciones y privilegios de los cuales gozaban los infanzones de sangre y naturaleza.

Pero muchos judíos nobles como hemos indicado más arriba habían quedado en el aljama pagando en una de las tres "manos" la contribución real.

Como no sabemos, ya que no queda rastro en los archivos, de que se haya exigido pruebas de nobleza para ingresar en alguna de las categorías de la nobleza, nos vemos obligados de concluir, que en esto las municipalidades actuaron de acuerdo con lo que era público y notorio; indudablemente el porte de escudos de armas por los judíos nobles, debe haber sido considerado como prueba suficiente para su incorporación en el cuerpo noble cristiano (55) porque como más abajo demostraremos, contrariamente a la opinión de algunos tratadistas, la costumbre del uso del blasón era conocido entre las casas nobles judías mucho antes de su conversión. Para mejor explicarnos el proceso de incorporación, sigamos a través de algunas generaciones una casa judáica, por ejemplo la de Santangel. El tronco conocido de los Santangel es el noble judío Don Noah Chinillo o Chiniello, descendiente de la casa de Chinillo, sus hijos fueron Azarías, bautizado bajo el nombre de Luis, que en las escrituras posteriores a su conversión se titula de *micer* y ciudadano de Zaragoza (56); Alfonso, titulado de Magister o Maestre; Fray Martín, citado más arriba, titulado de venerable *micer* (venerable a causa de su carácter religioso); Joan Martínez de Santangel, titulado de *Micer* y *Don* y Pedro Martínez de Santangel, también titulado de Don; de los hijos de Azarías-Luis y de Doña María Ximénez-Cit, cristiana vieja, su segunda mujer, Loys entró en el ejército donde se portó tan valientemente (57) que el Rey Don Juan II (de Aragón) lo armó caballero en la batalla de Rubinat (1462) por cuya causa lo vemos titulándose de *Mossen* con calificaciones de *Honorable y Magnífico;* Pedro, titulado de *Micer* y por ser Prior de la Iglesia Colegial de Daroca recibe el tratamiento honorífico de *Mossen* que su hermano adquirió por caballerato, a que propiamente pertenece; Martín, denominado ciudadano de Zaragoza, calificado de *Honorable;* Joan, titulado de *Micer,* denominado ciudadano de Zaragoza y Zalmedina de dicha ciudad, jurista; María Ximénez o López de Santangel, quien casa con Juan López de Alberuela, Zalmedina de Zaragoza; Loisa (¿monja?), Violante que casa con Pedro de Gurea y en segundas nupcias con Gilabert d'Almazán, y Beatriz, que casa con *Mossen* Juan de Embún. En la misma generación, de los hijos de Don Pedro Martínez de Santangel, citado más arriba, y de Leonor Ruiz, su mujer, Leonard se intitula ciudadano de Calatayud, Luis de *Micer* y *Don* y calificado de *Honorable* y denominado ciudadano de Zaragoza. En la tercera generación encontramos a Luis de Santangel y Gilbert, calificado de *magnífico;* Luis de Santangel y Santangel, titulado de *En* y calificado de *magnífico,* llamado por el Padre las Casas "caballero aragonés"; Luis de Santangel y Ruiz, denominado ciudadano de Zaragoza. En generaciones posteriores vemos a Miguel de Santangel y Pérez de Calatayud (hijo del anterior y de Doña Leonor Pérez de Calatayud, su mujer) titulado y calificado de *Honorable Micer* y su hijo con Leonor Gómez

de Huesca, su mujer, el jurista Luis de Santangel y Gómez de Huesca del Consejo del Rey, denominado ciudadano de Zaragoza e infanzón y un hijo de éste y de Juana de la Caballería, su mujer, Miguel de Santangel y de la Caballería, titulado de *Micer*. (58)

Así vemos como todas las ramas de la casa de Santangel olim Chinillo, apenas convertidas, ingresaron en el cuerpo noble, sea en calidad de infanzones, sea en calidad de ciudadanos honrados, como siguieron gozando de estas calidades a pesar de las persecuciones de que fueron objeto en generaciones posteriores y que la misma Inquisición nunca se atrevió a atacar su calidad de nobles y en los procesos figuran con las partículas y calificaciones que les competian.

De allí podemos concluir que, tan poderosa fué la conciencia de la universalidad de la nobleza en los siglos XIII, XIV y XV, que nunca hubo oposición en que un noble judío gozara de la misma calidad al convertirse, no obstante que provenía de una nobleza diferente de la del reino. (59).

(Continuará)

Pedro Ortiz

Por Pío Bolaños

Después de Rigoberto Cabezas debe colocarse en la serie de periodistas nicaragüenses, a Pedro Ortiz, originario de las Segovias y que se formó en El Salvador. Aunque estos dos personajes figuraron en opuestas tendencias políticas, no dejan por eso de mantener un paralelismo a lo largo de sus actividades, tanto en política como en el periodismo. En estas labores, como en el estilo novedoso de su prosa, tuvieron ambos, puntos de contacto, así como en la parte activa que tomaron abogando por la plena libertad del espíritu en la época histórica centroamericana en que actuaron, y porque los dos también abandonaron esta vida cuando apenas habían alcanzado la edad madura.

Ortiz se afilió, a su regreso al país, a la rama más avanzada del viejo partido conservador, entrando a formar parte del grupo que se llamó *Progresista*, cuyas tendencias doctrinarias se inclinaban hacia un liberalismo moderado. Ese núcleo había surgido a la vida nacional ejerciendo la presidencia el general Joaquín Zavala en 1879, gobernante a quien por la norma que imprimió a su gobierno debe considerársele, como atinadamente lo insinuó el orador cubano Zambrana, en 1887, "de liberal moderado". Acaudillaba ese grupo el doctor Vicente Navas, prominente político leonés. Afiliáronse también al *Progresista* elementos que integraron, de 1867 a 1870, el célebre grupo intelectual conocido con el sugestivo nombre de la *Montaña*. Directores del nuevo partido político lo fueron el general Isidro Urtecho, José Pasos, Horacio Guzmán, José Dolores Rodríguez, Pedro González, Román Mayorga Rivas y el portorriqueño Alejandro Angulo Guridi, todos ellos gente de letras. A éstos se unió Pedro Ortiz tomando

de Huesca, su mujer, el jurista Luis de Santangel y Gómez de Huesca del Consejo del Rey, denominado ciudadano de Zaragoza e infanzón y un hijo de éste y de Juana de la Caballería, su mujer, Miguel de Santangel y de la Caballería, titulado de *Micer*. (58)

Así vemos como todas las ramas de la casa de Santangel olim Chinillo, apenas convertidas, ingresaron en el cuerpo noble, sea en calidad de infanzones, sea en calidad de ciudadanos honrados, como siguieron gozando de estas calidades a pesar de las persecuciones de que fueron objeto en generaciones posteriores y que la misma Inquisición nunca se atrevió a atacar su calidad de nobles y en los procesos figuran con las partículas y calificaciones que les competian.

De allí podemos concluir que, tan poderosa fué la conciencia de la universalidad de la nobleza en los siglos XIII, XIV y XV, que nunca hubo oposición en que un noble judío gozara de la misma calidad al convertirse, no obstante que provenía de una nobleza diferente de la del reino. (59).

(Continuará)

Pedro Ortiz

Por Pío Bolaños

Después de Rigoberto Cabezas debe colocarse en la serie de periodistas nicaragüenses, a Pedro Ortiz, originario de las Segovias y que se formó en El Salvador. Aunque estos dos personajes figuraron en opuestas tendencias políticas, no dejan por eso de mantener un paralelismo a lo largo de sus actividades, tanto en política como en el periodismo. En estas labores, como en el estilo novedoso de su prosa, tuvieron ambos, puntos de contacto, así como en la parte activa que tomaron abogando por la plena libertad del espíritu en la época histórica centroamericana en que actuaron, y porque los dos también abandonaron esta vida cuando apenas habían alcanzado la edad madura.

Ortiz se afilió, a su regreso al país, a la rama más avanzada del viejo partido conservador, entrando a formar parte del grupo que se llamó *Progresista*, cuyas tendencias doctrinarias se inclinaban hacia un liberalismo moderado. Ese núcleo había surgido a la vida nacional ejerciendo la presidencia el general Joaquín Zavala en 1879, gobernante a quien por la norma que imprimió a su gobierno debe considerársele, como atinadamente lo insinuó el orador cubano Zambrana, en 1887, "de liberal moderado". Acaudillaba ese grupo el doctor Vicente Navas, prominente político leonés. Afiliáronse también al *Progresista* elementos que integraron, de 1867 a 1870, el célebre grupo intelectual conocido con el sugestivo nombre de la *Montaña*. Directores del nuevo partido político lo fueron el general Isidro Urtecho, José Pasos, Horacio Guzmán, José Dolores Rodríguez, Pedro González, Román Mayorga Rivas y el portorriqueño Alejandro Angulo Guridi, todos ellos gente de letras. A éstos se unió Pedro Ortiz tomando

activa parte en la campaña de prensa organizada y estimulada por ese partido para la elección presidencial de 1886, en la que fué electo don Evaristo Carazo, distinguido jefe de Estado a quien propiamente debe señalarse como el último gobernante del período de los Treinta Años ejercido por el Partido Conservador de Nicaragua.

Ortiz, lo mismo que Mayorga Rivas, había iniciado su carrera periodística en la república salvadoreña. Al llegar a Managua se encargó de la redacción de *El País,* diario que postulaba la candidatura de Carazo. En ese periódico, Ortiz entabló polémica de prensa, ardiente y fogosa, con el *Diario Nicaragüense,* en el que escribían dos distinguidos escritores del Partido Conservador en esa época: don Anselmo H. Rivas y don Enrique Guzmán, quienes propugnaban la candidatura de don Pedro Joaquín Chamorro, proclamada por la otra fracción del mismo Partido Conservador y que se llamaba, ella misma, *genuina,* porque a juicio de este grupo eran sus hombres los que mejor podían mantener incólumes las antiguas tradiciones ideológicas del viejo partido.

En 1890, Ortiz redactó *El Mocho,* periódico humorístico de oposición al gobierno del doctor Roberto Sacasa.

Al estallar el conflicto político de 1891, a consecuencia de la reelección presidencial del mismo doctor Sacasa, Ortiz hizo causa común, como casi todos los otros elementos prominentes del *progresismo* con la vieja guardia conservadora del *genuinismo,* para enfrentarse al partido gobernante y sufrió la derrota del partido opositor a la reelección presidencial. Fué desterrado del país el 22 de agosto de 1891, junto con sus dos mismos adversarios de antes en la prensa, Rivas y Guzmán, y con sus compañeros de lucha en el 86, el general Zavala y el señor Rodríguez.

Fué en este mismo año de 1891, que el país, después de treinta años de paz, entrara de nuevo en un período de intranquilidades y trastornos, hasta correr la sangre en las calles de Granada el 22 de agosto, día sombrío en la ciudad a causa de la tragedia ocurrida ese mismo día cuando eran expulsados de la patria los jefes de mayor prestigio con que contaba entonces el Partido Conservador nicaragüense.

Radicado en San José de Costa Rica, fundó allí con don Enrique Guzmán, *El Día,* diario que se mezcló en la política interna del país. Para hacer conocer a los costarricenses cómo se les veía en las otras partes de Centro América y qué opinión tenían allá de algunos de sus hombres públicos, reprodujo *El Día* el editorial de un diario guatemalteco. El artículo en referencia provocó una lamentable tragedia en las calles de San José, resultando herido gravemente don Enrique Guzmán y muerto Pedro Ortiz a consecuencia de las heridas que recibiera en la tarde del 9 de setiembre de 1892.

Según se supo después, el autor del artículo era Francisco Gavidia, poeta y periodista salvadoreño, que había estado poco antes en San José. Se titulaba: "El Gobierno de Costa Rica" y fué publicado sin firma y por primera vez en *La República* de Guatemala. En ese artículo se hacían duras apreciaciones sobre personajes políticos de Costa Rica, en frases que nos está vedado repetir por lo injurioso de ellas.

Pero, al saber Guzmán y Ortiz, que había malestar en algún sector de la sociedad josefina por las frases hirientes de dicho artículo, escribieron la siguiente nota que debía ser publicada en el número de *El Día* del 10 del mismo mes. Cuando la declaración circulaba en las calles de San José, ya la tragedia se había consumado con rápida violencia y uno de los redactores de *El Día* era cadáver.

La nota en referencia decía:

"Nosotros, de ninguna manera aceptamos la responsabilidad de los conceptos que el dicho escrito contiene...

No hemos pensado prohijar las frases agraviantes que el artículo en referencia contiene contra personas importantes de Costa Rica y contra la memoria de algunos de sus mandatarios."

Todo el mundo lamentó la tragedia de ese infausto día que segó la vida de uno de los más distinguidos periodistas nicaragüenses, residente en San José como desterrado político de su patria, víctima de la arbitrariedad de un gobernante de la misma.

El estilo de Pedro Ortiz era de variados matices, tan pronto vibraba contra los abusos del poder, como rumoroso es en sus trabajos líricos semejante al aire fresco que sopla con frecuencia, libre y sin trabas, por sobre las planicies segovianas que mecieron su cuna. Su delicada y sencilla pluma sabía dar a los sonidos de sus frases, como un plectro antiguo, la sonoridad musical de las aves que vuelan por sobre las frondosas y verdes montañas de Nueva Segovia, montañas cuajadas de olorosos pinos. Su modo de escribir en estas producciones era algo plateresco por la profusión de follajes y de flores con que lo adornaba. En cambio, sus editoriales para el diarismo de combate contenían frases ardientes, bizarras y vehementes, como era su recio temperamento de escritor político.

La prosa de Ortiz es generalmente sencilla de períodos bien ajustados y exornada de frases castizas, así como es notable en ella la marcha lógica e imperativa de su pensamiento.

No podríamos precisar nada sobre la educación que este escritor recibió, ya que según informes indirectos que nos han llegado, se formó sólo: fué autodidáctico. Por lo mismo, nos es difícil señalar las fuentes de sus lecturas, pues rara vez da en sus escritos señales de ellas. Lo que se nota en su producción literaria es, ante todo, buen criterio de apreciación de los asuntos que trata y acertado en su crítica.

"Sellen sus labios la pasión política. Cese ya el interés y la labor disociadora de los partidos..."

Con esos dos apóstrofes inicia Pedro Ortiz su oración fúnebre pronunciada en los funerales del honorable patricio don Evaristo Carazo, muerto ejerciendo las funciones de Presidente de la República, de quien el mismo orador fuera su secretario particular. Y después de narrar la noble y ejemplar vida del extinto, finaliza su elogio declarando que durante la presidencia del señor Carazo, no se derramó una lágrima, no se vertió una gota de sangre ni se produjo dolor alguno a sus conciudadanos.

Esta oración fúnebre de carácter oficial y pronunciada en Granada ante

la numerosa concurrencia que asistía a los funerales de aquel varón justo y ecuánime, es notable por la amplitud de nobles frases, por el hondo sentimiento con que el orador las emitía y por lo sencillo del estilo, sobrio y solemne como la ocasión lo demandaba. La muchedumbre que en esa tarde silenciosa escuchaba esa pieza oratoria, se sintió conmovida al oír al orador enalteciendo las virtudes ciudadanas del que fuera Jefe de Estado y que traspasaba ya los umbrales de la tumba. (1)

En las horas de tregua que le dejaba el incesante batallar de las luchas por la vida y la política, Pedro Ortiz, como buen artista, se entregaba con amor a laborar sus obras literarias. En *Frutos de nuestro Huerto,* opúsculo publicado en Managua en 1891, que Ortiz en asocio de Pedro González editó, se encuentran sus primeros esparcimientos literarios; pero lo suyo, de más aliento y serio, se hallaba en el libro *Pedro Ortiz,* que contiene sus biografías y artículos, algunos de los cuales estaban inéditos hasta entonces. El gobierno del general José Santos Zelaya acordó en julio de 1898, editar por cuenta del Estado los trabajos intelectuales de ese escritor, "como un homenaje a ese distinguido ciudadano que prestó importantes servicios en la administración pública y en la propaganda de las ideas por medio de la prensa, y para estimular a la juventud ilustrada que se dedica a la labor literaria", según reza dicho acuerdo.

El libro *Pedro Ortiz, Biografías y Artículos,* trae un prólogo de Adolfo Vivas, quien expone, con brillo y atinadas consideraciones, la importancia de dicha obra. El mismo Vivas fué comisionado para seleccionar su contenido y al presentar su estudio crítico en el modo y la forma de escribir de Pedro Ortiz, responde perfectamente a su finalidad.

Sobre el estilo del escritor, dice Vivas:

"Hay en todos los artículos de Ortiz un sello de originalidad marcadísimo que revela la brillantez de su talento y lo familiarizado que estaba con el idioma español, que manejó siempre con mucha pulcritud..."; y más adelante, agrega: "Así se ve que ni en las páginas arrancadas a su pluma por las más hondas emociones, cuando daba rienda suelta a su corazón, perdieran sus frases ese atildamiento característico que es como la señal distintiva de su estilo."

Y sobre el fondo, se pronuncia así:

"Mas no sería completa justicia a las dotes de *Pedro Ortiz* como escritor, ni mucho menos tributarle los elogios que como tal merece, el decir que sus producciones valen, sobre todo, por la corrección de la forma, pues aunque ésta es en aquéllas muy notoria, no logran eclipsar el indiscutible mérito del fondo, donde se hallan como engarzados por hilos misteriosos los más variados matices del pensamiento."

---

(1) Don Evaristo Carazo, de familia costarricense, nació en Cartago. Muy joven se trasladó a Nicaragua y se dedicó a empresas agrícolas. En Rivas formó su hogar con señora de distinguida y honorable familia de la misma ciudad y procreó tres hijos varones y una mujer.

Durante la campaña contra Walker en 1856, el señor Carazo se alistó como soldado de esa cruzada de liberación centroamericana y luchó con heroísmo hasta alcanzar el grado de coronel del ejército. Después, tomó parte importante en los negocios públicos de la nación hasta llegar a ser electo, popular y libremente, Presidente de Nicaragua.

Y Manuel Coronel Matus que en su carácter de Ministro de Instrucción Pública suscribe el acuerdo autorizando la edición de ese libro, escribe en su artículo *El destierro eterno,* insertado en el mismo, estas palabras:

"En las lides del periodismo adiestró su pluma, fortaleció su alma, nutrió su inteligencia con extensos, sólidos y brillantes conocimientos"; y en otra parte, discurre así el mismo autor: "Periodista fuerte, noble, vigoroso, atlético, lleno de brillos y resplandores, Pedro Ortiz era de nuestra legión dorada guardia de honor... Tomaba del idealismo sus gasas, y del realismo sus pinceles y punzones..."

Contiene este libro, como antes dijimos, los mejores trabajos de Pedro Ortiz, entre ellos seis biografías: la primera que se ha escrito hasta esa fecha, del prócer nicaragüense, Miguel Larreinaga; la de Alvaro Contreras, filósofo y publicista hondureño; la de los doctores nicaragüenses, don Gregorio Juárez y don Pablo Buitrago Juárez, médico, catedrático y hombre de estado, y Buitrago, notable y docto maestro de quien el mismo Ortiz dice que: "en el foro, en la política, en la prensa, en la tribuna, reveló siempre las altas dotes de un hombre superior."

Asimismo, trae un estudio de la personalidad del doctor don José María Castro, a quien considera el autor, "eminente hijo de Costa Rica y ciudadano de Centro América"; así como la biografía del Licenciado don Jerónimo Pérez, notable historiador nicaragüense.

Todos esos estudios biográficos de Pedro Ortiz están escritos con sencillez y claridad, y son ellos un valioso aporte para el estudiante que desee conocer los caracteres y las acciones de esos personajes de alto relieve que figuraron en la historia de Centro América, ya ésta como entidad independiente y que contribuyeron con sus luces y su vida modesta y noble, a modelar a la vez, la de estas nacionalidades cuando ellas daban sus primeros pasos de Estados libres.

Entre las obras bien inspiradas que también trae este libro, señalemos el artículo titulado: "Páginas Intimas, una carta en el destierro", artículo escrito poco antes de morir su autor y cuya lectura emociona tanto por la intensidad de los finos y delicados sentimientos que brotan del fondo íntimo de su corazón, vertidos ahí a manos llenas, como por el gusto artístico con que supo adornar esa sencilla página de amor paternal. Se trata en esa producción literaria de una carta de su esposa que recibiera el proscrito y en la que le llegaban unos palotes de su pequeño hijo, de esos dos seres queridos para él, que ya no volvió a ver.

Como artículos de crítica educacional y social citemos éstos: "El Bachiller de nuestra fábrica", "Artículos de brocha gorda" y "El ultramontano y el libre pensador en la América Central", admirables por el sensato juicio con que su autor aprecia esas importantes materias de la vida de estos pueblos; y redactados ellos con la galanura de estilo que gastan los verdaderos habilistas castellanos, como justamente los calificó el susodicho prologuista Vivas.

Y por último, debemos anotar en el selecto contenido de ese libro, la silueta de Pío Víquez escrita por el periodista nicaragüense: *Una miniatura,* como su autor la llama; una humorada suya, diríamos nosotros. En esa bien

delineada pintura, con pinceles de mano maestra, Ortiz nos presenta, a su guisa, uno de los más distinguidos intelectuales costarricenses de aquellos tiempos de fines del siglo XIX.

Hablando sobre la interesante figura del director del *Heraldo de Costa Rica,* su autor discurre así: *"El Heraldo de Costa Rica* es Pío Víquez. Refleja al vivo su imagen: sus rarezas, hipérboles, veleidades y contradicciones". Más adelante emite un sincero juicio sobre el autor del bello poema *La Torcaz,* y dice: "Pío Víquez, poeta, ganó legítimos laureles cuando encadenó la musa al verso". Y al final da libre carrera a su festivo intelecto con este picaresco *in promptu:* "Hoy este original escritor tiene sus ardientes admiradores, y en lenguaje tarasconense llámanle aquí "el Juan Valera costarriqueño."

Los restos de Pedro Ortiz, viril y talentoso periodista de la tierra de los lagos, reposan en humilde fosa del cementerio de San José, esperando que algún día sus compatriotas los lleven a descansar bajo los olorosos pinos de los bosques segovianos que él cantó, y cuyos perfumados aires mecieron la cuna de este intelectual, caído trágicamente, para entrar al mundo de las sombras cuando apenas había cumplido treinta y seis años de vida.

General Isidro Urtecho

Por Pío Bolaños

Nació en Granada, radicándose, al formar su hogar, en la ciudad de Rivas, Militar, diplomático, político y escritor, fué una de las más destacadas personalidades intelectuales del país. En su juventud tomó parte en la guerra nacional y su nombre fué honrosamente citado entre los militares que figuraron en ella. Por sus conocimientos militares, le fué concedido con justicia el grado de General de División, la jerarquía más alta de esa noble carrera.

Fué, con Enrique Guzmán, José Dolores Rodríguez y otros, miembro de un grupo político bautizado con el nombre de la "Montaña" que actuó durante los años de 1867 y 1871, ejerciendo la presidencia don Fernando Guzmán. Fué entonces que Urtecho principió a darse a conocer en la prensa. Ese grupo político, nacido en el seno del partido conservador, demostró tendencias hacia una izquierda moderada, y ya en 1879 el grupo había atraído a su centro a otros elementos intelectuales convirtiéndose poco después, en el partido "Progresista."

En 1887, logró este partido llevar a la presidencia de la República a don Evaristo Carazo. Urtecho fué uno de los directores que en ese partido llegó a alcanzar preeminencia en la dirección de la política nacional.

El general Urtecho ejerció en su vida pública los cargos de Minis-

delineada pintura, con pinceles de mano maestra, Ortiz nos presenta, a su guisa, uno de los más distinguidos intelectuales costarricenses de aquellos tiempos de fines del siglo XIX.

Hablando sobre la interesante figura del director del *Heraldo de Costa Rica,* su autor discurre así: *"El Heraldo de Costa Rica* es Pío Víquez. Refleja al vivo su imagen: sus rarezas, hipérboles, veleidades y contradicciones". Más adelante emite un sincero juicio sobre el autor del bello poema *La Torcaz,* y dice: "Pío Víquez, poeta, ganó legítimos laureles cuando encadenó la musa al verso". Y al final da libre carrera a su festivo intelecto con este picaresco *in promptu:* "Hoy este original escritor tiene sus ardientes admiradores, y en lenguaje tarasconense llámanle aquí "el Juan Valera costarriqueño."

Los restos de Pedro Ortiz, viril y talentoso periodista de la tierra de los lagos, reposan en humilde fosa del cementerio de San José, esperando que algún día sus compatriotas los lleven a descansar bajo los olorosos pinos de los bosques segovianos que él cantó, y cuyos perfumados aires mecieron la cuna de este intelectual, caído trágicamente, para entrar al mundo de las sombras cuando apenas había cumplido treinta y seis años de vida.

General Isidro Urtecho

Por Pío Bolaños

Nació en Granada, radicándose, al formar su hogar, en la ciudad de Rivas, Militar, diplomático, político y escritor, fué una de las más destacadas personalidades intelectuales del país. En su juventud tomó parte en la guerra nacional y su nombre fué honrosamente citado entre los militares que figuraron en ella. Por sus conocimientos militares, le fué concedido con justicia el grado de General de División, la jerarquía más alta de esa noble carrera.

Fué, con Enrique Guzmán, José Dolores Rodríguez y otros, miembro de un grupo político bautizado con el nombre de la "Montaña" que actuó durante los años de 1867 y 1871, ejerciendo la presidencia don Fernando Guzmán. Fué entonces que Urtecho principió a darse a conocer en la prensa. Ese grupo político, nacido en el seno del partido conservador, demostró tendencias hacia una izquierda moderada, y ya en 1879 el grupo había atraído a su centro a otros elementos intelectuales convirtiéndose poco después, en el partido "Progresista."

En 1887, logró este partido llevar a la presidencia de la República a don Evaristo Carazo. Urtecho fué uno de los directores que en ese partido llegó a alcanzar preeminencia en la dirección de la política nacional.

El general Urtecho ejerció en su vida pública los cargos de Minis-

tro Diplomático, Inspector General del Ejército, Secretario de Estado, Inspector General de la Costa Atlántica y otros más, sobre todo en lo militar, cuando las ocasiones requerían sus servicios en ese ramo. Con motivo de su misión diplomática a Costa Rica, se dió a conocer ventajosamente en este país, donde aún se recuerda su acertada y discreta actuación como la de uno de los elementos mejor preparados en Nicaragua para esa discreta carrera. Contribuyeron a ese éxito sus dotes de hombre culto, inteligente y ameno conversador, así como el despliegue que hacía de su fina oratoria, de elocuentes y oportunas frases.

Pero, si la personalidad del general Urtecho se muestra de relieve, con singular eficiencia, ya en la carrera militar, ya en sus actividades políticas en favor del progreso material y social de la nación, o bien en el discreto desempeño de delicadas misiones diplomáticas, logró también con sus admirables producciones literarias, conquistarse honroso puesto en las letras nicaragüenses, figurando como uno de sus mejores y legítimos valores intelectuales. Su estilo es sobrio, flúido, elegante, estrictamente castizo. Poseía inteligencia penetrante, buena erudición y estaba al día en la evolución mundial del arte literario. Asiduo lector, al par que estudioso, no desconocía las obras clásicas. En sus escritos no hay nada de orfebrería de pacotilla, ni giros extraños al lenguaje. Escribía con naturalidad, ocupándose siempre de asuntos de interés histórico y ofreciendo en ellos el producto de un investigador serio y veraz, motivos todos que le sirvieron para hacer resaltar las cualidades de su ilustrado talento. Por los asuntos de que trató y la sencillez de sus frases, es que su obra vale y perdurará. Los artículos de controversia política dejan siempre un sedimento de enojosas molestias por las tendencias partidarísticas que los inspiran—no importa la serenidad y ecuanimidad del escritor—, siempre gozan de actualidad relativa. En cambio, quedan con vida perpetua, como un legado a las generaciones del porvenir, dando su fisonomía a la época a que aluden los escritos en que se trata de acontecimientos nacionales o locales o en las biografías de hombres que contribuyeron a formar la historia del país; y las producciones de esta naturaleza, amenas e instructivas, que nos relatan esos sucesos y nos pintan esos caracteres, ajustándose a la imparcialidad que debe procurar la crítica histórica para estudiar la vida de un pueblo, ya sea por la luz que arrojan sobre el conjunto de las condiciones sociales, ya sea por el desarrollo de la naturaleza humana son, decimos, las más útiles y apreciables. Este fué el arte que con más gusto cultivó el general Urtecho. De allí nace que su obra literaria e histórica sea objeto de entusiasta y sincera admiración por los que lo hemos leído desde nuestra mocedad.

De sus artículos debe citarse como modelo de bien decir el que escribió sobre la imagen de la Virgen del Carmen, que se conserva en la Iglesia de La Merced de Granada. Preciosa joya literiaria, de hondo sentimiento y de los altos quilates como obra de arte descriptiva. La dificultad de encontrar un ejemplar del periódico donde se publicó ese trabajo del general Urtecho, nos priva de insertar aquí algún párrafo de esa producción, digna

de ser reproducida alguna vez como excelente muestra de la elegancia de la prosa nicaragüense de fines del siglo pasado.

Su obra de más aliento, sin embargo, como que abarca ella un interesante y trágico período de la historia nacional, es la biografía del Licenciado Laureano Pineda, notable figura política que actuó en los acontecimientos que siguieron al de la independencia. La biografía del Licenciado Pineda forma parte de su *Galería de Notables Rivenses,* escrita en 1907, apareció últimamente en el Nº 1 de la Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua. Ese trabajo es casi insuperable como estudio biográfico; completo y definitivo, por su bien ordenado discurso, la copiosa documentación que presenta para justificar los hechos, y el laudable empeño que pone el autor para que el nombre de ese noble varón no se borre de la memoria de sus conciudadanos. Por ese estilo escribió el general Urtecho otras biografías sobre personajes a quienes conoció y le han precedido en el viaje eterno. En todas ellas puso el acento de fina psicología, revistiendo sus juicios discreta alabanza, sin caer en el defecto de la vulgar adulación. Hay otros artículos también fundados en recuerdos de juventud, en los que pinta, con frases de poético adorno y apacibles matices, actitudes de su alma y añoranzas de viejos y olvidados hechos, así como de rincones por donde alguna vez discurriera su elástica mentalidad.

En los últimos años de su vida, que fueron largos, como que llegó a sobrepasar los ochenta, tuvimos la pena de encontrarlo en una calle de Granada. "La lumbre de los ojos se le había apagado", como a Milton, mas no así la de su vigoroso intelecto. Producía aún, dictando al amanuense, y haciéndose leer alguna obra favorita para mantener el espíritu alerta y distraído, en medio de la oscuridad en que los achaques físicos, las pesadumbres y su ancianidad, lo habían colocado al llegar al final de su peregrinación por la tierra. Murió en 1915. El tiempo, dice el antiguo proverbio, lo produce todo y él mismo lo consume todo. Esto, por lo que respecta a la materia, pero lo espiritual como lo que brotó espontáneamente del cerebro del general Urtecho, permanece aún vivo, como un bello exponente de lo que puede dar Nicaragua, tierra de fragor y de vehementes luchas pasionales, así como también cuna de espíritus selectos que supieron cultivar con dilección el arte del bien decir.

San José, Costa Rica, 1940.

NOTA DEL AUTOR.—El año de 1870 ejercía en San Juan del Norte el General don Isidro Urtecho el cargo de Inspector General de la Costa Atlántica, cuando llegó a ese puerto un barco procedente de Costa Rica; y sabedor el general Urtecho que en dicha embarcación iba el ilustre Presidente de Costa Rica, Doctor don Jesús Jiménez, que había sido violentamente desterrado de su patria, pasó inmediatamente a bordo a presentar sus respetos al distinguido exilado y al conocer las precarias condiciones en que iba, le ofreció toda clase de facilidades y aún dinero para continuar su forzado viaje con toda comodidad. El Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, hijo del ilustre hombre público costarricense, que nos refirió esta anécdota,

nos decía, que su padre nunca olvidó la gentileza del general Urtecho en aquella ocasión y siempre la recordó muy agradecido.

El hijo mayor del general Urtecho, ingeniero don José Andrés, que también ocupó lugar prominente en las letras y la política nicaragüenses, tuvo a su vez otra gentileza con otro desterrado político costarricense, el ilustre don Alfredo Volio, quien murió en Granada en 1918 víctima de la fiebre amarilla. El ingeniero Urtecho, al saber que aquel distinguido político costarricense había muerto, ofreció al general don Jorge, hermano de don Alfredo y a los amigos políticos y compañeros de destierro del extinto, un nicho en la bóveda que la familia Urtecho tiene en el cementerio de Granada, a fin de que reposaran ahí los restos de aquel ilustre personaje costarricense, mientras podían ser llevados a su tierra natal, Cartago.

Tanto la familia Volio, como la familia Jiménez, no olvidan, según nos consta, esos dos actos de gentileza que los dos Urtecho, don Isidro y don José Andrés, tuvieron con sus respectivos deudos.—P. B.

La Unión Centroamericana en 1846

(Véase en el Nº anterior-3-4-de esta Revista, pág. 208, la nota de don Rafael G. Escalante al Ministro de R.R. E.E. de Costa Rica, fecha 25 de julio de 1846, que antecede a los documentos que ahora publicamos, y que dan clarísima idea del porqué del fracaso de la Dieta General de Sonsonate, al par que asientan irrebatiblemente la doctrina del separatismo en aquella época.)

Nº 1. (*)

Al Señor Ministro Gral. del Gobierno del Estado del Salvador.—D.U.L.= Sonsonate—Julio 16 de 1846=Habiéndose publicado un decreto del Gobierno fha. 13 del corriente en que se declaran en estado de sitio todas las poblaciones del Estado, he creído de mi deber como Representante por Costa Rica en la convención nacional, preguntar por el honroso de medio de U., si esta Ciudad que habia sido señalada para punto de reunión de los Representantes de todos los Estados se debe ó no conceptuar incluída en dicho decreto. Espero Señor Ministro que me honrará U. con la resolución que el Gobierno Supremo tenga a bien dictar en el particular: ella servirá de regla a mi conducta posterior entre tanto que el Gobierno de Costa Rica, me dicta sus órdenes, á quien con esta misma fha. he escrito poniéndolo todo en su conocimiento.—Con el mas profundo respeto tengo la honra de suscribirme de U. muy atento y muy obediente Servidor.—Rafael G. Escalante.

Es copia.

Escalante

(*) Archivos Nacionales. Serie I. Gobernación Nº 8823.

La Banda del Regimiento Guardia Republicana ejecutó el Himno Nacional de Cuba, que el selecto auditorio escuchó en respetuosa actitud.

Luego el Excmo. Sr. Carbonell, desde la tribuna de nuestra Sociedad, leyó su hermosísima conferencia, muchos de cuyos pasajes suscitaron fervorosos aplausos, convertidos en una verdadera ovación cuando le diera término.

Ejecutado que fuera a continuación el Himno Nacional del Perú, puso fin a la ceremonia, el señor General Salmón, en improvisación elocuente, en la que agradeció la exquisita gentileza del Embajador de Cuba, al ofrecernos pieza oratoria de la calidad de la leída, agredeciendo, igualmente, la bondad con que habían dignádose atender la invitación de la Sociedad las personas que concurrieron a esta tan significativa demostración de fraternidad peruano-cubana.

Concluída la ceremonia que reseñamos, se bebió una copa de champagne, cambiándose brindis por la fraternidad de América y en homenaje a sus héroes máximos.

Conferencia del Excmo. Señor Carbonell, Embajador de Cuba, sobre José Martí

Señor Presidente;

Señoras y señores:

Si es cierto que la vida es todavía un torneo, honor como éste que acabo de recibir, debe ser para el justador, premio gratísimo. Gracias, señor presidente de la benemérita Sociedad Fundadores de la Independencia, Vencedores del 2 de Mayo y Defensores Calificados de la Patria, gracias por el diploma que habéis puesto en mis manos, y gracias, asimismo, por la generosidad magnífica de vuestras palabras. Tened la seguridad de que el recuerdo de esta tarde no será en mi memoria espuma de mar que el viento deshace, ni nube de cielo que el sol desvanece, sino algo como el oro y la plata del Perú, que el tiempo bruñe y da valor.

Y ahora permitidme que, como envuelto en la bandera de mi patria, os hable de un hombre excepcional que fué escritor, poeta, orador, apóstol, héroe y mártir; de un hombre para quien las enseñanzas de la naturaleza eran superiores a las de los libros, un árbol más que un sabio, un río más que una academia, una montaña más que una universidad; de un hombre tierno y sonoro que en la vida supo desprenderse de toda baja pasión, como se desprende uno al desnudarse de las ropas, y supo, ser la encarnación de idea, de una idea que enciende, adelgaza, sublima, purifica, mata; de un hombre al que graznaron cuervos y mordieron culebras y que, sin embargo, supo gozar del supremo deleite que viene al espíritu de la consagración al bien ajeno, y que comido de maldades, continuó sereno su camino, puestos los ojos en lo alto, pregonando la bondad y la belleza; de un hombre, en fin, que sufrió por su patria, Cuba, cuanto se puede sufrir, y que murió derribado de su caballo blanco, en la trágica hermosura del combate, peleando por la libertad...

¡La muerte! Otros lamentarán la muerte necesaria. El cubano a cuya me-

moria voy ahora a rendir el tributo infeliz de mis palabras, creyó en ella como en la almohada y la levadura y el triunfo de la vida. El no temió a la muerte; por eso la esperó de cara al sol, con la tranquila seguridad de no hallar en su conciencia, en el instante de entrar en la suprema luz, ni la mancha de un remordimiento, producto de haber ayudado con la mentira del pensar o el delito de un acto, a ahogar un derecho o a escarnecer una honra. El día es la recompensa de la noche y la muerte la recompensa de la vida. Morir, cuando se ha vivido siendo útil, es un regalo. Cubierto de polvo, salpicado de pólvora, bañado de sangre, pero sin pena ni angustia, entró en el seno de la muerte, taller donde todos los sublimes misterios se elaboran, madre inmensa a cuyas plantas se tienden los grandes de la tierra, a cobrar fuerzas nuevas para el comienzo de esa otra vida donde el espacio es más ancho, limpio el horizonte, cenizas los pies innobles, verdad divina las alas...

Voy a hablaros de José Martí, de aquél de quien dijera Rubén Darío que: "para acompañarlo en su entierro se hubiera necesitado su propia lengua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros"; de aquél que predicó entre las naciones del Continente Colombino la necesidad de conocerse las naciones que se desconocían, de que se tendieran las manos las que por recelos, o celos rinconeros se mostraban los puños cerrados; de aquél que pregonó la necesidad de que entre los hijos todos de la América Latina cesara para siempre la provocación pueril, la arrogancia ostentosa, la discordia fratricida, y se enseñaran al resto del universo con una sola alma y un sólo pensamiento. "en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes."

Voy a hablaros de José Martí, hermano en la Historia, de Washington, el guerrero magnánimo de los Estados Unidos, vencedor de los ingleses en Saratoga, el que de acero reluciente y con la mano sobre la Biblia juró la constitución de la república, el que devolvió la espada al Congreso cuando el fracaso de su gobierno, el que pidió en un ruego a sus compañeros que se pusieran de acuerdo y salvaran la nación de la anarquía, el que se sentó en la cama y se compuso las ropas al ver venir la muerte... Hermano de San Martín, el argentino, de penetrantes y soberanos ojos, que peleó al lado de los españoles cuando éstos peleaban contra el francés intruso, cerró en San Lorenzo sobre el enemigo las dos alas de su ejército, organizó en Cuyo los escuadrones con que había de pasar a Chile, venció en Chacabuco, entró victorioso en Lima después de la batalla de Maipú, se despojó de la banda de Protector de los peruanos ante el Congreso Constituyente, llegó a Buenos Aires torvo y triste, y murió luego, "férreo, solemne, vigilante, sereno y canoso, frente al mar, lejos del Plata, clavado a un sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes"... Hermano de Bolívar, el venezolano de la frente montuosa y mirada que le comía el rostro; el capitán sin par que burló enemigos, disciplinas y derrotas; que desensilló el caballo en la agonía de San Mateo, pasó torrentes y páramos para ir a redimir a Nueva Granada; que con sus escuadrones envolvió a los realistas en Carabobo; habló con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo; presidió en Junín, entre las brumas de la tarde la última batalla del arma blanca;

entró de lujo en el Potosí a la cabeza de su ejército jubiloso y murió al borde del mar, bajo el frondoso tamarindo de San Pedro, mientras los pueblos, hijos de su espada, hacían ondear tristemente sus banderas nuevas...

En cuna humilde nació José Martí, un día sin sol, fruto de una mujer sencilla y buena, todo amor, nada razón, y de un hombre rudo y franco que llevaba la honradez en la médula de los huesos, como lleva el perfume la flor y la dureza la roca. En una escuela primaria aprendió a leer y escribir y quizá si un poco de gramática y aritmética. Era de niño tierno, nervioso, sano, altivo y rebelde. Le gustaba abstraerse; a veces se sentía agitado como si lo moviera una voluntad que no era la suya, a veces sonreía como si viera cosa solemne en su interior, y se acariciaba agradecido el propio espíritu. Con nueve años apenas, experimentó un gran pesar con la muerte de José de la Luz y Caballero, insigne mentor cubano. No lo conocía, pero lloró por él, como lloró por Lincoln, aquél que hasta en la forma de la mano tenía puesta por la Naturaleza la insignia del poder. De paseo por el campo, vió al negro infeliz gimiendo en el infierno de las plantaciones agrícolas, miserable parodia del hombre, deformado por el látigo y el miedo, resucitando en lastimeros himnos y en horribles danzas sus costumbres primitivas. Lo vió arrastrarse callado, con oscilaciones de mimbre y melancolías de crepúsculo. Viéndolo llegó a creer que un sol rojo lo alumbraba. De presenciar tanta miseria y tanta maldad salió como si a él también lo hubieran flagelado. Aquel espectáculo bárbaro, visto por él en pleno amanecer de la existencia, fué acaso lo que lo hizo concebir la necesidad de luchar por destruir en los humanos cuanto tenían de fiera y nutrirles cuanto tenían de paloma.

Fué su primer maestro, Rafael María Mendive, un enamorado de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas del mundo y no escribió nunca sino sobre verdades del corazón y sobre desdichas de la patria. Mendive fué para Martí, guía espiritual. A él le debió el recibir educación superior y la vida misma, ya que una vez desesperado porque su padre le pegó, estuvo a punto de matarse. Amigos fraternales deben ser los padres, no implacables censores. Y fué en las aulas del colegio de Mendive que comenzó a gustar las dulzuras de la amistad. El amor—él lo dijo—, "es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor en que crea deseos, ni la fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Al lado de su amigo fraternal, de Fermín Valdés Domínguez, empezó a amar la verdad y a aborrecer, con igual ardimiento, la arrogancia y la codicia que divide a los humanos, y a derramar con la misma pasión el bien que los calma y los congrega. A su lado oyó en noches azules, sollozar al esclavo al pie del plátano y de la madreselva, y respirar el martillo del carpintero en los tablados del patíbulo; sintió rota en la mano la lanza de Quijote y comido el corazón por el dolor de Fausto; corrió con los brazos abiertos detrás de la pálida luna; sufrió como de un crimen al ver el ideal de libertad caer del cielo como una estrella envuelta en sangre; tuvo fe en el sufrimiento, en la entidad humana y en la armonía de los recuerdos; se sintió radiante, ígneo, lleno de ansias de remediar padecimientos ajenos y, también sintió con los primeros albores de la razón las primeras solicitudes de la gloria.

Tenía el bozo en flor, y una flor en el alma, cuando supo del levantamiento en Yara de Carlos Manuel de Céspedes, cubano de sueños heroicos y trágicas lecturas, al grito de independencia o muerte, sin más armas que un bastón de carey con puño de oro. La noticia le llenó de júbilo a la par que de inquietud. Fué como un soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada. Aunque muy joven, había vivido esperando que sus hermanos se decidieran a conquistar sus derechos. En la imposibilidad de marchar al campo a combatir con las armas, comenzó a publicar un periódico: *El Diablo Conjuelo,* periódico, en el que puso de manifiesto su manera de pensar. Señalado a poco como desafecto al gobierno, fué detenido y llevado a la cárcel, donde permaneció algunos meses, pasando luego a presidio bajo sentencia de seis años. Acababa de cumplir dieciséis primaveras y ya el amor a la patria lo arrancaba de los brazos de la madre, señalándole un lugar en el banquete de dolor y de muerte. Probó entonces el más rudo de todos los dolores, el que oprime el cerebro y deja en el ánimo huellas imborrables. Fué entonces cuando, arrancado al hogar, vistiendo ropa infamante, con una cadena a la cintura y un grillete al pie, supo lo que era trabajar forzado, al son del palo y la blasfemia; lo que era ser insultado, vejado, castigado sin piedad. Nunca como entonces supo cuánto es el alma libre en las amargas horas de la esclavitud. El dolor del presidio hizo vacilar sus sentimientos entre el rencor y la venganza. Pero no, odiar y vengarse lo haría mercenario azotador, el jefe desventurado que reprendía con acritud a la brigada que no pegaba con crueldad, pero no, Martí, más alto cuanto se elevaba sobre cadenas, más erguido cuanto más se sostenía sobre la pureza de su alma y la rectitud de sus principios, que todos aquellos míseros que, al par que las espaldas del cautivo, parecían despedazar el honor y la hidalguía de su patria. Fué entonces que comenzó a subir por la cuesta sembrada de cruces hacia la inmortalidad resplandeciente. Unos entran a vivir bajo un cielo sereno, llena la mente de sueños e ilusiones. Otros bajo un cielo denso y rojizo, llena la mente de feas realidades. A Martí lo bautizó el dolor temprano: temprano le puso en la frente la sal de la tristeza...

Como quien arrastra un muerto salió de presidio. Con los nervios rotos, con los músculos deshechos, con los labios cárdenos, con los ojos secos, llegó a Madrid en calidad de deportado. El sufrimiento adelgaza, pero nutre, purifica, madura, fortalece. Desgarra, pero da luz por dentro. Sufrir, sobre todo si es como resultado de un gran amor, sazona y glorifica. Beber, ponzoña injustamente, y no morir, es acercarse a Dios. Luego, no es de espíritus valerosos esquivar el sufrimiento, sino por el contrario salirle al paso y acariciarlo. El hombre moralmente fuerte se hace héroe y mártir antes que ceder a la sinrazón poderosa. Y Martí era de los de fortaleza socrática. De ahí que en la capital española no solicitara clemencia para él, sino derechos para su patria y sus hermanos. Dos folletos escribió en esa época en España. Primeramente uno en el que después de pintar los horrores del presidio político en Cuba, pedía al gobierno monárquico que hiciera cesar aquel tormento infernal. Más tarde otro, cuando la instauración de la república, pidiendo al gobierno republicano, en nombre del respeto a la voluntad soberana de los pueblos, el reconocimiento de la República de Cuba, proclamada y sostenida entre borbotones de sangre y resplandores de incendio. Pero cuanto

dijo entonces se perdió en el vacío, que no había llegado aún el momento en que la fuerza ciega oyera la razón y se rindiera al empuje incontenible de sus argumentaciones.

Pobre, enfermo, y, por lo mismo en la imposibilidad de abandonar a España para ir a luchar por la redención de su país, se decidió a estudiar en Zaragoza, aunque sin apaciguar sus cóleras, logrando al cabo de tres años el título de abogado y la terminación de los estudios en la facultad de filosofía y letras. Allí, y durante ese tiempo, a pesar de su separatismo recalcitrante, amó y fué amado y tuvo amigos leales y sinceros. España le atraía con su sol y sus naranjos, con sus mujeres y sus flores, con sus ruinas y sus albas, con sus pintores y sus poetas. Le atraía y apasionaba, pero Cuba sangrando le llamaba, razón por la cual abandonó la nación donde el Guadiana corre distancias enormes subterráneamente para luego aparecer caudaloso y potente; donde el Tajo rueda entre guijas de oro y donde el Duero pulimenta las escarpadas rocas de sus riberas, para marchar a playas desde las que poder caer, armado de hierro y piedad, sobre la isla amada, tan bella a su imaginación como la Grecia de Pericles y tan sin ventura como la Polonia de Kosciusko.

Muerta la República, que sólo por miedo había proclamado la Cámara monárquica, abandonó Martí a España, no sin antes visitar Sevilla y Granada y de admirar aquellos palacios que parecen, más que hechos de piedra, hechos de espuma. Ya camino de Francia, sintió en el pecho la honda congoja y pensó en Madrid, en sus anchas plazas donde tantas veces escuchara chirimías y dulzainas; en la escena autógrafa de *El Delincuente Honrado,* de Jovellanos, que tuvo en sus manos; en la colección de monedas romanas y árabes que vió en Zaragoza; en la carta original de Juana la Loca que le fué dable leer; en los españoles todos que había conocido, descendientes pálidos de aquellos soldados de hierro que a golpes de mosquete hendieron cráneos indios y que, de una embestida de rejón hacían morder la tierra a un toro, remedadores de aquellos de otras edades que defendían las prácticas de los tiempos en que se usaban cascos fuertes y corazas poderosas, hechas para cráneos y pechos roldanescos.

De España, vía Fancia y Estados Unidos, pasó a una nación de bravos y de bellas, tierra de ojos negros y jazmines blancos. Empuñando el bordón del peregrino llegó al México indómito. Allí, de paso por las llanuras a que hacen guardia los volcanes, con la mirada en las montañas en que pidieron en vano al cielo su favor los reyes muertos; subido en las colinas que escalara Moctezuma; absorto ante los valles que se dijeran "la mansión desierta de un Olimpo que aguarda su rescate"; en presencia de montes que parecen urnas volcadas que el sol tiñe en su curso, ante tanta maravilla de la naturaleza, estudió al pueblo que con anterioridad a la llegada de los conquistadores tenían sus emperadores y sus palacios suntuosos; sus caballeros de adarga de junco y cota de algodón. Estudió y comprendió que sólo por los odios y rivalidades entre aztecas y chichimecas, y acaso por eso, pudo el estupendo Hernán Cortés entrar, del brazo de la crédula Malinche por entre aquel territorio sorprendente, haciendo rodar templos y palacios y levantando en su lugar conventos, cuarteles, audiencias, casas de verja y aldaba, y pasearse triunfante seguido de sus soldados, truhanes e hidalguetes.

En las entrañas de México revolvió Martí. Supo de Hidalgo, el que tres siglos después de la conquista, ayudado por una mujer, llamó a guerra a su pueblo; de Iturbide, loco de mando; del suave y desdichado emperador austriaco, con su imperio de polvo y locura, y de Juárez, el indio de los treinta inmaculados, que con las manos ensangrentadas levantó y aseguró los sillares de la República. México agasajó a Martí. Le dió pan y le dió afecto, pan del espíritu. En México, donde el vivir le fué grato, le visitó el amor. Primeramente un amor que juzgó vigoroso, absoluto, extraterreno, un amor que le hizo sentir el mal de vivir. Amó entonces con una especie de superstición, devorando impaciencias, irritado de continuo consigo mismo porque creía no saber decir a la que amaba lo que quería decirle. Mas aquello no fué amor, sino una breve enfermedad espiritual de la que escapó milagrosamente. Más tarde, en México mismo, amó de veras, entregó su corazón sin embarazos ni arrepentimientos, seguro de la realidad y seguro también de sí y del respeto que debía a la mujer amada. Amó entonces con pasión honda y dominadora, con esa pasión que sólo florece después de largo proceso, detenido examen y prolongada compenetración y apegamiento de un espíritu a otro.

De México, ansioso de nuevos horizontes, fué a Guatemala, tierra de vegetación exhuberante, donde por entre "el espejo de sus lagos y el incienso de sus volcanes" repasó libros que le hablaron de Alvarado, "el rubio y ágil bribón que quemó vivo el señorío indio y le robó su más galana mujer". Vió el quetzal, el pájaro tan enamorado de su belleza y albedrío, que muere cuando se le quiebra la pluma verde de la cola o cuando cae preso". Conoció y se acercó a los descendientes de los aztecas, toltecas y mayas, a los manes quichées y zutuhiles y los compadeció viendo que se les pedía alma de hombres sin tener en cuenta que desde el nacer les habían arrancado el alma; que se les pedía virtudes ciudadanas, sin tener en cuenta que para bestias de carga únicamente los habían preparado. Por el bien de los pobres indios guatemaltecos clamó, por los pobres indios de pie calloso y agrietado, de mirada descarriada, de rodillas siempre dispuestas a doblarse; siempre a paso de mula o de buey, andando, encorvadas las espaldas, por entre breñas y zarzales, sierras ásperas y ríos crecidos.

A Guatemala llegó huraño y triste y sin perturbar su decoro ni doblegar su carácter, gustó del agua de sus ríos y de las flores de sus jardines. Allí escribió un drama basado en hechos históricos y allí también fué el personaje novelesco de un romántico amor. Una dulce criatura de encantador rostro, iluminado por esa luz de muerte que tanto aterra a las almas vulgares; una criatura bella, de frente color de cera, alta y bruñida, de sienes hundidas, de ojos que eran una plegaria, de nariz que era una línea, de labios sonrosados y secos, que no sabían decir sino caridades, de voz que se esparcía por los adentros del pecho como la claridad de la mañana por los campos verdes; uno de esos seres que pasan por la tierra a manera de visión, con la feliz capacidad de adivinar las cosas puras y la hermosa repulsión de los apetitos feroces en que se consume el mundo, una criatura así, amó a Martí con tierno apasionamiento. Y como él, ya casado, no podía corresponderle debidamente, aquella niña, salida apenas del círculo de su casa venturosa, en cuyo corazón se había alojado una estrella, ganosa de hacer un viaje de recreo, se sintió morir, y murió, dejando en el espíritu de Martí la

intranquilidad de quien, puesto por un momento fuera del mundo, escuchara las musicales armonías del otro, de aquél donde el color no tiene límite, ni la palabra labios, ni la miseria cielo; donde la música está perpetuamente palpitante en el espacio... Otras pasiones inspiró Martí a otras mujeres, pero ninguna tan pura y tan hermosa como esta que le inspiró a la niña de Guatemala, la que se murió de amor...

De Guatemala, terminada la guerra en Cuba, la guerra que duró diez años, llegó a La Habana, donde apenas sacudido el polvo del camino, declaró que no iba a rendir acatamiento ni a prometer sumisión al Gobierno, sino por el contrario, a demostrar que mantenía viva la fe, vivo el decoro, viva la dignidad, a exigir, no a suplicar. Entre el murmullo de los timoratos y la repugnancia de los acomodaticios, conspiró, predicó sin miedo la guerra, dando lugar a que se le confinara de nuevo a España, de donde escapó rumbo a New York, nidal de compatriotas rebeldes que vivían como sombras, alentados por el santo amor a la patria.

En New York, apenas pie en tierra emprendió la tarea de llevar a Cuba una nueva revolución. Fracasado en el intento, salió para Venezuela, "pueblo que a la hora de la libertad puso en sus hombros la fuerza de los ríos con que echa atrás el mar, y el ímpetu y el fuego y el estrépito con que arrancaron de los senos de la tierra sus montañas"; "pueblo por donde la América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo de los caballos, ni más rancho que recortes de cuero". A Caracas, Jerusalem de los americanos, cátedra de Andrés Bello y cuna de Bolívar, llegó Martí, y cuentan que antes de indagar dónde se comía y dónde se dormía, preguntó cómo se iba al lugar en que se alzaba la estatua del Libertador, "más grande que César, porque fué el César de la libertad". En Venezuela, ya por el valle en que luce, a la falda del Avila azulado, su pintoresco caserío Caracas; ya por las barrancas del Anauco juguetón que corretea vestido de flores, ya por las calles de la ciudad misma, recordó las hazañas de los héroes, "bellos como banderas desgarradas", y por sobre todos, las de aquél que no peleó por la libertad de su patria únicamente, sino por la libertad de América.

Apesadumbrado, al cabo de unos meses retornó a New York, cargada la mente de hondas preocupaciones. New York, ciudad donde se encuentran y hierven y rompen todas las corrientes de la vida; ejército continuamente en marcha, donde ni para llorar a los que mueren hay tiempo; locomotoras de entrañas de fuego y penacho de nieve; ciudad con ambiente de potentados ceñudos, ancianos, descontentos de haber vivido mucho y jóvenes temerosos de no llegar a viejos. New York, fiero y frío fué para Martí algo torturante. Pero no era él de los que sufrían de verse con más apetito que modo de satisfacerlo, comenzó a buscar y encontró a poco, la manera decorosa de ganarse la vida. Para Martí todo hombre había nacido rey; sólo necesitaba hallar en sí los útiles con qué hacerse el trono y haderlo.

De la raza de los que se forjan a sí mismos, meses después de encontrarse en New York dominaba la lengua inglesa. Y aunque sentía en ocasiones que la atmósfera le quemaba las mejillas, que el polvo se le metía por las fauces, trastornándole el pulmón, no desmayaba; al contrario, se crecía. Observó que allí

los hombres no eran organismos que se desgastaban, sino máquinas que se rompían, que no morían, sino que se derrumbaban, y quiso estar a tono con el medio ambiente y se montó como sobre una rueda en marcha, y fué todo dinamismo, actividad sin reposo. Y cosa rara, entre aquel rodar de carros, vocear de mercaderes, humear de chimeneas, rugir de maquinarias; entre aquel cruzar, andar, caracolear, disputar de gente ahita y gente hambrienta, le crecieron las alas del corazón y del cerebro y con ellas la facultad de aislarse y de vivir como sobre una montaña a la pálida luz de las estrellas consoladoras...

Catorce años consecutivos permaneció Martí en los Estados Unidos y fué durante ese tiempo que mostró la estupenda complejidad de su genio; que se reveló y todo en grande, poeta, orador, periodista, maestro, revolucionario, héroe filósofo, pensador, diplomático, estadista, organizador y mártir. Poeta, escribió versos blandos y versos viriles. El hijo fué para Martí, corona, almohada, espuela. Cantándolo parecía sumiso esclavo el hombre que vivía embriagando potros y lobos, el hombre que sólo pensaba en la gloria de morir peleando por la libertad, entre caballos a escape, cabezas desmelenadas, banderas deshechas y aceros relampagueantes. Poeta, escribió versos de amor y de amistad, de seda y de oro, en los que a veces ruge el mar y revienta la ola en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado, y a veces "susurra la abeja merodeando entre las flores". Versos de emoción, versos duros, de sonoridades ásperas, nacidos de pequeños miedos y grandes esperanzas y de una indómita devoción por la hermosura y la justicia: versos relucientes como espadas, ardientes y arrolladores, versos atormentados y rebeldes, sombríos y querellosos.

Orador, podía perorar días enteros, sin flaquezas ni cansancios. Era único por la forma y por el fondo, por el ademán con que acompañaba la palabra, por el timbre de la voz, cálida, emotiva, voz que parecía a compás del asunto que la inspirara, trino de jilguero, grito de águila, quejido de viola, estridencia de clarín, trémulo de flauta, redoble de tambor, susurro de arroyuelo, retumbar de catarata, es decir, la orquestación del caos, todas las notas desde la más suave hasta la más recia, puestas al servicio de ideas nobles, de conceptos puros, de empeños generosos. Verbo-motor en el más alto grado, hubiera podido estar hablando mientras las fuerzas físicas no le faltaran. ¿Quién que lo oyó no lo recuerda, lento y pausado al comenzar, y luego, cuando la corriente de afinidad se establecía entre él y el auditorio, levantando el tono, ascender en el torbellino de la imaginación a alturas inconmensurables, para de súbito, cuando pudiera creérsele perdido, fatigado, expuesto a despeñarse con estrépito, iniciar el descenso, sereno, tranquilo, majestuosamente, entre razonamientos filosóficos, lógicas conclusiones y sentencias profundas? ¡Ah!, cómo precisa el hombre, lo que vió y oyó de niño. Cómo ahora, al evocar la figura del tribuno y apóstol cubano, me veo al pie de la tribuna orlada por la bandera de la patria, arrullado por su voz, más sugestiva, más dulce, más encantadora, que la que guarda en su cárcel de nácar el caracol marino receptor de todas las armonías de la playa.

Orador, habló a los cubanos emigrados en horas de desaliento, cuando no se veía brillar en el horizonte ni la luz de un candil, para decirles, sin quejumbres, ni vocinglerías, que con los párpados caídos y la boca en el pesebre no se fundaban pueblos, que los hijos tenían que emular a los padres, que lo que no había podido una generación muelle que desconocía la pujanza que demostró a la hora de la lucha, lo podría una generación trabajadora que conocía su pujanza. Para decirles que no debían forzar la oportunidad de caer sobre Cuba en son de guerra, pero que debían estar preparados para cuando Cuba llamara a guerra. Habló a los americanos de la América Latina, de esta América nuestra venida a la vida "en el esfuerzo de una violación irredimible, en el impío maridaje de una azucena y una lanza", y les habló para manifestarles cómo era cierto que a los pueblos de la América Latina, les hacía falta sacudirse el polvo viejo, abrir los brazos, dar al que llegara un arado y un pedazo de tierra, y ayudarles a hacer la casa y respetársela, crear honestamente medios de vida para las inteligencias ambiciosas; sacar la instrucción pública de la literatura escolástica y arraigarla en las ciencias y en las artes prácticas; poner en sus hombres capaces la decisión necesaria para levantar y sostener en sus propias espaldas el edificio de la nacionalidad hasta que le echaran bases nuevas.

La América Latina toda fué para Martí como una gran patria, y a su "revelación, sacudimiento y fundación se consagró, aunque llevando sobre los hombros la cruz de Cuba esclava y envuelto en su bandera como en un huracán". De ahí que dijera en tono profético que lo que quedaba de aldea en América debía despertar, "que los tiempos no eran para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino como los varones de Juan de Castellanos, con las armas de almohada; que ya no podía seguir siendo la América Latina, el "pueblo de hojas que vive en el aire, con la copa cargada de flores, restallando o zumbando, según le acariciase el capricho de la luz o le tundieran y talaran las tempestades"; ni pueblo hecho de retazos, con los calzones de Londres, el chaleco de París, el abrigo de New York y el sombrero de Barcelona, sino pueblo hecho de sí, dirigido por gobernantes que supieran si era posible, cómo se gobernaba Italia y Rusia, pero que no dejaran de saber los componentes de su pueblo, y, en consecuencia, cómo se debía gobernar su pueblo.

Con acento apasionado de hijo proclamó en más de una ocasión, la necesidad de que en la América Latina la universidad europea cediera a la universidad americana; de que en ella se enseñara al dedillo la historia de América, "de los Incas a acá, aunque no se enseñara la de los arcontes de Grecia"; que se diera entrada por sus puertos a todo trabajador, a todo productor, viniera de donde viniere; pero que, a los que con el pretexto del trabajo y la simpatía del ambiente, vinieran a sentarse sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, a esos se les cerrasen los puertos y las almas. Y con qué fraternal pesadumbre censuraba a los latinoamericanos, hijos de carpinteros, que se avergonzaban de que su padre fuera carpintero, a esos increíbles del honor, que renegaban de la madre porque

lucía delantal y la dejaban sola en el lecho de las enfermedades, y la ponían a trabajar donde no la vieran, mientras ellos vivían de su sustento en las tierras podridas con el gusano de la corbata. Nadie como Martí, más orgulloso de estas naciones, levantadas en masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles.

Periodista, escribió mucho y de todo. Sin que lo deslumbrara el tamaño ni la riqueza colosal de los Estados Unidos, sin que lo aturdiera ese país, donde todo hombre parece su propio dueño, donde se respira libremente, donde los desamparados encontraban refugio y toda buena idea terreno propicio para dar fruto; sin que le produjera vértigos la enormidad de aquel país donde nadie parece dormir ni despertar, donde todo es escape, caída, triunfo, derrota; donde las gentes van por las calles, unas tras otras, como persiguiéndose, alcanzándose, abatiéndose; sin que le oscureciera el juicio, aquel país repleto de seres humanos, unos con la pupila apagada como de bestia domada, y otros con la pupila brillante y abierta al aire encendido como de bestia indómita; sin que nada de esto lo ofuscara, penetró en sus entrañas mismas, lo vió vivir, sufrir, luchar, y lo vació en prosas fulgurantes, donde hay color de cielo, de carbón y de sangre, y sonidos desconcertantes de oro, hierro, besos, alas, ruido de maquinarias y vocerío humanos...

La vida toda de la gran nación norteamericana está reflejada durante más de una década, en las páginas que Martí escribiera para distintos periódicos de Caracas, Buenos Aires, México, Montevideo y Tegucigalpa y para las distintas revistas de que fué redactor único. A fondo estudió Martí la poderosa república de América; sus glorias, sus caracteres, sus méritos y sus defectos. La vió grande en sus fundadores, amigos de la libertad sin desenfreno y del derecho igualitario. La vió grande en los que abrían los brazos con generosidad imperturbable, a los laboriosos y a los tristes del mundo. La vió grande en sus inventores y en sus industriales y en sus hombres de amor y de ley. Y la vió pequeña, en los que vivían en pelea continua por la fortuna, poniendo las riendas con que debían guiarse en manos impuras, dejando las urnas electorales en manos de vagabundos y politicastros mercadeables, achacando los sucesos del universo por donde más les convenía a sus intereses; llevando a los puestos públicos, no a quienes por sus talentos y virtudes pudieran mejor servir al país, sino a quienes por sus mañas y dinero pudieran mejor asegurar la victoria de un partido y más provecho a los que contribuyeran a su elección. A fondo estudió Martí la gran nación, en las raíces mismas de su pasado escarbó y miró en las claridades augurales de su porvenir. La vió hecha una realeza de que todo ciudadano formaba parte, dentro de una atmósfera purificada por la libertad, sintiendo a veces la emoción de quien la viera temblar sobre sus cimientos, inclinarse sobre el abismo, irse toda sobre él, y la viera de nuevo retornar a su firme puesto como por arte de maravilla.

Maestro, reveló a sus discípulos el secreto de las pasiones, los elementos de la maldad, la naturaleza del dolor, la obra negativa y reaccionaria

de la ira y la obra cierta del amor, la paciencia y la mansedumbre. Martí maestro, no creyó educación la mera instrucción, ni cultura, la imperfecta y amorosa enseñanza de memoria que rapa las inteligencias como las cabezas. Para él nada valía acumular reglas, repartir textos, dictar cursos, si los que se ocupaban en la labor de enseñar eran seres encanecidos en la batalla de la vida, que endurece y agría, o jóvenes que miraban hacia afuera de la escuela y tenían su empleo como castigo. Maestro, enseñó que patria era humanidad; aquella porción de humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer; que era comunidad de intereses, unidad de tradiciones y de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas; apretada comunión de los espíritus por largas raíces, por el enlace de las gentes, por el óleo penetrante de los dolores comunes, por el gustosísimo vino de las glorias. Para Martí maestro, la ignorancia era aborrecible, y estudiar, la mejor manera de llegar a ser justo. La educación debía empezar con el uso de la razón y terminar cuando terminara la vida. No se debía cesar en el estudio hasta no comprender cuanto se viera. No se debía creer, sin entender lo que otros habían pensado. El hombre no había venido al mundo a disfrutar de los productos ajenos, sino a crear productos propios y, en conscuencia debía vivir cultivándose, levantándose y creando.

Propagandista y revolucionario, por la libertad de Cuba, estudió antes de ponerse a organizar la guerra necesaria, las causas diversas del fracaso de la anterior y de los elementos que en ella se habían distinguido y sin cuya colaboración estimaba no se debía llevar a cabo. Y proclamó, primero, que era su sueño la organización de un partido cubano, sin exclusivismos ni banderías; encender en Cuba una guerra de cuyos métodos y resultados surgiera una república de "ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobre culta ni inculta". Con la mirada en la isla moralmente cayéndose a pedazos, enumeró los errores de los cubanos en la pasada revolución, y afirmando que la nueva no caería en ellos, que la nueva nacería con una sola alma, de manera que no pudiera entorpecerla ni los petimetres de la política que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, ni los linderos y alzacolas del patriotismo, ignorantes de los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavelina. Pensando en esta clase de hombres dijo en ocasión solemne: "Sin los gusanos que fabrican la tierra, no podrían hacerse palacios suntuosos. En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavelina. Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido del pantano saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno materno, y del alarido y desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen a los ojos humanos sin manchas."

Fundado el Partido Revolucionario Cubano, Martí se consagró por entero a la tarea de fomentar la guerra. Y consciente de que un pueblo

antes de ser llamado a la lucha debe saber tras de qué va y a dónde va y qué se le ha de venir después, pregonó que no pondría manos sobre la paz y la vida de Cuba sino con un espíritu de generosidal casi divino, que garantizara de antemano, con actos y palabras, el explícito intento de poner tierra libre en manos de sus hijos todos. Inspirado en esos propósitos dió al partido programa digno que atrajo la atención de los cubanos; quitó todo asomo de razón a los que por soberbia o por timidez pudieran presentar a los emigrados como una horda de sentimentales o de fanáticos, ansiosos de guerrear por un simple odio de desterrados; destruyó uno a uno los argumentos que tenían sin crédito ante el país a los jefes de las guerras anteriores, y con alma entera de hombre, y poniendo actividad de loco en el empleo de la razón, pregonó en todos los tonos, que la guerra por la independencia era una guerra justa y que la creación de una nueva república en el Continente Americano era un servicio universal.

Por espacio de algunos años predicó Martí la guerra como la forma más bella y respetable del sacrificio humano. La guerra asusta a las almas mediocres, incapaces de preferir la dignidad peligrosa a la vida inútil. Pero la guerra es un santo deber cuando se hace por poner a la patria en condiciones de que en ella puedan vivir con decoro, a la par que sus hijos, todos los hombres de buena voluntad. Predicó la guerra, más no como símbolo de odio, sino de amor, porque Martí era una alma tendida a vibrar bajo la presión del amor, incendio que consumió su vida. Amor patrio lo movió a predicar la guerra contra el gobierno colonial; amor patrio le iluminó la mente y exaltó hasta ver en cada uno de sus paisanos las virtudes necesarias para la conquista y mantenimiento de la libertad; amor patrio lo hizo asegurar que del pecho más oscuro saldría a triunfar el mérito; amor patrio lo llevó a hacer de su vida apostolado y sacrificio; amor patrio lo hizo arremeter contra el enemigo y caer acribillado a balazos en pleno mediodía de gloria.

Por la libertad de Cuba fué Martí durante más de cuatro años, de pueblo en pueblo, de plaza en plaza, de taller en taller, predicando la guerra. Al conjuro de su voz, los caudillos ya probados en lo sublime, limpiaron las armas oxidadas, y los bisoños se dispusieron a la emulación. Al conjuro de su voz, suspicacias y recelos desaparecieron de entre sus compatriotas, para unirse en una sola voluntad. Sabedor de que por los excesos democráticos había tal vez fracasado la guerra anterior, centralizó el mando, pero con tal limpieza y majestad que no hubo quien lo viera encumbrándose, sino más bien sirviendo de alfombra y de criado. Por eso pudo llamar a los jefes de las pasadas luchas y obtener de todos la promesa de contribuir a la magna obra. Solo así pudo hablar a los humildes, a la masa anónima, que respondió a su reclamo dando cuanto podía. Sólo así pudo mostrarse invicto en el arte de guiar, de encabezar, de hacerse seguir, arte difícil siempre, pero más cuando no se tienen prebendas qué ofrecer, cuando se pide el esfuerzo oscuro, el heroísmo oscuro, la muerte silenciosa, cuando no hay otra cosa qué ofrecer como recompensa, "que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres."

Organizada la revolución, llegado el momento oportuno para iniciarla, expidió órdenes de levantamiento tanto a los jefes que residían en la Isla como a los que se hallaban en el extranjero, dispuestos a ir a ella en una cáscara o en un leviatán. Fué entonces que escribió a un hermano del alma: "padezco y tasco, pero serviré". A un amigo humilde: "no se canse de ser coraza contra toda maldad y flor de ternura; no se canse de defender y de amar". A la madre, a la pobre madre que en la cólera de su amor se dolía del sacrificio de su vida: "¿y por qué nací de usted con esta vida que sólo ama el sacrificio?". "A la madre misma le escribió para decirle que no sufriera, que no padeciera, que con él iba su recuerdo; que tuviera el convencimiento de que jamás saldría de su corazón obra sin piedad y sin limpieza. Y en la certeza de que un pueblo sentiría despego y hasta desdén por quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida, decidió encarar la muerte en compañía del general Máximo Gómez, aquél que por la obra de sus manos y el respeto de la propia, y la pasión del alma común, habría de abandonar acaso para siempre su tierra y su hogar."

Se ha dicho y repetido que Martí no debió ir a la guerra. Sí que debió ir. El había evocado la guerra y su responsabilidad comenzaba con ella en vez de acabar. Por eso, después de rechazar cuantas observaciones se le hicieron en este sentido; de exclamar: "yo alzaré el mundo, pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador, morir callado, para mí ya es hora": de vencer innumerables obstáculos, de vagar como perdido por entre archipiélagos desiertos, se embarcó con una mano de valientes en un vapor que los dejó en un bote, en lo negro de la noche y la borrasca, a la casi imperceptible vista de la costa cubana. Ya en tierra y en el seno de la revolución que había desatado, sintió que llegaba al fin a su plena naturaleza y que una dulce claridad de alma le aligeraba el cuerpo. Lleno de una salud que fuera de ese instante había buscado en vano, unido a sus compañeros se echó a andar por entre espinares, con el rifle al hombro, el machete a la cintura, y a la espalda la mochila repleta. Escaló montañas, atravesó ciénagas, vadeó ríos, durmió a la intemperie. Encaró valeroso y sereno las dificultades. Dió forma y carácter al sacrificio; escribió, sin levantar ni de día ni de noche los ojos al cielo, proclamas, circulares, manifiestos, cartas, documentos todos en los que vació la doctrina de la revolución. Y como las revoluciones no son banquetes, como a las revoluciones por cada águila que nace, le nacen cien gusanos, como las revoluciones despiertan locos apetitos, laxas pasiones y desordenadas injusticias; como las revoluciones son encajes finísimos que pueden romperse al menor roce, entrenó aquí y dió rienda allá, tierno a veces y a veces enérgico, según las circunstancias. Sabedor de que al placer no hay que llamar mucho a los hombres, pero que al deber sí, llamó sin cansancio a todas las puertas. Y sin cansarse también, proclamó que desde las raíces se había de empezar a construir la república de manera que una guerra sin, rea-

lidad ni sanción no fuera a conducirla a las parcialidades y a las tiranías.

Poco más de un mes le fué dable a Martí actuar dentro de la revolución. La hora tremenda de su caída estaba decretada. Acampadas las fuerzas libertadoras, un día de mayo ardoroso, quisieron oírle al jefe supremo la palabra elocuente. Entre vivas y aplausos y aclamaciones, comenzó a hablar. La luz del mediodía, filtrándose por entre las ramazones de los árboles, daba a los hombres, a los corceles, a las banderas y a las ramas, tonalidades fantásticas. Su voz, brisa suave a ratos y a ratos tempestad, caían sobre el auditorio como lluvia de oro. El aire era espeso, los corazones vibraban al igual que las espuelas. Los jinetes parecían crecidos, y los de a pie agigantados. Y cuando como quien afrena una locomotora puso Martí término a su arenga improvisada, el campamento era como un mar pronto a salirse de sí y a echarse sobre la tierra en olas alborotadas. De ahí que, cuando a poco corrió por entre los rebeldes congregados la noticia de que fuerzas enemigas estaban cerca, un júbilo ardoroso inundó las almas. Fué entonces cuando Martí, acaso ansioso de afirmar que no era un soñador ni un teórico, montó a caballo, se irguió sobre los estribos, paseó la mirada limpia en derredor, ordenó la carga, y se echó el primero sobre el contrario en acecho, que, como dijera Manuel Sanguily, "se abrió en cráter de fuego, donde envuelto en llamaradas de relámpago se hundió con estruendo el centauro arrebatado."

En vano sus compañeros trataron de rescatarlo entre las humaredas del combate. El coronel español Ximénez de Sandoval, seguro de su valiosa presa, se defendió bravamente al amparo de la tarde fugitiva. Reunidos de nuevo los cubanos, poco ha enardecidos por la voz de Martí, sintieron descender sobre sus almas, como un sudario de tristeza. Y allí, en un pedazo de monte convertido en aquella en templo, con el cielo por techumbre, por cirios las estrellas y por incienso el olor de las plantas estrujadas, oraron por aquel que, roto el corazón, nido de amores, entre deliquios vagos, tal vez si murmuraba entre dientes mientras se perdía su alma en la eternidad inescrutable.

Cuando se muere
en brazos de la patria agradecida
la muerte acaba, la prisión se rompe,
empieza al fin con el morir la vida.

Fué así el derrumbe, la entrada en el silencio del dulce apóstol, héroe y mártir de libertad e independencia de Cuba. Fué así su desaparición; aunque no he dicho mal, su desaparición no, porque la muerte, para quien sabe recibirla, no es término sino vía, reanudación de una existencia superior. La muerte para los hombres como Washington, como Bolívar, como San Martín, no es desaparecer, no es acabar, no es una derrota, es una victoria, una ascensión, no se vuelve el que cae en plena apoteosis de grandeza,

polvo y ceniza, sino fragancia y luz, rosa perfumada y astro esplendoroso. Eso es Martí, hoy rosa que esparce su perfume por el mundo, astro resplandeciente en el cielo de América, que va regando claridad pura por las islas dolorosas del mar Caribe y desde el Río Grande a Magallanes.

Tomado de «Revista de la Sociedad de Fundadores de la Independencia». Lima, Perú. Año II, Nº 9.

Reliquias de España

Escribe Aniceto Playa

Cariñosamente, para Adela Oreamuno v. de Solera, Lucía Oreamuno v. de López Calleja, Isabel Oreamuno v. de Salazar, Mercedes y Ester Oreamuno Echeverría, exponentes del prestigio de las damas cartaginesas.

SEVILLA

Mi ya mermado billete kilométrico recibe un golpe mortal; el agente de la estación de Zaragoza, corta de él 1600 kilómetros. El viaje es largo. Me dirijo a Sevilla. Podía haberme ahorrado 300 kilómetros regresando a Calatayud, tomando en esta ciudad, el tren de la línea Teruel-Valencia, pero me era imprescindible pasar por Barcelona. Tenemos pues, que de la capital de Aragón a la de Cataluña, la distancia es de 344 kilómetros, de esta ciudad a Tarragona 91, de ésta a Valencia 275, de ésta a Alicante 192, de ésta a Murcia 76, de ésta a Granada 334 y de ésta a Sevilla 288.

Con el objeto de aprovechar la famosa Semana Santa de Sevilla, no igualada en el mundo, salgo directamente para la capital andaluza, dejando para el regreso la visita de las importantes ciudades mencionadas, que quedan en la ruta indicada.

Sevilla es un verdadero hervidero. Se carece de lugar para acomodar a tanta gente. Es la Semana Mayor, la Semana Santa. Gran cantidad de forasteros y extranjeros llenan sus calles, en su mayoría franceses e ingleses. Este año las procesiones serán mejores que nunca: España está tranquila, la guerra civil terminó.

Indescriptible e inolvidable, para el que la haya gozado una sola vez, es la vista que presenta la plaza de San Francisco, al anochecer del Jueves Santo, estremecida de entusiasmo y de unción religiosa, surcada por miles de llamas de los cirios de los Nazarenos, consteladas por las ascuas de oro de los *Pasos* en que las divinas Imágenes parecen temblar y estremecerse.

Silencio sepulcral reina, en medio de una apiñada muchedumbre, formada por miles de personas; el recogimiento, fervor y silencio son asombrosos. De pronto, en el ambiente aromado de azahar y de incienso, una voz cálida y deliciosamente desgarradora, rompe el sepulcral silencio y entona su clásica *saeta*.

La única forma viable para reconstruir la antigua patria, sobre bases reales, es la de soldar paulatinamente, los intereses políticos, económicos, culturales e internacionales de las pequeñas repúblicas centroamericanas, para que, en el transcurso del tiempo, el pueblo, por movimiento espontáneo, realice la empresa unitaria en forma avasalladora y permanente.

Carta abierta al Dr. don Juan José Arévalo, Presidente Constitucional de Guatemala (págs. 25 a 29.)

La recepción del Embajador de Cuba, Excmo. Señor Néstor Carbonell en la Sociedad "Fundadores de la Independencia" de Lima, Perú

Excelentísimo Sr. Embajador de Cuba;

Señores:

Nuestra Sociedad Benemérita señalará el día de hoy como uno de los más significativos en su casi centenaria existencia, por dos motivos que nos son singularmente gratos:

El primero, el incorporar como Socio Honorario al Embajador de Cuba en el Perú, Excmo. Sr. Néstor Carbonell; y el segundo, el haber obtenido de su proverbial gentileza el ofrecimiento de una charla, que tenemos el derecho de suponer tan amena como erudita, acerca de la figura prócer de José Martí.

Se unen en esta forma, dos representaciones simbólicas de la tradicional vinculación cubano-peruana, sólidamente eslabonada a través de nombres que en nuestra historia son comunes y que, como los del General Mariano Ignacio Prado y del Coronel Leoncio Prado, se pronuncian con veneración y con respeto, así en nuestro patrio lar, como en la tierra gloriosa de Martí y Céspedes.

La palabra autorizada del ilustre Embajador Carbonell ha de trazarnos brillante semblanza del "dulce libertador poeta, que murió peleando por la redención de su Patria"—como él lo llama con incomparable acierto—. Ansiosos como estamos de escucharle, no he de prolongar estas palabras iniciales haciendo innecesaria exaltación del representante de la hermana República, cuyos altísimos merecimientos lo destacan como señera figura de la diplomacia y de la intelectualidad americanas. Y, por eso, Excelentísimo señor Embajador, al ofreceros nuestra tribuna, que prestigiaréis con vuestro cálido verbo, me limito a poner en vuestras manos el diploma que os inviste en calidad de Socio Honorario de nuestra Benemérita Sociedad y os hace, por ello, uno de los nuestros.

Seguidamente, en medio de cariñosos aplausos y previa la lectura de la correspondiente fórmula reglamentaria, el señor General Salmón puso en manos del Embajador Carbonell el diploma que lo acredita en la elevada calidad de miembro Honorario de la Institución.

La Banda del Regimiento Guardia Republicana ejecutó el Himno Nacional de Cuba, que el selecto auditorio escuchó en respetuosa actitud.

Luego el Excmo. Sr. Carbonell, desde la tribuna de nuestra Sociedad, leyó su hermosísima conferencia, muchos de cuyos pasajes suscitaron fervorosos aplausos, convertidos en una verdadera ovación cuando le diera término.

Ejecutado que fuera a continuación el Himno Nacional del Perú, puso fin a la ceremonia, el señor General Salmón, en improvisación elocuente, en la que agradeció la exquisita gentileza del Embajador de Cuba, al ofrecernos pieza oratoria de la calidad de la leída, agredeciendo, igualmente, la bondad con que habían dignádose atender la invitación de la Sociedad las personas que concurrieron a esta tan significativa demostración de fraternidad peruano-cubana.

Concluída la ceremonia que reseñamos, se bebió una copa de champagne, cambiándose brindis por la fraternidad de América y en homenaje a sus héroes máximos.

Conferencia del Excmo. Señor Carbonell, Embajador de Cuba, sobre José Martí

Señor Presidente;

Señoras y señores:

Si es cierto que la vida es todavía un torneo, honor como éste que acabo de recibir, debe ser para el justador, premio gratísimo. Gracias, señor presidente de la benemérita Sociedad Fundadores de la Independencia, Vencedores del 2 de Mayo y Defensores Calificados de la Patria, gracias por el diploma que habéis puesto en mis manos, y gracias, asimismo, por la generosidad magnífica de vuestras palabras. Tened la seguridad de que el recuerdo de esta tarde no será en mi memoria espuma de mar que el viento deshace, ni nube de cielo que el sol desvanece, sino algo como el oro y la plata del Perú, que el tiempo bruñe y da valor.

Y ahora permitidme que, como envuelto en la bandera de mi patria, os hable de un hombre excepcional que fué escritor, poeta, orador, apóstol, héroe y mártir; de un hombre para quien las enseñanzas de la naturaleza eran superiores a las de los libros, un árbol más que un sabio, un río más que una academia, una montaña más que una universidad; de un hombre tierno y sonoro que en la vida supo desprenderse de toda baja pasión, como se desprende uno al desnudarse de las ropas, y supo, ser la encarnación de idea, de una idea que enciende, adelgaza, sublima, purifica, mata; de un hombre al que graznaron cuervos y mordieron culebras y que, sin embargo, supo gozar del supremo deleite que viene al espíritu de la consagración al bien ajeno, y que comido de maldades, continuó sereno su camino, puestos los ojos en lo alto, pregonando la bondad y la belleza; de un hombre, en fin, que sufrió por su patria, Cuba, cuanto se puede sufrir, y que murió derribado de su caballo blanco, en la trágica hermosura del combate, peleando por la libertad...

¡La muerte! Otros lamentarán la muerte necesaria. El cubano a cuya me-

sobre un asunto meramente teórico y sobre una entelequia de la que nadie tiene noticia cierta.

Claro está que en tales condiciones, la contestación del pueblo de Costa Rica será negativa, y más aún con la falta de propaganda unionista a que, durante 22 años nos han condenado las dictaduras separatistas que sin interrupción hemos tenido en la mayor parte del territorio centroamericano. No ha sido sino después de esos 22 años que hemos podido reunir con grandes dificultades la IV Convención Nacional que se reunió en Santa Ana en cuanto cayeron las dictaduras separatistas de Ubico y Hernández Martínez.

Para concluir, me permito informar a Ud. que los médicos del Dr. Mendieta le han aconsejado ir a Estados Unidos para hospitalizarse en Rochester; y que se está preparando para ir cuanto antes a aquella institución médica.

Ud. puede dirigirme su contestación a nombre del Dr. Mendieta, 5ª Calle Noroeste Nº 702, de esta ciudad de Managua.

Para el 18 del corriente junio, 46º aniversario de la fundación del Partido Unionista Centro-Americano, ha convocado el Comité de Estado de Nicaragua una Convención Seccional con representantes de todos los Departamentos y que se reunirá en esta ciudad de Managua.

La Junta Directiva de ese Comité de Estado se compone de las siguientes personas: Presidente, Dr. Rosendo Argüello; Vice-Presidente Dr. Modesto Armijo; Secretarios, don José Angel Zeledón y don Celio Humberto Barreto; y Tesorero, el Suscrito, que aprovecha la oportunidad para suscribirse de Ud. muy Atto. S. S. y correligionario,

(f.) *Franco. H. Borgen*

La Unión Centroamericana en nuestro tiempo

El criterio del Lic. don Angel Zúñiga Huete, representante del Partido Liberal de Honduras

Se sobreentiende que si le interesa (al Presidente de Guatemala) la reconstrucción del hogar centroamericano, debe desear la unidad de pueblos libres y de ninguna manera esclavizados. Pero para que existan esos pueblos libres en Centro América, precisa establecer en cada una de las repúblicas istmeñas, una sólida y firme democracia.

No es exacto que la unión centroamericana ha dejado de realizarse porque los gobernantes en las distintas parcelas estatales en que está fraccionada esa parte del Continente, no hayan querido convertirla en realidad, por un acuerdo conjunto de dichos mandatarios. No se ha realizado, porque no hay fuerte y vehemente conciencia centroamericanista que compela a los ciudadanos a reunir, en un sólo y único haz, a los disgregados pueblos centroamericanos.

Existen anhelos unitarios en ciertas esferas de intelectuales y letrados;

pero esas aspiraciones no fungen como fuerza compulsiva en el alma de las masas mayoritarias del pueblo, que son las que, en última instancia, deciden sobre los destinos nacionales. Sobre esta falta de conciencia popular centroamericanista, ha evadido el presidente Teodoro Picado, de Costa Rica, comprometerse con Ud. y Castañeda Castro en el plan federalista que pretenden desarrollar. Así lo explica el corresponsal Raúl Horta, en mensaje que dice:

"San José, Costa Rica, mayo 30.—... La condición que el Jefe del Ejecutivo costarricense puso como obligatoria para adherirse a la Federación de los cinco pequeños países centroamericanos, fué la de no aceptar las proposiciones de Arévalo y Castañeda Castro, si el pueblo tico no respalda las teorías resucitadas por estos últimos."

"Y como Picado consultará al pueblo cuál debe ser la decisión de Costa Rica en el complejo problema internacional, se comprende en seguida que la masa colectiva, enemiga secular del unionismo, volverá a situarse en un plano de defensa de su absoluta independencia."

("Excelsior" de México, D. F., 1º de junio de 1945.)

No es con el romanticismo patriótico de Salvador Mendieta, de Sofonías Salvatierra, de Rosendo Argüello, de Salvador Merlos, de Joaquín Rodas M., de Fernando Saldoval, etc., etc., con lo que se va a convertir en hechos la aspiración morazánica. Continuarán soñando y no verán terminada la arquitectura del ideal centroamericanista y con ellos, todos los que se mantengan dentro de los límites de ese lirismo. Para que cristalice en realidad la empresa unionista, es necesario acometerla con espíritu de laboratorio científico y no con actitudes teatrales o recursos oratorios, propios para arrancar aplausos en asambleas populares. La gastada oferta de la renuncia presidencial en aras de la unión, no pasa de constituir una pose intrascendente, que nada edifica, un señuelo harto conocido para sorprender a los ingenuos.

La unión de Centro América no debe esperarse a que la hagan los gobernantes. Si en ellos se cifran esperanzas, para tal empresa, ya hay motivo para relegarla, por muchos siglos, a la categoría de tema para discursos populacheros. La unidad de esos pueblos debe surgir como flor o fruto espontáneo de la voluntad ciudadana, aún contra el parecer e intereses de los presidentes y de sus consorcios gubernamentales.

Zamora no se conquistó en un día y en el problema centroamericanista, los días tienen que contarse por lustros o por décadas. Tampoco hay que esperar que por el simple hecho de la unión, Centro América aparezca fuerte y perfecta, como Atenea del cerebro de Júpiter.

Hay factores coadyuvantes que compelen a la unión: la comunidad de idioma, de origen y de religión. No puede hablarse seriamente de identidad de raza; porque mientras en El Salvador, Nicaragua y Honduras predomina el mestizaje indo-español, en Costa Rica impera el español-gallego y en Guatemala la indiada maya quiché.

La unión centroamericana, a la vez que un problema político es una empresa fundamentalmente económica. Para alcanzar esa meta que el patrimonio de las minorías cultas añora y exalta, precisa antes que todo fundir y cohesionar la economía de los pueblos istmeños, y quien dice economía, dice producción en todos sus aspectos industriales, coordinada con la circulación, distribución y consumo de la riqueza, con los problemas que suscitan el capital y el trabajo y con el sistema de los salarios y los instrumentos de cambio. No deja de tener razón el materialismo histórico de los marxistas, al preconizar que la solución de todo problema político y social entraña el despeje de una incógnita de carácter económico.

Cuando tengamos un banco centroamericano o americano que avalúe el sistema económico y monetario de los pueblos istmeños; cuando tengamos un sistema aduanero y fiscal uniforme; cuando estemos en vías de tener una eficiente red de comunicaciones terrestres, marítimas y aéreas; cuando haya en Centro América sistemas, métodos y procedimientos de enseñanza y educación comunes, entonces habrá sonado la hora "cero" para que el pueblo, por propio impulso, y sin la ayuda de los gobernantes, realice la aspiración de los patriotas centroamericanos que hoy es apenas el deseo romántico de una precaria minoría intelectual.

La historia de cien años está saturada de fracasos sobre planos unitarios de la América Central, a base de conferencias presidenciales y de congresos diplomáticos. Esas entrevistas sólo han servido para levantar oleajes de entusiasmo barato en el ánimo de los incautos, y en realidad, para encubrir manejos de política parda y aislacionista, encaminada a consolidar el cetro egoísta de los jefes de nuestras repúblicas pseudo-democráticas.

Antes de la entrevista federalista que Ud. acaba de tener con el presidente salvadoreño Castañeda Castro, no menos de veintiséis conferencias unionistas han fracasado, desde 1839 hasta la fecha. En respaldo de este aserto, una lista de esos frustrados conatos de federación acompaña a la presente carta. (Anexo C.)

Los que han visto su mensaje relativo a su reciente encuentro con el mandatario del país vecino, han creído leer entre líneas que se trata de dar solidez al gobierno que Ud. acaba de asumir, mediante la amistad salvadoreña, en un intento —como cortina de humo—de que Castañeda Castro democratice su gobierno, no obstante el origen viciado de su elección, pero en efecto, de lo que se trata, es de buscar un aliado para no sentirse tan solo frente a los otros dictadores centroamericanos. El tema de la escarnecida y sangrante reconstrucción de la antigua patria, es tan sólo una acomodaticia trinchera defensiva, en medio de los manejos de diplomacia balcánica que impera en el ambiente de nuestras convulsivas repúblicas. Ojalá que entre ambos gobernantes resuelvan lanzar la aplanadora aliada sobre los viejos dictadores que aún quedan por esos rumbos, siquiera para cambiar el disco.

En estos momentos, para realizar la unidad de Centro América, sería necesario emprender una expedición militar de envergadura, la que no calza con los tiempos que vivimos, y la que tampoco están Uds. pensando en iniciar; porque ello sería, además de un error político y militar, un fracaso anticipado.

La única forma viable para reconstruir la antigua patria, sobre bases reales, es la de soldar paulatinamente, los intereses políticos, económicos, culturales e internacionales de las pequeñas repúblicas centroamericanas, para que, en el transcurso del tiempo, el pueblo, por movimiento espontáneo, realice la empresa unitaria en forma avasalladora y permanente.

Carta abierta al Dr. don Juan José Arévalo, Presidente Constitucional de Guatemala (págs. 25 a 29.)

La recepción del Embajador de Cuba, Excmo. Señor Néstor Carbonell en la Sociedad "Fundadores de la Independencia" de Lima, Perú

Excelentísimo Sr. Embajador de Cuba;

Señores:

Nuestra Sociedad Benemérita señalará el día de hoy como uno de los más significativos en su casi centenaria existencia, por dos motivos que nos son singularmente gratos:

El primero, el incorporar como Socio Honorario al Embajador de Cuba en el Perú, Excmo. Sr. Néstor Carbonell; y el segundo, el haber obtenido de su proverbial gentileza el ofrecimiento de una charla, que tenemos el derecho de suponer tan amena como erudita, acerca de la figura prócer de José Martí.

Se unen en esta forma, dos representaciones simbólicas de la tradicional vinculación cubano-peruana, sólidamente eslabonada a través de nombres que en nuestra historia son comunes y que, como los del General Mariano Ignacio Prado y del Coronel Leoncio Prado, se pronuncian con veneración y con respeto, así en nuestro patrio lar, como en la tierra gloriosa de Martí y Céspedes.

La palabra autorizada del ilustre Embajador Carbonell ha de trazarnos brillante semblanza del "dulce libertador poeta, que murió peleando por la redención de su Patria"—como él lo llama con incomparable acierto—. Ansiosos como estamos de escucharle, no he de prolongar estas palabras iniciales haciendo innecesaria exaltación del representante de la hermana República, cuyos altísimos merecimientos lo destacan como señera figura de la diplomacia y de la intelectualidad americanas. Y, por eso, Excelentísimo señor Embajador, al ofreceros nuestra tribuna, que prestigiaréis con vuestro cálido verbo, me limito a poner en vuestras manos el diploma que os inviste en calidad de Socio Honorario de nuestra Benemérita Sociedad y os hace, por ello, uno de los nuestros.

Seguidamente, en medio de cariñosos aplausos y previa la lectura de la correspondiente fórmula reglamentaria, el señor General Salmón puso en manos del Embajador Carbonell el diploma que lo acredita en la elevada calidad de miembro Honorario de la Institución.